

PONENCIAS

LA MISIÓN AD GENTES, DESAFÍOS Y URGENCIAS EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO, HOY

Excmo. y Rvdm. Sr. D. **Luis Augusto CASTRO QUIROGA**
Arzobispo de Tunja. Colombia

1. INTRODUCCIÓN

Agradezco la invitación que se me hicieron para estar en este Congreso Nacional de Misiones en Burgos-España. No estoy aquí como arzobispo y casi que tampoco como misionólogo. Estoy aquí como fotógrafo. En efecto la invitación inicial que se me hizo se podía leer de esta manera: Preséntenos una fotografía actual de la situación de la misión *ad gentes* en la Iglesia donde aparezcan los desafíos actuales a los que está respondiendo. Presentar esta fotografía es mi propósito.

Una fotografía requiere primero saber qué se debe fotografiar; segundo desde cuál ángulo se quiere hacer la fotografía y tercero sobre cuál contexto aparecerá lo fotografiado pues muchas veces el contexto es decisivo. Queremos fotografiar la misión *ad gentes*, desde el ángulo de sus grandes objetivos para poder presentar sus logros o fracasos, sus procesos y productos y dentro de un contexto problemático y desafiante actual.

2. LA MISIÓN *AD GENTES*

Empiezo refiriéndome a la misión *ad gentes*. Los invito a considerar brevemente una escena. Jesús dice a sus discípulos: “Vamos a la otra orilla”. Fue en aquella ocasión en que se desató una tormenta. Pensemos en las dos orillas: Una es la orilla conocida, la orilla de la propia cultura, religión y ambiente. La orilla de los amigos, familiares y compañeros. La otra es la orilla del mundo pagano, la orilla por tanto donde abundan los cerdos, la orilla desconocida, la orilla de otra lengua, cultura, reli-

gión y ambiente (ver Mc 4, 35). Y sin embargo, Jesús desafía a sus discípulos: Vamos a la otra orilla. Aquí está en síntesis la misión *ad gentes*. Movimiento hacia la otra orilla.

Según lo anterior quisiera describir la misión *ad gentes* como “movimiento de amor, impulsado por el Espíritu, más allá de las fronteras de la fe”.

Es movimiento que continúa en nuestra historia el movimiento del Hijo enviado por el Padre con la fuerza del Espíritu Santo.

Es movimiento de amor y por tanto no de poder, no de conquista, no de turismo, no de negocios.

Impulsado por el Espíritu porque El es el agente principal de la misión, de una misión que es siempre Misión de Dios, y de la cual somos todos instrumentos.

Más allá de las fronteras. Usualmente las fronteras cierran, ponen límites señalan identidades y frente a la frontera se podría tener la tentación de frenarse.¹ La misión no se frena ante las fronteras de fe y de vida.

Fronteras de la fe. Me refiero a la fe explícita en su doble vertiente de encuentro personal con Cristo y aceptación de su mensaje y su doctrina. La razón de ser de la misión no es sembrar una fe implícita porque no sabemos qué tanto ella esté presente. Es hacer pública y comunitaria la fe de un pueblo (*ochlos*) que pasa de ser simple *ethnos*, esto es, unido todo él por una o varias culturas, a ser *laos*, pueblo de Dios que, unido en la fe, alaba a su Señor y crece en todas sus dimensiones.

La frontera es importante para discernir a dónde el Espíritu nos conduce como testigos.

3. EL ENFOQUE

El ángulo desde el cual miramos la realidad de la misión *ad gentes* hoy es el de sus objetivos, esas conquistas que desea conseguir, aquello por lo cual trabaja. Al fin de cuentas el árbol se conoce por sus frutos. Los objetivos de la misión *ad gentes* son tres: Promoción de los valores del reino, primera evangelización y formación inicial de las comunidades cristianas. Pero añado un cuarto objetivo como es la formación al sentido misionero de cada cristiano y de cada iglesia local. Los tres primeros están supeditados a este cuarto objetivo.

Al mirar cada una de las realidades misioneras de hoy nos preguntamos qué tanto se han movido en la dirección de estos objetivos que constituyen como ese norte del movimiento de amor más allá de las fronteras de la fe.

¹ Cfr. C.M. Martini, *I gesuiti, uomini di frontiera per la riconciliazione*, en *Civ. Catt.* 1991 IV 114; *Raffo, Giuliano, Eusebio F. Chini nel Pantheon di Washington*, en *Civ. Catt.* 2002, Vol III,3653, p.391.

4. EL CONTEXTO

Cuenta el explorador del Polo, Perry, que en su viaje polar avanzó todo un día en dirección norte haciendo galopar valientemente los perros de su trineo. Llegada la noche, quiso verificar la altura a que se hallaba y con gran sorpresa notó que se encontraba mucho más al sur que de mañana. Durante todo el día se había afanado moviéndose velozmente hacia el norte sobre un inmenso témpano que una poderosa corriente oceánica arrastraba hacia el sur.

La frustración de Perry se debió a no haber tomado en cuenta el contexto sobre el que se movía. Y aunque el movimiento era veloz hacia adelante, bien poco le sirvió porque el otro movimiento hacia atrás era más poderoso.

Movimiento y contexto son dos elementos que deben ser considerados a la par. Y eso es cuanto pretendo hacer al hablar de un movimiento maravilloso como es la misión *ad gentes* y que en ocasiones es exitosa pero en otras genera frustración por no haberse considerado el contexto en que se mueve.

El contexto en que tiene lugar este movimiento llamado misión *ad gentes* es muy variado y está definido por cuatro palabras: Fuerzas absolutizadas, Areópagos, Territorio, Potencial cristiano.

A estas cuatro desafíos responden cuatro formas de misión: La misión alternativa, la misión global, la misión territorial y la misión concientizadora.

El siguiente cuadro nos ofrece algunos de los elementos evocados por estas cuatro palabras:

| | |
|--|---|
| <p>FUERZAS ABSOLUTIZADAS PODER (LEY) DINERO NÚMERO CASO O FORTUNA RAZA SUJETO</p> | <p>AREÓPAGOS GLOBALIZACIÓN URBANIZACIÓN MEDIOS DE COMUNICACIÓN JUSTICIA Y PAZ ECOLOGÍA BÚSQUEDA DE SENTIDO CULTURA CIENCIA GENERO</p> |
| <p>TERRITORIOS DIOCESIS ASIA AFRICA AMERICA EUROPA OCEANÍA</p> | <p>POTENCIAL CRISTIANO ANIMACIÓN MISIONERA, COMO CONVERSIÓN DE: INDIFERENCIA A ADMIRACIÓN DISCÍPULO PRIVADO A APÓSTOL ENVIADO DE SER POSTPASCUAL A SER PENTECOSTAL DE LUGAR A ÁMBITO DE HINCHA A JUGADOR ACTIVO.</p> |

Una explicación de estas cuatro palabras que expresan elementos del contexto, es necesaria.

5. LAS FUERZAS ABSOLUTIZADAS

Un río contaminado es una desgracia para todos pero en primer lugar para los peces que lo habitan. Si la acción misionera se pudiese pensar como sacar esos peccecitos y colocarlos en acuarios de agua muy limpia y pura, parecería una gran tarea pero en cierta forma inútil. Lo importante es enfrentar la contaminación del río para que sea de nuevo benéfico para sus habitantes.

Espero que esta imagen ayude a entender algo de este gran desafío misionero que va más allá del anuncio del Evangelio a las personas y a los pueblos.

Cuando hablo de fuerzas absolutizadas me refiero a ciertas realidades que hemos arrinconado rápidamente por declararlas como pertenecientes a mundos míticos superados y trasnochados². Sin embargo, de ellas habla continuamente el Nuevo Testamento desde los Evangelios hasta Pablo con un lenguaje muy ajeno a nuestra manera de expresarnos. Las he llamado fuerzas³ absolutizadas. Se llaman fuerzas porque tienen poder y absolutizadas porque se declaran absolutas y casi divinas y por lo mismo son bastante negativas. Estas fuerzas en las cartas paulinas se les da el nombre de Principados y Potestades. En la carta a los Efesios, Pablo habla de una lucha que “no es contra carne y sangre, esto es contra las personas, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en las alturas” (Ef 6, 12).

Pablo habla de poderes negativos y cuando dice que están en las alturas no es que vuelen sobre nuestras cabezas sino algo más concreto aún:

Estos poderes y principados no existen como realidades separadas de las instituciones humanas sino están encarnadas en ellas. Claro está que tienen su origen en el pecado de personas concretas, como anotaba Juan Pablo II en la *Sollicitudo rei socialis*, pero esos pecados han trascendido a las personas y a los tiempos y se han apoderado de estructuras e instituciones a las que han contaminado. Y se llega

² Sobre la relación entre la misión y estas fuerzas ha escrito mucho Newbegin:

“Los principados y las potestades son reales. Puede ser que no logremos encuadrarlos o de explicar exactamente qué son, pero es una locura pretender que no existen. No es posible leer los evangelios sin reconocer que el ministerio de Jesús fue desde el comienzo hasta el final una batalla espiritual contra los poderes que no eran simplemente las debilidades, los errores, las enfermedades o los pecados humanos. No se puede leer a Pablo o a los otros libros del Nuevo Testamento sin admitir que este drama de Cristo que desarma a los poderes es esencial para su interpretación. Si los arrinconamos como desgastada mitología, seremos incapaces de captar el mensaje central del nuevo testamento”.

Newbegin, Lessli, *L'evangelo in una società pluralista*, Ed. Claudiana, Torino, 1995, p.279

³ Sobre las Fuerzas que piden una lucha de liberación, puede verse: Dorr Donald, *Mission in Today's World*, Ed. Columbia, Blackrock, Dublin, 2000, p. 112 y ss.

entonces a descubrir que estas realidades ya no se identifican con los individuos particulares sino que están encima, detrás y dentro de los mismos para actuar por medio de ellos. Hay un espíritu que se ha encarnado en la institución, en la estructura y que los agarra a todos y los arrastra hacia una forma negativa de acción. Este poder maligno, como dije, no existe como realidad separada de las instituciones humanas sino encarnado en ellas como la contaminación del río no existe separada de éste sino metida en el mismo y alterando la vida y relaciones de los peces. A veces las personas metidas en esas estructuras malignas no logran discernir la situación, no se dan cuenta de lo negativo de su actuar. Veamos algunos ejemplos de estos ríos contaminados o sea de esas fuerzas absolutizadas.

FUERZAS ABSOLUTIZADAS

PODER

1. Los regímenes que eliminan la vida para aumentar el poder y acabar con la oposición.
2. Los movimientos de terror y de violencia para quienes la vida de los seres humanos no es sino un medio para los propios fines.
3. Los grupos de odio de inspiración nazista muy en boga ahora en los Estados Unidos y otros países.

TENER

1. El capitalismo salvaje cuya finalidad es el aumento de producción y de bienes sin sensibilidad por la vida de los pueblos pobres.
2. El narcotráfico internacional para el que la vida de los demás es sólo un medio de enriquecimiento.
3. El tráfico internacional de armas que vive de los conflictos nacionales e internacionales.
4. El tráfico internacional de seres humanos, trata de blancas y de niños.

RAZA

1. La limpieza étnica muy en boga donde hay luchas nacionales o luchas tribales o donde se quiere eliminar a algún grupo.
2. El racismo vivido en muchos países y en unos cuantos ya superado.
3. Los procesos de eliminación de pueblos enteros, como las minorías indígenas, con el dilema de que o se asimilan a nuestro modo de ser o se acaban.

SUJETO

1. La ideología indiferentista que prescinde totalmente de la trascendencia y eleva a cada ser humano a autor individual de su propio punto de llegada.

Uno de esos ríos contaminados es el *poder* cuando se convierte en leyes que esclavizan a través de los dominadores de este mundo (1 Cor 2). Se vuelve demoníaco, tirano, opresor. El caso es que se ha absolutizado y ha usurpado el lugar que solo a Dios le pertenece. El poder se daña y causa estragos, sufrimiento y muerte. Se traduce en regímenes crueles, en luchas étnicas, en situaciones de opresión y de guerra.

Un segundo río contaminado es el *dinero* o la ganancia del mismo a cualquier costo. Tan necesario como es, se puede volver un ídolo, un poder absolutizado al que todo se debe sacrificar y al cual hay que adorar. Por eso Marx hablaba del fetichismo hacia el dinero. La lucha para que el dinero deje de ser un ídolo al que todo se inmola, no es lucha contra los seres humanos sino contra esa contaminación, contra esa fuerza que domina sus acciones. El narcotráfico internacional es el más dramático ejemplo del tener absolutizado. Le sigue todo el capitalismo salvaje y el comercio internacional de armas.

Otro río contaminado es el *número*. Habiendo fascinado a tantas escuelas, el número se absolutizó, se consideró un poder absoluto así que todo lo que no pudiera expresarse con números quedaba descalificado, sin valor. Hoy se reacciona con fuerza ante ese reduccionismo.

Un cuarto río contaminado es el *caso* o la fortuna. Según el liberalismo salvaje, es el caso quien rige el universo. Es la mano invisible de que hablaba Adam Smith. No hay culpables de la justicia o de la injusticia porque eso no depende de las personas sino depende del caso.

Un quinto río contaminado es la *raza*. Tan importante como es en la vida humana, en la supervivencia y estructuración de las comunidades, sin embargo, también se puede contaminar. Penetrada por el poder maligno se transforma en racismo, en *apartheid*, algo que va más allá de las personas, sean los colonos blancos o los pueblos negros unos y otros a su modo piadosos y devotos.

Un último río contaminado es el *sujeto* mismo que se ha colocado como norma suprema y como dios de sí mismo y ha generado el subjetivismo desbocado que vivimos en la actualidad.

Estos son algunos ejemplos de ríos contaminados. Hay tantos otros. Pero su importancia está en que mientras queremos salvar a los pecesitos, ellos destruyen el contexto. Mientras queremos avanzar hacia el norte, ellos nos arrastran hacia el sur para evocar otra vez la figura de Perry y su viaje polar en trineo hacia el norte sobre el témpano de hielo que se movía hacia el sur.

Estamos frente a enormes desafíos misioneros que van más allá de los desafíos territoriales. Es la misión alternativa, que desea colocar los valores del Reino allí

donde imperan los antivalores para que estas realidades vuelvan a ocupar su lugar⁴ y dejen de ser realidades absolutizadas, esclavizantes, tiranas⁵.

La misión *ad gentes* está llamada a tener un alto grado de discernimiento para entender estas realidades absolutizadas fuera de la Iglesia y a veces en la Iglesia misma y poder penetrar en esas realidades con la fuerza del Evangelio en una misión de liberación.⁶

6. LOS AREOPAGOS

El tercer elemento del contexto son los areópagos. A ellos se refiere Juan Pablo II en la *Redemptoris Missio* y se constituyen en una “nueva” frontera de la misión *ad gentes*. De todos estos areópagos se puede decir cuanto decía Juan Pablo II de uno de ellos como es la globalización:

“Ésta –ha repetido en esencia Juan Pablo II varias veces– no es en sí ni buena ni mala pero será lo que quieren hacer de ella los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Se trata de un instrumento, un proceso, no una política. Lo importante es que sea usada con equidad y en forma ética”.⁷

Eso son los areópagos. Se parecen a ese pájaro en manos del campesino y que preguntaba al sabio maestro para ponerlo a prueba: ¿El pájarito está vivo o está muerto? Si decía que estaba vivo, el campesino lo apretaba un poco y lo presentaba muerto. Si decía que estaba muerto, abría la mano para que saliera volando. Pero el sabio contestó: Ese pajarito es lo que tú quieras, si lo quieres vivo, está vivo, si lo quieres muerto, está muerto. Así son los areópagos, dependen de lo que hagamos de ellos. Y precisamente en este romper las fronteras de los areópagos para que ellos se pongan al servicio del Reino que es bien y vida y no del mal y de la muerte, tenemos como grandes rivales a los principados y potestades. Nuestras grandes rivales no son las otras religiones, son las fuerzas absolutizadas que gene-

⁴ Pablo lo expresa con claridad cuando habla de Cristo sentado a la derecha del Padre y por encima de todo principado, potestad o dominación, colocando todas estas cosas bajo sus pies (Ef 1, 20-22).

⁵ “¿Cómo lograr sacudir el trono? ¿Cómo desarmar el poder y colocarlo al servicio de Cristo? Solamente con el poder del Evangelio mismo, anunciado con las palabras y encarnado en la acción. Pero una simple serie de conversiones individuales sin la capacidad de reconocer, desenmascarar y rechazar ese poder espiritual e ideológico, sería tan vano cuanto pudo ser en el pasado el tentativo de los cristianos de quitar por la fuerza el poder a quien lo poseía. Una evangelización política e ideológicamente ingenua, o una acción social que no incluya la necesidad de la conversión de los falsos dioses al Dios vivo, son inadecuadas a la tarea solicitada”.

⁶ Ver Dorr, Donal, *Mission in today's world*, The Columba press, Dublin, 2000, p.112 y ss.

⁷ Salvini, Gianpaolo, *La Globalizzazione dopo l'11 settembre*, en Civ. Catt. 2002, Vol. 1, p. 547-548.

ran el mal, las fuerzas del antireino. Las otras religiones también luchan contra estas fuerzas del mal.⁸

Los areópagos están ahí y depende de nosotros y de nuestras alianzas que se conviertan en fuerzas del mal o en fuerzas del Reino de Dios. De allí la urgencia de que la misión *ad gentes* asuma su compromiso en relación con ellos. Juan Pablo II lo advierte cuando dice: “Existen otros muchos areópagos del mundo moderno hacia los cuales debe orientarse la actividad misionera de la iglesia”⁹.

Saquemos de nuestra actividad misionera a los areópagos y descubriremos con tristeza, como Perry, que cuando nos movemos con fuerza hacia el norte, estamos más al sur que al comienzo del viaje.

LOS NUEVOS AREÓPAGOS

Se trata de los centros generadores o difusores de cultura.

Los medios de comunicación que van transformando a la humanidad en habitantes de una aldea global.

Los derechos humanos sin excepción.

La promoción de la mujer y del niño, en muchas culturas descuidados.

La salvaguarda de la creación.

El mundo de la investigación científica especialmente en el campo de la vida que requiere la bioética.

Las relaciones internacionales en especial la globalización.

El compromiso por la paz, el desarrollo y liberación de los pueblos.

La búsqueda de sentido muchas veces al margen de Cristo y en el contexto de un consumismo sino horizontes o de ideologías que no satisfacen. Dentro del mismo también se encuadra el retorno a lo religioso muchas veces con expresiones subjetivas o fundamentalistas.

⁸ Al respecto dice Amalados: “Las fuerzas que se oponen al Reino son las estructuras egoístas y explotadoras de Satanás y Mamona. Jesús quiso que la gente se alejara de estas fuerzas demoníacas y pecadoras y se volviera a Dios...Pero por una de esas extravagancias de la historia, la misión se convirtió en una campaña no contra Satanás y Mamona sino contra las otras religiones...La conversión se consideró no como un alejarse en primer lugar de los poderes malignos de Satanás sino de las otras religiones.”

La otra cara de la moneda la ofrece Juan Pablo II cuando habló a los líderes de las diversas religiones en India:

“Como seguidores de diferentes religiones deberíamos unirnos en torno a la promoción y defensa de ideales comunes en las esferas de la libertad religiosa, de la fraternidad humana, de la educación, de la cultura, del bienestar social y del orden cívico”.

⁹ Juan Pablo II, (R.Mi.) 37c.

7. EL TERRITORIO: LA REALIDAD MISIONERA EN LOS CINCO CONTINENTES

Un tercer elemento del contexto es el territorio. La importancia del territorio lo podemos captar a partir de una simple pregunta a cada una de las diócesis de ustedes: ¿Por qué la diócesis se identifica con un territorio? Porque su acción debe llegar a todos los habitantes de ese territorio y no solo al 10% (cifra arbitraria) que son los cristianos católicos que mantienen ocupados a los agentes de pastoral. Su acción debe llegar también a los cristianos no católicos con quienes compartimos la misma fe pero diversa teología, a través de la acción ecuménica; a los miembros de otras tradiciones religiosas diferentes de la nuestra a través del diálogo interreligioso y a los hombres de buena voluntad a través del contacto humano y de tantos otros caminos que hacen parte de la misión *ad gentes*. Ninguna diócesis es pura comunidad cristiana unida en la fe. Las fronteras que dividen la fe y la no fe pasan por el territorio como pasan también por el propio corazón.¹⁰ De allí que los términos espaciales que identifican a la misión *ad gentes* como misión *ad intra* y misión *ad extra* se aplican al propio territorio. Toda diócesis, fuera de ser plataforma de acción pastoral donde se mantiene el fuego de la fe, es también territorio de misión donde se busca encender ese fuego de la fe por primera vez y desde donde son enviados misioneros a ayudar en otras diócesis en la misma tarea misionera *ad gentes*.

Volvamos al tercero de los cuadros que sintetizan esta exposición y que se refiere a los territorios. Allí aparecen los cinco continentes todos ellos con situaciones misioneras desafiantes. Los grandes artistas a veces con solo dos líneas expresan el cuerpo y hasta el alma de una persona. Yo he optado por usar no líneas sino unas pocas palabras para sintetizar los desafíos, las aspiraciones y urgencias de la misión en cada continente. Ustedes pueden añadir más palabras con base en el conocimiento que tengan de la misión hoy.

| ASIA | AFRICA | EUROPA | AMERICA | OCEANÍA |
|-----------|----------------|-------------------|--------------|----------------|
| ASIANIDAD | AFRICANIZACIÓN | LEVADURA | AMERICA | RECIPROCIDAD |
| AUTONOMÍA | CRECIMIENTO | INCULTURACIÓN | MEMORIA | DISCERNIMIENTO |
| PRESENCIA | DEMOCRACIA | ADMIRACIÓN | CREATIVA | DERECHOS |
| PÚBLICA | RECONCILIACIÓN | VENERACIÓN | KERYGMA | HUMANOS |
| DIÁLOGO | APERTURA | INTERCULTURALIDAD | CALIDAD | ECOLOGÍA |
| ARMONÍA | | FRATERNIDAD | MINORÍAS | |
| SENDERO | | | EMIGRACIONES | |

¹⁰ El gran predicador Primo Mazzolari decía que la línea que divide cristianismo y paganismo pasa por el propio corazón. Todos tenemos un poco de cristiano y un poco de pagano.

8. ASIA

Con excepción de las Filipinas, se pueden distinguir en Asia tres zonas o grupos culturales: *El grupo indiano* (India, Sri Lanka, Myanmar, Tailandia); *el grupo confuciano* (China, Vietnam, Laos, Camboya); *el grupo islámico* (Medio oriente, Afganistán, los estados independientes de la ex-Unión Soviética, Pakistán, India del norte, Bangladesh, Malasia, Indonesia y las Filipinas meridionales)¹¹.

Desde el punto de vista de la geografía eclesiástica, Asia se divide en cuatro regiones: Asia del *sudoeste*, cuna del cristianismo, judaísmo e islamismo (Chipre, Irak, Israel, Jordania, Líbano, Palestina, etc)¹². Asia del *sur*, cuna del budismo y del hinduismo (Bangladesh, India, Pakistán, Sri Lanka, etc). Asia del *este*, cuna del confucionismo, taoísmo y shintoísmo (China, Taiwan, Corea, Japón, etc.). Asia del *sudeste* (Myanmar, Filipinas, Laos, Malasia, Indonesia, Singapur, Tailandia, Vietnam, etc)¹³.

“Exceptuando las Filipinas con el 87% de católicos, los cristianos católicos, ortodoxos y protestantes no son sino pequeñas minorías en el inmenso continente asiático: Minorías más fuertes en Corea (25% en Corea del sur, de los cuales el 6% son católicos), en Vietnam (8% de católicos), en Indonesia (8%, con el 3% de católicos), en Sri Lanka (8%), en Malasia (7%, con el 3% de católicos), minorías ínfimas en China (2% en el continente, 4% en Taiwan), en Japón (1,4%, de los que el 0,34% son católicos), en India (1,9%), en Pakistán (1,7%). Es verdad que estas minorías son por lo general muy vivas, con un crecimiento relativamente rápido y con frecuencia influyentes.”¹⁴

¹¹ Tomko, Jozef, *La missione verso il terzo millenio*, Urbaniana U. Press, Roma, 1998, p. 67.

¹² “El medio oriente está en el punto de intersección de tres continentes: Asia, Africa y Europa. Es estratégicamente muy importante sea por sus riquezas petroleras como por otros motivos. En nuestro tiempo hemos visto la actual confrontación entre Israelíes y los Palestinos y las naciones árabes; la extremadamente sangrienta guerra entre Irak e Irán del 1980 al 1988; la toma de Kuwait por parte de Irak que solo se concluyó con la colación nacional e internacional en 1991. Hay también minorías que luchan por ser estados independientes como los Kurdos que viven en área pertenecientes a Turquía, Irán e Irak y como los armenios. Desde 1989 existe un movimiento revolucionario armenio en la Turquía Otomana y los ataques contra las misiones diplomáticas de Turquía en Europa y Estados Unidos son continuos en nombre del Ejército armenio secreto. También los cristianos maronitas en el Líbano siguen luchando para conservar su poder político “...Tres importantes religiones tuvieron su origen en el medio oriente: El judaísmo, el cristianismo y el islam. Pero la gran mayoría de la población a través de los siglos llegó a ser musulmana. Actualmente solo un máximo del 10% de la población del medio oriente es cristiana. Los musulmanes se dividen en Sunnitas y Shiitas. La mayoría de los árabes y de los turcos son Sunitas mientras que la mayoría de los Persas son Shiitas”.

Pontificia università Urbaniana, *Dizionario di Missiologia*, EDB, Roma, 1993. Voz Asia.

¹³ Charbonnier, Juan, *El fermento cristiano en Asia*, en Misiones Extranjeras, noviembre-diciembre 1997, p. 556.

Las actuales estadísticas hablan de 327.249.000 cristianos en Asia incluidos católicos y protestantes¹⁵. Los católicos son la tercera parte.

Todos estos datos sobre el continente más poblado del mundo, nos hacen ver el gran significado que este continente tiene para la misión *ad gentes* como justamente lo anotaba Juan Pablo II en la RMI.

ASIANIDAD

Parece que en Asia se ha trabajado muchísimo por el primer objetivo de la misión *ad gentes*: La promoción de los valores del reino de Dios pero poco se ha logrado en el pasar al siguiente objetivo de la evangelización y todavía menos en el logro del tercer objetivo: la formación inicial de las comunidades cristianas. Pareciera que un muro se levantara entre ese primer objetivo y los otros dos. ¿Cuál puede ser ese muro? Para responder lo mejor es escuchar a los mismos asiáticos:

“Hablando de la iglesia en Corea, Sor Kim, religiosa coreana observa que las lecciones de Mateo Ricci y de Roberto de Nobili todavía no han sido aprendidas. Las iglesias en Asia se ven como sembrados extranjeros que dependen de centros de poder que están afuera política, financiera, ideológica y culturalmente”¹⁶.

Por este motivo, los Obispos de Asia saben que su compromiso es dar al cristianismo una cara asiática para que entre en sintonía con la asianidad:

“Estamos comprometidos con el surgir de la Asianidad de la Iglesia en Asia. Esto significa que la Iglesia debe ser una encarnación de la visión y valores de la vida de Asia especialmente interioridad, armonía, un acercamiento global e incluyente a toda área de la vida”¹⁷.

El problema que vive el cristianismo en Asia como es el tener un rostro extranjero ya es de por sí grave y sin embargo se complica cuando ese rostro es visto no como el de un simple extranjero sino como el de un colonizador.

“La fe cristiana está asociada en la mente de los asiáticos con el colonialismo. Cuando las personas se convierten al cristianismo son consideradas como traidores de su propia cultura y de su ciudadanía. El cristianismo lleva consigo el estigma de ser una religión occidental que llegó con los colonialistas y se debe marchar con los colonialistas”¹⁸.

¹⁵ Barret, D., y Johnson, T., *Annual Statistical table on Global Mission: 2003*, en International Bulletin of Missionary research, Vol. 27, N. 1, January 2003, p. 25.

¹⁶ Amaladoss, M., *Response to Sung – Hae Kimm* en Schreiter, Robert (Ed.), *Mission in the Third millennium*, Ed. Orbis, New York, 2001, p. 22.

¹⁷ “A renewed church in Asia: A mission of love and service”. The final statement of the 7th plenary assembly of the federation of asian bishops’ conference, Sampar, Thailand, January 3-12, 2000.

¹⁸ Athyal, Saphir, *Southern Asia*, en Phillips, J. And Coote, Robert, *Toward de 21st Century in Christian Mission*, Ed. Eedermans, Grand rapids, Michigan, 1993, p. 60.

Otro aspecto del muro que se interpone es sencillamente que la herencia religiosa de los asiáticos es tan profunda que a la gente le cuesta mucho trabajo cambiarla por la fe cristiana. Esto vale especialmente para los seguidores de las grandes religiones. Es diferente la situación en las religiones tribales donde las raíces no son tan profundas. En términos concretos eso quiere decir que mientras los pueblos animistas de la India del Norte, los Nagaland, tiene una población cristiana que llega al 70%, los pueblos del vecino Bangladesh tienen una población cristiana del 0,5%.

Otro aspecto del muro es que si por una parte la profundidad religiosa es tan significativa, no impide que se viva, especialmente en el hinduismo, con una mentalidad ecléctica que considera todas las ideas buenas, todo tipo de fe verdadera aunque la diferencia esté en los nombres. Por eso, hay tanta gente que escucha entusiasmada el Evangelio pero no da un paso más para recibir a Jesucristo como Dios y Señor.

“De los pasos significativos para borrar el rostro de extranjería en Asia, uno muy importante fue la aplicación del decreto *“Plane compertum est”* al Vietnam en tiempos de Pablo VI en 1965 con el cual se autorizaba el culto de los antepasados en las familias de los cristianos convertidos. Finalmente se quitó la interdicción del deber sagrado de la piedad filial, interdicción que duraba desde hace cuatro siglos. La Iglesia empezó a restituir a las familias confucianas los hijos ‘perdidos’ después de tantos conflictos familiares, políticos y sociales y después de tantos mártires”¹⁹.

En el Japón, “la negativa de algunos cristianos a participar en las ceremonias Shinto según las órdenes del Estado, era castigada como alta traición. En esta situación, la congregación romana de Propaganda Fide en 1936 publicó una instrucción en la que consentía que los católicos de Japón participaran en las ceremonias estatales del templo Shinto y ello sobre la base de una declaración del régimen japonés según la cual tales ceremonias no eran manifestaciones religiosas sino tenían solamente un carácter patriótico”²⁰.

Según Pieris, “el mecanismo comprometido en el rechazo de Cristo en Asia se podría llamar, casi chistosamente, la teoría de la expansión religiosa a modo de helicóptero”. Esa teoría se basa en algunas observaciones históricas²¹ que en síntesis

¹⁹ Mai Thanh, *Aspetti del cristianesimo in Vietnam*, en Concilium, 2/1993, p. 144.

²⁰ Nmeshegyi, Peter, *Essere cristiani in Giappone*, en Concilium, 2/1993, pp. 157-158.

²¹ Las observaciones son cuatro: La primera es que las religiones metacósmicas son como helicópteros, mientras que las religiones cósmicas sirven como de la natural plataforma de aterrizaje.

La segunda observación dice: El que primero llega se queda con la silla. El budismo llegó primero en Tailandia y Tailandia es budista. El cristianismo llegó primero en las Filipinas y ésta es cristiana.

En tercer lugar, una vez que un helicóptero aterriza, usualmente no es posible que otro helicóptero aterrice en la misma plataforma. Eso quiere decir que las Filipinas no serán nunca budistas ni Tailandia será una nación cristiana. En otros términos, es improbable una conversión de masa de una religión metacósmica a otra.

En cuarto lugar, no se debe excluir la posibilidad de que un helicóptero sea expulsado de su propia plataforma de aterrizaje. Una religión metacósmica puede sustituir otra ejercitando una presión política o militar prolongada y persistente como también a través de mutaciones demográficas.

dicen que las religiones metacósmicas son como helicópteros y las religiones cósmicas son plataformas de aterrizaje. Donde ha aterrizado un helicóptero no puede aterrizar otro y por eso donde hay una de las grandes religiones metacósmicas no puede llegar otra²².

Es un pronóstico pesimista pero que se debe tomar en consideración desde el punto de vista antropológico para ser conscientes de las dificultades, no para desistir del anuncio de Cristo.

El Padre Manna, recientemente beatificado, en su tiempo hacía otras observaciones que también ayudan a entender el porqué aún es tan incipiente el cristianismo en Asia y se percibe con rostro extranjero:

“Si los intereses de un Instituto o de una Orden prevalecen sobre los intereses de la Iglesia, si prevalecen los intereses nacionalistas o de finanzas, la misión se vuelve un fin en sí misma y el Reino de Dios no se establece. Eso fue lo que sucedió. Un chino ha dicho que China no es territorio de las misiones sino de las congregaciones”²³.

Todos estos datos son explicaciones obvias del porqué los Obispos de Asia han asumido el gran desafío misionero de la Asianidad.

AUTONOMIA

Como lógica consecuencia del primer desafío misionero, aparece el segundo, la autonomía.

Durante el Sínodo de Asia hubo algunas voces suaves que clamaron por una justa autonomía de las iglesias locales en Asia. La razón de esta solicitud es que la misión de la Iglesia en Asia es percibida por muchos como algo organizado, dirigido y financiado desde fuera”²⁴.

Esta dimensión de la autonomía querían apreciarla mejor en el documento *Ecclesia in Asia*.

“La reacción de los teólogos de algunos países como India, Vietnam y Japón al documento *Ecclesia in Asia* fue negativa.... Consideran que las intervenciones de muchos Obispos en el Sínodo a favor de una cierta legítima autonomía en lo que se refiere a la inculturación de la liturgia, de la fe y su proclamación, fueron eliminados del proceso verbal sinodal. Sostienen que las peticiones unánimes de las iglesias orientales en Asia para una mayor autonomía y libertad de acción en la evangelización y en el crear estructuras eclesiales y misioneras fueron reducidas a muy poca cosa”²⁵.

²² Pieris, Aloysius, *C'è un posto in Asia per Cristo*, en *Concilium*, 2/1993, pp. 56-57.

²³ Butturini, Giuseppe, *La fine delle missioni in Cina, nell'analisi di padre Manna*, Ed. EMI, Bologna, Bologna 1979, p. 121.

²⁴ Sung-Hae Kim, SC, *An east Asia Understanding of Mission and the future of the Christian presence*, en Schreiter, o.c., p. 17.

²⁵ Karotemprel, o.c., pp. 102-103.

El término autonomía adquiere un especial dramatismo cuando se considera en el contexto de China. La Iglesia católica está dividida precisamente debido a este concepto de la autonomía. Por una parte está la Iglesia reconocida por el gobierno la que se considera autónoma y a la que no llamamos patriótica como si la otra no lo fuera. Por otra parte está la Iglesia subterránea que no es reconocida por el gobierno y a la que no podemos llamar Iglesia sufrida como si la primera no lo fuera. Y hay otro grupo que crece que se ubica entre las dos y que quiere ser como una cremallera que va cerrando las heridas y divisiones. La independencia en relación con el Papa fue el punto crucial, aunque en 1981 el requisito impuesto a los Obispos de jurar independencia de Roma se eliminó. Aún más, la Iglesia reconocida públicamente volvió a introducir la oración por el Papa en la Misa y el reconocimiento de ser el líder espiritual de la Iglesia china. Las tensiones permanecen aún y se alimentan de varias maneras. El 6 de enero del 2000, la Iglesia reconocida ordenó 6 obispos sin la aprobación previa de la Santa Sede y ello fue considerado una ofensa. Al mismo tiempo, el 1 de octubre del 2000 precisamente durante las fiestas 51 aniversario de la fundación de la República, Roma proclamó santos a 120 mártires chinos y ello fue considerado una grave ofensa al gobierno chino quien todavía pide que se le den excusas explícitas.

Todas estas dificultades han hecho que la Iglesia católica con sus más de doce millones de fieles no tenga la vitalidad que podría tener.

El mensaje del Papa con ocasión de las festividades de Mateo Ricci fue muy significativo en cuanto que fuera de pedir perdón por los errores del pasado, invocó un nuevo diálogo con las autoridades chinas a favor de la Iglesia católica a la que se refirió como un todo sin aludir a las actuales divisiones.

Volviendo a la realidad de todo el continente, queda en pie este desafío de autonomía con miras a una encarnación más transparente de la Iglesia en Asia.

PRESENCIA PÚBLICA

Otro aspecto del muro que se levanta contra la evangelización y la construcción de comunidades cristianas es el hecho de que en muchos lugares una religión diversa del cristianismo es declarada religión oficial y los cristianos empiezan a ser considerados como ciudadanos de segunda categoría. Las autoridades oficiales se encargan también de discriminar contra los cristianos y de colocarles múltiples obstáculos para que no puedan realizar su misión. No hay que sorprenderse si muchos cristianos en estas situaciones empiezan a tener complejos de inferioridad que los desmotiva para ser verdaderos testigos y prefieren limitarse a un cristianismo privado.

Pero el desafío misionero en Asia es que “las comunidades cristianas en el medio oriente deben participar de corazón en el desarrollo político y social de sus respectivos países...con la responsabilidad de trascender su mentalidad minoritaria y participar activamente en el logro de los objetivos valiosos de la sociedad más amplia”²⁶.

²⁶ Horner, Norman, The Middle East, en Philips, J., y Coote, Robert, *Toward the 21 Century in Christian Mission*, Ed. Eerdmans, Grand Rapids, Michigan, 1993, p. 170.

Anota el P. Karotempel que “los cristianos están buscando nuevos métodos de presencia cristiana, de testimonio del Evangelio y de los valores del Reino de Dios. De éstos, emergen la defensa de los derechos humanos y de ciudadanía a los tribales, los derechos legales y económicos de los trabajadores, de los oprimidos y de los marginados, de los pescadores. Además, la posición firme contra el fenómeno del trabajo a que son obligados los niños y muchachos de la calle”²⁷.

DIÁLOGO (intra e inter)

Otro de los grandes desafíos misioneros que Asia ha acogido con decisión es el del diálogo interreligioso.

Mons. Fernando, un Obispo de Sri Lanka afirmaba: “El diálogo interreligioso debe ser considerado como un elemento integrante de la evangelización y merece ser considerado como una prioridad apostólica. Debemos adoptar una actitud abierta y positiva ante las otras religiones, integrándolas dentro del plan general de salvación querido por Dios hacia toda la humanidad en Cristo”. Y explicó el fundamento teológico: “La presencia, escondida pero activa, del misterio de Cristo en las otras tradiciones religiosas es el fundamento teológico del diálogo interreligioso”²⁸.

El diálogo en Asia tiene tres formas principales: Diálogo con las tradiciones culturas; diálogo con las religiones y diálogo con el pueblo especialmente con los pobres que son la mayoría²⁹.

El diálogo interreligioso presenta grandes retos sea personales, sea comunitarios que nos exigen romper con nuestra propia autosuficiencia para tomar muy en serio las otras tradiciones religiosas y así permitir que surja una nueva visión³⁰.

No se puede dejar de lado otro aspecto que contribuye a engrosar el muro al que nos referimos. Se trata de la división interna del cristianismo. A los ojos de los asiáticos, el cristianismo aparece fraccionado en miles de denominaciones. En lu-

²⁷ Karotempel, Sebastian, *Impatto della Redemptoris Missio sulla missione della chiesa in Asia*, en Congregazione per l'evangelizzazione dei popoli, *A Dieci Anni dall'Enciclica Redemptoris Missio*, Urbaniana University Press, Roma, 2001, p. 99.

²⁸ Ver Dupuis, J., *Jesucristo al encuentro de las religiones*, p. 313.

²⁹ Fox, Thomas, *Pentecost in Asia*, Orbis Books, New York, 2002, p. 22.

³⁰ Raimundo Pannikar plantea el problema del encuentro entre las religiones de la siguiente manera: “Con seguridad, cada tradición, viéndose desde dentro de sí misma, considera que es capaz de dar respuesta plena a todas las inquietudes religiosas de sus miembros y al ver las otras tradiciones desde fuera tiene la tendencia a juzgarlas como incompletas. Es solamente cuando tomamos al otro seriamente como lo hacemos con nosotros mismos que una nueva visión puede surgir. Para ello, debemos romper con la autosuficiencia propia de todo grupo. Pero esto requiere que, en cierta forma, seamos capaces de saltar fuera de nuestras respectivas tradiciones. Aquí parece radicar el destino de nuestro tiempo”.

Krieger, David, *Methodological foundations for interreligious dialogue*, en Prabhu, J. (Ed.), *The inter-cultural Challenge of Raimon Panikkar*, Ed. Orbis, Maryknoll, New York, 1996, p. 201-202.

gar de desarrollar una teología adecuada para la originalidad e identidad de Asia, se llegó allá con la problemática de la teológica occidental y de todas sus divisiones.

“Hay necesidad también de un diálogo intraeclesial, un diálogo de respeto y confianza, un diálogo de legítima autonomía, un diálogo de fe común heredada de los apóstoles”³¹.

ARMONÍA

Al hablar de este desafío misionero tan típico, como es la armonía, se está presentando nada menos que cuanto la Iglesia de Asia considera una nueva forma de vivir la catolicidad. Armonía es unidad en la diversidad. Es aceptación de la unidad y de la diversidad. La necesidad de la armonía surge en concreto de la enorme diversidad que hay en Asia en términos de culturas, lenguas, religiones, grupos étnicos y situaciones sociales. Para los obispos de Asia, la armonía encarna las realidades de orden, bienestar, justicia y amor todas ellas en interacción humana. La armonía es una nueva forma de vivir la misión en contraste con cualquier forma de misión apoyada en la fuerza, la conquista o el rechazo de la diversidad.

La armonía es un estilo de misión, de pastoral y de espiritualidad. La armonía que se vive plenamente en la Trinidad y se encuentra entre los pueblos y a lo largo y ancho del universo. Toda la historia de la salvación es armonía. “En el principio Dios creo el cielo y la tierra y todo estaba en armonía. Los seres humanos se convirtieron en los administradores del Creador y de la creación. Ellos vivían en armonía con la creación. La historia del trabajo salvífico de Dios de restaurar la armonía en Cristo empezó en el momento en que la desarmonía se introdujo en la creación. El Reino de Dios nos llega a nosotros a través del Cristo de la armonía. A través del ministerio de Jesús aprendemos los caminos de la armonía”³².

La Iglesia en Asia quiere ser sacramento de la armonía en medio de los pueblos asiáticos.

SENDERO

Quisiera introducir este término para hablar de una gran misión que la Iglesia de Asia tiene frente al mundo, como ninguna otra. Es la misión de ser un sendero seguro que el resto del mundo y especialmente de la Iglesia universal pueda recorrer para llegar al conocimiento y al aprecio de las otras tradiciones religiosas diversas del cristianismo. Asia es la ventana abierta hacia las otras religiones que nos enseña las actitudes de acercamiento respetuoso y sincero. Asia nos ayuda a enten-

³¹ Karotemprel, S., o.c., p. 104.

³² Fox, Th., o.c., p. 51.

der y a apreciar el valor de Krishna y su semejanza con Jesús como aparece en el Bhagavad Gita³³; nos ayuda a percibir a Buda de una manera nueva no como la persona arreligiosa que el occidente ha querido ver sino como un hombre santo³⁴ y nos ayuda a entender también el significado de Jesús en medio de un pluralismo religioso. Por ser sendero, la Iglesia de Asia tiene la enorme responsabilidad de llevarnos a nuevos horizontes sin despedazar las verdades fundamentales de Jesús Dios y hombre verdadero así como Salvador del mundo. Es un desafío misionero de primer orden³⁵.

³³ Ver Mohammed, Ovey, *Jesus and Krishna*, en Sugirtharajah, R.S, Ed. *Asian faces of Jesus*, Orbis Ed. New York, 1993 p. 9 y ss.

³⁴ Ver Pieris, Aloysius, *The Buddha and the Christ, Madiators of Liberation*, en Sugirtharajah, R.S, Ed., *Asian faces of Jesus*, Orbis Ed. New York, 1993 p. 46 y ss.

³⁵ Otros desafíos que la iglesia de Asia está enfrentando hoy son:

MARTIRIO

En las décadas recientes, hemos visto que el comunismo, como es el caso de Vietnam, Laos y Cam-puche, reprimió en forma durísima el testimonio cristiano. Pero en el futuro, el Islam fundamentalista se demostrará ser mas opresor militante contra el cristianismo y otras religiones que lo que fue el comunismo. Un número de países tienen al Islam como religión oficial de los cuales uno más reciente es precisamente Bangladesh. En esos países la misión está bajo una enorme presión y como regla se permite la evangelización solamente entre aquellos que no son musulmanes. Los segmentos fundamentalistas del Islam y otras religiones han ido ganando influencia en el gobierno nacional de muchos países. El fanatismo en esas regiones implicará que la evangelización será muy costosa en esos países. Hemos de estar preparados para la persecución y oposición al Evangelio.

Un caso muy especial lo representa la realidad de las conversiones cristianas en el Japón.

“La demostración de la autenticidad de estas conversiones es la resistencia heroica de muchos cristianos durante la persecución contra ellos que duró nada menos que trescientos años...”

Los sucesores de estos intrépidos cristianos constituyen una parte considerable de los actuales católicos en Japón. En medio de ellos surgen muchas vocaciones sacerdotales y a la vida religiosa. De una pequeña aldea de Shitsu, cerca de Nagasaki, cuyos habitantes sufrieron la persecución, fueron sacados de sus tierra y cuando volvieron vivieron en pobreza absoluta, provienen dos cardenales, Taguchi Yoshigoro (1902-1978) y Satowaki Asajiro (1904-) lo que es un hecho peculiar en la historia de la Iglesia.”

ANIMACIÓN

“Algunas iglesias locales han fundado institutos misioneros para la misión ad vitam, ad extra, *ad gentes*. La Sociedad Misionera de Filipinas, la Sociedad Misionera de Santo Tomás, los Heraldos de las buenas nuevas en India, La Sociedad Coreana para las Misiones Extranjeras, la Sociedad Misionera de Tailandia, son algunos ejemplos. Estos institutos han abierto misiones fuera de su contexto cultural y geográfico.

En un estudio de Steve Moon, los misioneros enviados por Corea pasaron de 93 en el año de 1979 y de 1645 en el año 1990 a 10.745 en el año 2002 contando solo los misioneros enviados por agencias, institutos, organizaciones, no los enviados por iglesias locales. La media es de 1000 misioneros enviados cada año. El estudio no presenta las proporciones entre católicos y protestantes y parece limitarse preferentemente a las iglesias protestantes. Pero indica un dinamismo muy interesante que si bien es impresionante en cuanto a la cantidad, no deja de tener sus problemas en términos de calidad.

“La conferencia episcopal de Japón publicó en 1984 Directrices prácticas y prioridades de la Iglesia católica en Japón: Directriz básica: Cada uno de nosotros, los católicos, deberá ser misionero y transmitir la alegría de la fe a nuestros hermanos y hermanas que aún no se sientan en el banquete de Cristo. Debemos conducir a muchas personas al bautismo y con ellas ser colaboradores en la tarea de la salvación”.

9. AFRICA

Después de la guerra fría, la atención del mundo se dirigió a los países de Asia y de Europa oriental. Africa, con sus grandes problemas y conflictos políticos y sociales, fue dejada de lado, como si interesara poco y en verdad poco interesaba porque no era ni una fuerte productora ni una fuerte consumidora.

Juan Pablo II, ante la concentración del mundo en el eje occidente-oriente, ha insistido en que se tome en consideración el eje norte-sur.

Continente inmenso con una población de alrededor de 800 millones de personas, cuenta en la actualidad con 360 millones de cristianos de todos los tipos que para el año 2025 a una tasa de crecimiento del 2,25 pueden llegar a ser 650 millones.

Crece la población y crece la Iglesia católica cuyos miembros son unos 115 millones y cuya vitalidad es maravillosa. Los grandes desafíos misioneros de la Iglesia africana los podemos sintetizar en algunas palabras claves que se refieren tanto a la evangelización como a la promoción humana:

AFRICANIZACIÓN (CONTINUIDAD)

Una vez que se ha logrado la cristianización de la tradición africana, la cristianidad africana debe lograr la africanización de su experiencia cristiana. Con ello se pretende, que utilizando todos los instrumentos cristianos, se pueda reconstruir el tejido desgarrado de la identidad africana indicando el camino hacia el resurgir de una nueva más plena y más libre humanidad y personalidad africana³⁶. Se trata de un enriquecimiento antropológico que se considera como uno de los más grandes desafíos que no se confunde con un problema simplemente social por trágico que sea. Como anota un teólogo africano:

“Es preciso reconocer que el estudio sistemático de la pobreza en Africa aún está por hacer. Todas las investigaciones se ocupan del desarrollo, es decir, de los aspectos socioeconómicos de la pobreza. De este modo, se asimila a Africa con el conjunto del tercer mundo, y se preconiza soluciones tercermundistas a partir de teorías sobre el crecimiento económico. Todo eso representa un aspecto, pero solo un aspecto de la realidad africana. El fracaso del decenio del desarrollo, lanzado por las Naciones Unidas, ha mostrado que en el caso de Africa, lo mismo que en el resto del tercer mundo, la realidad es, a la vez, más compleja y más dramática.

Africa es el único lugar donde la pobreza no constituye un fenómeno socioeconómico. Es la condición humana, en su raíz profunda, la que se ha visto tarada, traumatizada, empobrecida. La pobreza africana es una pobreza antropológica...

³⁶ Ver Bediako Kwame, *Christianity in Africa*, Ed. Orbis, Maryknoll, New York, 1995, pp. 4-5.

No hay nada más trágico que un pueblo que ha perdido sus raíces y se encuentra sin guía y sin apoyo, entregado al océano desencadenado de la historia contemporánea, a la merced de falsos timoneles que, a menudo no son más que tiranos o falsos aventureros drogados por un poder de marioneta manipulada desde el exterior”³⁷.

Dentro de este esfuerzo se quiere enfatizar la continuidad de las religiones ancestrales y el cristianismo sin dejar en la sombra la novedad de Jesucristo³⁸.

CRECIMIENTO

“Africa es el continente que en los últimos años ha tenido el crecimiento más rápido del número de católicos que ha pasado de un millón a comienzos de siglo XX a los 109 millones actuales. Los países con más cristianos son Zaire, Nigeria, Uganda, Tanzania, Angola, Kenia, Surafrica, Etiopía...

Pero son los movimientos religiosos que han adquirido en los últimos años una tal pujanza en el continente que las consecuencias que está teniendo su desarrollo en la iglesia de Africa son preocupantes. Un estudio hecho por el Secretariado de

³⁷ Mveng, Engelbert, *Identidad africana y cristianismo*, Ed. Verbo Divino, Estela, 1999, p. 269.

³⁸ En 1977, Harold Turner, una guía segura para entrar en el mundo de las religiones primigenias (*primal religions*) propuso un marco de comprensión compuesto por seis rasgos que llevan a entender las religiones originales como auténticas religiones y no como epifenómenos de una organización social propia de las sociedades preliterarias.

Primero: Un sentido de parentesco o afinidad con la naturaleza en el que todos los seres tienen una existencia espiritual y un lugar en el universo y donde todos influyen en todos.

Segundo: El profundo sentido de que el hombre es finito, débil y pecador y necesitado de un poder que está por encima del mismo.

Tercero: El hombre no está solo en el universo sino que hay muchas otras fuerzas personalizadas y más poderosas que él.

Cuarto: El hombre entra en relación con el mundo de los espíritus y encuentra en ellos protección contra las fuerzas del mal.

Quinto: El agudo sentido de la realidad después de la muerte de donde la importancia de los ancestros con quienes se está unidos por afecto y mutuas obligaciones.

Sexto: El hombre vive en un universo sacramental donde no hay un corte neto entre lo físico y lo espiritual.

Los teólogos africanos con mucho entusiasmo han puesto de manifiesto la continuidad entre esta religión primigenia y el cristianismo. Una continuidad que no solo aparece en la positiva recepción del cristianismo por parte de estas religiones como cuando se exclama: “esto es lo que estábamos esperando” sino sobre todo en la presencia de Dios, en la continuidad de Dios. Esta continuidad se pone de manifiesto cuando se ve cómo en cada comunidad cristiana africana el nombre de Dios ha sido tomado de la religión primigenia. El misterio de la encarnación del Hijo de Dios ilumina esta continuidad y ese habitar de Dios en el mundo. Mbiti, teólogo africano, afirma que si el Evangelio es comprendido de esta manera, el africano no debe recorrer mucho terreno para sentirse en tierra muy familiar.

simposios de conferencias episcopales de Africa y Madagascar (SCEAM), clasifica a estos movimientos en cuatro categorías:

Movimientos fundados por adventistas, testigos de Jehová, Mormones.

Movimientos de inspiración oriental como Bah'ais y grupos de New Age.

Iglesias fundamentalistas y pentecostales de origen americano que son las que más han progresado en Africa.

Grupos de carácter claramente africano como el movimiento del espíritu santo de Alicia Lakwena en Uganda y otros movimientos no cristianos o anticristianos”³⁹.

“Los movimientos que actualmente están ocupando con más fuerza el paisaje africano son las iglesias fundamentalistas y pentecostales... Lo que caracteriza a estos grupos fundamentalistas africanos es el matiz político que dan a ciertos textos bíblicos a partir de los cuales declaran que el gran enemigo, que hasta hace poco era el comunismo, es el Islam. Esta forma de cristianismo favorece la antipatía hacia los musulmanes, acusados de formar parte del imperio de satán y por tanto contrarios al Reino de Cristo”⁴⁰.

“El anuncio de Jesucristo, único Salvador, continúa. La catequesis, las conversiones y los bautismos prosiguen. Los expertos en estadística dicen que de todos los continentes, es en Africa donde el cristianismo tiene el más elevado porcentaje de crecimiento anual.

La formación y el refuerzo de las iglesias locales avanzan aún en medio de muchos problemas como por ejemplo la falta de paz en muchos países africanos. La Iglesia es una de las pocas instituciones que, en algunos países caracterizados de fuerte inestabilidad alimenta aún las esperanzas del pueblo. La mayoría de los obispos, sacerdotes y religiosas es africana, exceptuado algún país. En Sudán, los cristianos no renuncian a la fe y están listos para sufrir por Cristo y con Cristo y hasta morir por la fe en El...

Entre los tantos signos positivos del crecimiento de la vida de la Iglesia en Africa, a diez años de la *Redemptoris Missio*, podemos señalar los siguientes:

Hay crecimiento en el numero de las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Se construyen nuevos seminarios.

La vida monástica echa sus raíces en Africa. Para hablar solo de tres grandes órdenes en 1998 en Africa los Cistercienses tenía 12 monasterios para monjes y 8 para monjas. Los Benedictinos tienen 28 monasterios, las benedictinas de clausura

³⁹ Pérez Charlín, Juan Manuel, *El fundamentalismo religioso en Africa*, en Misiones Extranjeras, Julio, Agosto 1997, p. 296-297.

⁴⁰ Pérez Charlín, Juan Manuel, o.c., p. 297.

22 y las hermanas benedictinas 12. Los carmelitas tenían 24 monasterios con otros 9 en preparación y las carmelitas 29 monasterios. Conozco una Abadía de benedictinas en Nigeria que tiene 140 monjas. 30 fueron enviadas a fundar un nuevo monasterio en Nigeria...

Es positiva la consolidación de las congregaciones religiosas de vida activa y la cooperación recíproca a través de las reuniones de sus superiores mayores.

El crecimiento de los laicos cada vez más consciente de la propia vocación en la esfera secular, es motivo para dar gracias a Dios...

Los catequistas desarrollan un apostolado capilar que comienza en las aldeas y en las estaciones de misión. Construyen la Iglesia desarrollando un servicio insustituible.

La participación de la Iglesia africana en la actividad misionera de la Iglesia universal merece una mención especial. Los directores diocesanos de las Pontificas Obras Misioneras tienen una cantidad enorme de trabajo y siempre en aumento. Dos institutos misioneros de fundación africana para sacerdotes misioneros son de poner de relieve: Los Apóstoles de Jesús de Nairobi y la Sociedad misionera de San Pablo en Abuja. Muchas congregaciones de hermanas fundadas en Africa hacen un trabajo misionero en su propio país, en otros países africanos y fuera del continente. Los sacerdotes diocesanos trabajan como *Fidei Donum* en otras diócesis de su nación y de otras naciones... Como dice la RMI el empuje misionero es un signo de vitalidad así como la disminución es un signo de crisis de fe⁴¹.

DEMOCRACIA

Debido a la estrecha asociación entre autoridad religiosa y poder político en la persona del dirigente tradicional, las sociedades africanas se pueden llamar ontocracias, esto es, autoridad y poder sacralizados, con la consecuencia de una integración entre trono y altar. Esa sacralización del poder traducido a nivel del Estado, ha llevado en la época de la postindependencia a un autoritarismo político que se expresa en el partido único y en la intolerancia de cualquier tipo de oposición. A llegar a este punto contribuyó la idea de la solidaridad pero que estaba marcada fuertemente por el aspecto tribal. De allí que K. A. Busia, quien fue primer ministro de Gana se preguntase:

“Si bien la unión de la comunidad tribal fue el parentesco, un estado moderno está formado por numerosas tribus. ¿Cómo es posible lograr una extensión del espíritu de la familia africana a la nación como una totalidad? ¿Cómo podemos cam-

⁴¹ Arinze, Francis, Card. *L'impatto della Redemptoris Missio sull'attività missionaria in Africa*, en AA.VV., *A Dieci Anni dell'Enciclica Redemptoris Missio*, Urbaniana University Press, Roma, 2001, pp. 4-6.

biar el énfasis de parentesco de grupo a Estado? Este es uno de los mayores problemas de la organización política en el Africa de Hoy”⁴².

A este problema de la raza responde el cristianismo al crear comunidades que no colocan esta pertenencia en primer plano sino la pertenencia al pueblo de Dios y por tanto que relativizan mejor la realidad del parentesco.

“El mayor desafío que tienen las iglesias cristianas en Africa en la esfera política es elevar la conciencia en la más amplia sociedad de la conexión entre el mensaje de rectitud, amor y justicia y la búsqueda de una gobernabilidad democráticamente sostenible, aunque las iglesias deben continuamente recordar que la búsqueda de la democracia no es un fin en sí mismo. El fin no es otro que el Shalom en el Reino de Dios”⁴³.

“Es cierto que la etnia ha sido siempre una riqueza en tanto constituye una referencia grupal en la que vienen acumuladas durante siglos costumbres y tradiciones que configuran la cultura en la que cada miembro del grupo se identifica. Pero, utilizar este hecho diferencial como un argumento para reivindicar el separatismo o promover las ideas intolerantes que perjudican la formación de una nación, es lo que hace daño a muchos países africanos.

La explotación para fines políticos de las diferencias étnicas es frecuente en Africa. Divide para reinar es una referencia para los dirigentes políticos africanos en busca de una consolidación de sus poderes”⁴⁴.

“Es cierto que la democracia no es un remedio al tribalismo o al factor étnico en Africa pero, al menos es un medio para favorecer un Estado de derecho como preludeo hacia una sociedad que fomente la justicia social y que tienda a eliminar las barreras étnicas, reconociendo sin duda, la diversidad étnica como una riqueza cultural que se debe conservar”⁴⁵.

RECONCILIACION

En este momento hay en Africa 21 países donde la escasez de alimentos va de preocupante a dramática. De los mismo 21 países, 9 (Angola, Burundi, República democrática del Congo, República del Congo, Liberia, Sierra Leona, Somalia, Sudán, Uganda) se encuentran en esta situación debido a las guerras y conflictos civiles internos. De allí que la palabra que más resuena hoy en Sudáfrica y Mozambi-

⁴² Busia, K.A., *Africa in Search of Democracy*, London, Routledge & Kegan Paul, 1967 p. 12.

⁴³ Bediajo, Kuame, o.c., p. 249.

⁴⁴ Tshimpanga Matala Kabangu, *Grandes lagos, ¿un conflicto étnico?* en Misiones Extranjeras, Julio-Agosto 1997 p. 308.

⁴⁵ Tshimpanga Matala Kabangu, o.c., p. 312.

que como es Reconciliación, debe empezar a resonar también en estos otros países.

Le preguntaba a un amigo Obispo de una diócesis de Etiopía, cuál era el mal al que más le temía en Africa y me contestó: las luchas tribales. La fuerza de la tribu lleva a una lucha armada y sanguinaria que ni las más profundas convicciones cristianas logran controlar. Fuera de estas luchas tribales hay otras internas de carácter político que desangran completamente los países. Una acción misionera urgente es ésta de la reconciliación espiritual, social, política y cultural.

Dice Kizito Sesana: “No es un sueño piadoso pensar que oficiales militares anteriormente enfrentados o políticos de alto rango de ambas partes pueden caminar juntos y decirse el uno al otro, aunque les cueste mucho: ‘Necesito tu perdón. Estaba equivocado. He obrado mal’. Yo puse este ejemplo a algunos políticos Hutus de Rwanda y les pregunté si creían que era demasiado idealista. Me respondieron que esto es exactamente lo que se necesita entre Hutus y Hutus y entre Hutus y Tutsis”⁴⁶. Estas afirmaciones que enfatizan la reconciliación no son sólo palabras. En países como Mozambique y Sudáfrica son todo un programa especial que quiere transformar la historia desde la verdad y el perdón dejando atrás los odios de la guerra.

APERTURA

“El continente africano sale del fin del siglo XX como un continente olvidado, condenado a morir. Sufre de una marginación que le descarta de los lugares donde internacionalmente se toman las decisiones que orientan el nuevo orden mundial. Africa se encuentra fuera de las nuevas tecnologías, del mundo del aprendizaje de los conocimientos. No hay una presencia africana en la concepción de la política de las multinacionales, del potente e inevitable Banco Mundial⁴⁷.”

Desde la caída del muro de Berlín, la ayuda internacional, cada vez más se dirige hacia la Europa del este y el continente asiático.

Los jesuitas, reunidos en la congregación general en 1994, llegan a la misma constatación:

“La marginación de Africa en el ‘nuevo orden mundial’ convierte todo un continente en paradigma de todos los marginados del mundo. Treinta de los países

⁴⁶ Kizito Sesana Renato, *Reconciliación, un aspecto urgente de justicia y paz*, en Misiones extranjeras, Julio-Agosto 1997, p. 336.

⁴⁷ Jean-Marc (Ela), un sociólogo y teólogo camerunés, afirma:

“Hoy nos encontramos ante una nueva religión, la religión del mercado. Una religión secular. Una nueva ideología. Una nueva teología de la salvación: ¡fuera de la economía de mercado no hay salvación! Africa está excluido de esta economía de mercado. Tantas generaciones de Africa se ven excluidas de este banquete de la vida. Africa ya ha perdido su derecho a la vida”.

más pobres del mundo son africanos. Dos tercios de los refugiados del mundo son africanos. La esclavitud, el colonialismo y el neocolonialismo, los problemas internos como las rivalidades étnicas y la corrupción han hecho de este continente un océano de infortunios”⁴⁸.

La Iglesia encuentra ante este panorama un desafío misionero especial que podemos llamar apertura gradual.

“La experiencia nos dice que si un país se aísla del mercado internacional, no crece sino que va para atrás: Corea del Norte, Birmania, Afganistán y desgraciadamente una buena parte del Africa negra (menos Sudafrica) que participaba en el mercado mundial con un 3% en 1970, con un 2% en 1982 y con un 1,7% en 1991”⁴⁹.

“Una investigación de la Universidad de Harvard ha demostrado que en los veinte años 1970-1990, la economía de los países pobres que han aceptado una apertura hacia el extranjero, creció del 4,5 por ciento al año, mientras que la de las naciones autárquicas solo creció el 0,7%”⁵⁰.

“De 1960 a hoy, los africanos pasaron de 250 a 800 millones, pero la producción de alimentos no aumentó en la misma proporción. Dentro de 20 años, serán 200 o 300 millones más. Las esperanzas de hacer que salgan de la pobreza y de la ignorancia centenares de millones de hermanos y hermanas son desgraciadamente mínimas en las circunstancias actuales, sobre todo debido a las causas internas que impiden todo desarrollo: guerras (una veinte) y golpes de Estado, inestabilidad política, muy escasa educación de la gente, corrupción de las élites, militares que absorben buena parte del presupuesto nacional, etc. Mientras no tomemos conciencia de estas situaciones y no ayudemos del único modo verdaderamente eficaz, esto es, en el campo de la educación popular (enseñar a producir más especialmente en el sector agrícola) y en el campo de la estabilidad política, no damos una contribución verdadera al rescate de los hermanos africanos”⁵¹.

“Pregunto a los enemigos de la globalización: ¿Por qué el mercado global ha llevado desarrollo a Asia y no a Africa? No es dable pensar que los mecanismos de la globalización privilegien a Asia y penalicen a Africa. Evidentemente, las condiciones internas de estos continentes son diversas, diversas las culturas, las guías políticas, la instrucción... Hoy el 75% de los indios viven en zonas rurales mientras que en Africa el 60% de los africanos viven en la ciudad y abandonan el campo porque los gobiernos no han sostenido los precios agrícolas, no han desarrollado las zonas rurales. En esto el mercado global no tiene nada que ver”⁵². Pero la Igle-

⁴⁸ Ngoy Kalumba, León, *Iglesia y Paz en Africa*, en Misiones extranjeras, Julio-Agosto 1997, p. 317.

⁴⁹ Gheddo Piero, Berretta Roberto, *Davide e Golia*, Ed. San Paolo, Milano 2001, p. 60.

⁵⁰ Gheddo, P., Beretta, R., o.c., p. 62.

⁵¹ Gheddo, P., Beretta, R., o.c., p. 37-38.

⁵² Gheddo, P., Beretta, R., o.c., p. 75.

sia sí tiene mucho que ver, con sus programas de educación, de pastoral rural, de formación de líderes empresariales, etc. La liberación de la pobreza y la apertura al mundo en términos positivos no son realidades ajenas a la evangelización. En este sentido, África necesita el apoyo de la comunidad mundial y la Iglesia puede ser un vocero eficaz para llamar la atención hacia África.

10. AMERICA

AMERICA

Efectivamente, estamos frente a una novedad misionera. Todo empezó cuando Juan Pablo II participó en la IV Conferencia General del Episcopado latinoamericano celebrada en Santo Domingo. En esa ocasión, el Papa expresó el deseo de una mayor unidad de todo el continente, con estas palabras:

“En esta misma línea de la solicitud pastoral por las categorías sociales más desprotegidas, esta Conferencia general podría valorar la oportunidad de que, en un futuro no lejano, pueda celebrarse un Encuentro de representantes de los Episcopados de todo el continente americano que podría tener también carácter sinodal, en orden a incrementar la cooperación entre las diversas iglesias particulares en los distintos campos de la acción pastoral y en el que, dentro del marco de la nueva evangelización y como expresión de comunión episcopal, se afronten también los problemas relativos a la justicia y la solidaridad entre todas las naciones de América”⁵³.

Desde ese momento empezó a cambiar la percepción de América. No era América latina por un lado y Estados Unidos y Canadá por otro, sino la unidad de un gran continente donde todos necesitan ayudar a todos.

Como consecuencia de lo anterior, cuando se decidió realizar en Argentina el Sexto Congreso Misionero Latinoamericano, COMLA VI, quiso llamarse también CAM 1, Congreso Misionero Americano. Y el próximo que está a punto de celebrarse se llamará CAM 2 y la ubicación escogida como es la América central y específicamente Guatemala, es como el punto equidistante para todo el continente.

Posteriormente, el Papa Juan Pablo II se refiere en el documento sinodal *“Ecclesia in America”* al mismo tema:

“Quise que la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos dedicara sus reflexiones a América como una realidad única. La opción de usar la palabra en singular quería expresar no solo la unidad ya existente bajo ciertos aspectos, sino también aquel vínculo más estrecho al que aspiran los pueblos del continente y que la

⁵³ Discurso inaugural del Santo Padre, n. 17.

Iglesia desea favorecer dentro del campo de su propia misión dirigida a promover la comunión de todos en el Señor”⁵⁴.

La mutua ayuda en el campo misionero puede ir muy lejos especialmente cuando las fronteras entre una América latina y una América anglosajona se han borrado mucho debido a las migraciones.

MEMORIA CREATIVA

“Una fecunda perspectiva fue abierta con Medellín, Puebla y Santo Domingo al pronunciarse sobre la historia y al recuperar la memoria de la evangelización pasada como paso imprescindible para analizar el presente y delinear las responsabilidades futuras en este campo”⁵⁵.

Al hacer memoria de la historia misionera pasada, no solo se pudo apreciar el valor enorme de tantos hombres de iglesia defensores de los indígenas y constructores de civilización, sino también se pudieron detectar las lagunas de esa misma evangelización. Y por eso, la memoria que no es simplemente recordar sino recordar creativamente, lanza a los americanos a seguir el compromiso misionero del pasado pero con un estilo nuevo, un estilo propio.

Especialmente, para América latina, la misión se presenta con rasgos muy especiales:

Es una misión como dar desde la pobreza pero también desde la alegría de la fe.

Es una misión de pobre a pobre sin ninguna pretensión de poder o de colonización.

Es una misión que hace énfasis en la cercanía personal y en la afectividad pastoral más que en la abundancia de bienes y proyectos.

Es una misión que se apoya en la experiencia de una vida de sacrificio, de esfuerzo, de pastoral en medio de las dificultades y por tanto no tiene temor de lo que puede encontrar.

KERYGMA

Entre los modelos históricos definidos por Severino Dianich⁵⁶ está el de la misión realizada, visión que él amplió en un artículo reciente⁵⁷. Un amplio análisis

⁵⁴ Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, 5.

⁵⁵ Beozoz, José Oscar, *Sínodo de los Obispos. Comentario a los “lineamenta”*, en Misiones extranjeras, Mayo-Junio 1997, pp. 192-193.

⁵⁶ Dianich, Severino, *Iglesia en Misión*, Ed. Sígueme, Salamanca 1988 p. 79 y ss.

⁵⁷ Dianich, S., “*Cosa si deve credere per diventare cristiani*” (*Ad Gentes 2* 1998).

hace ver cómo la Iglesia fue pasando de un modelo misionero que enfatizaba el primer anuncio a un modelo organizativo que enfatizaba su reorganización interna. El problema empieza desde los primeros tiempos de la Iglesia allá cuando Pablo se preguntaba: ¿acaso no han recibido todos el anuncio? Hasta nuestros días cuando se define lo que hay que creer para ser cristiano y se responde con el catecismo y no con la experiencia fundamental del kerygma. El problema es que los nuevos cristianos corren el riesgo de ser cristianos sociológicos pero sin la vida que les da la fe, el encuentro personal con Cristo. Ser cristiano en este caso es seguir una costumbre familiar, una tradición popular, una doctrina sana pero no seguir a una persona viva llamada Jesucristo quien te dice de muchas maneras: Ven y sígueme. Y entonces, este cristiano que no está vivo por la fe, pues la fe surge del anuncio como enseña Pablo (Rom 10, 17) puede recibir un gran banquete como el que recibía el difunto precolombino, sin que le aproveche nada porque está aún muerto en lo que a su fe se refiere.

La vida del cristiano americano, sostenida sobre la catequesis pero no sobre el kerygma, es decir, no sobre el encuentro personal con Cristo, se parece a la casa construida sobre la arena que fácilmente se viene al suelo. La fe de un cristiano así se parece al niño que tiene un balón en su mano pero cualquiera con un pequeño empujón lo hace rodar por el suelo.

La vida del cristiano sostenida sobre el kerygma, es decir sobre ese encuentro vivo con Cristo Signo, Señor, Salvador y Santificador se parece a la casa construida sobre la roca.

El episcopado reunido en Santo Domingo insistió en dar prioridad al primer anuncio, al kerygma, a la fuente de la fe viva en Cristo Jesús: “Desde la situación generalizada de muchos bautizados en América latina que no dieron su adhesión personal a Jesucristo por la conversión primera, se impone en el ministerio profético de la iglesia, de modo prioritario y fundamental, la proclamación vigorosa del anuncio de Jesús muerto y resucitado (kerygma) raíz de toda evangelización”⁵⁸.

El haber descuidado el primer anuncio con la débil hipótesis de que todos eran cristianos, nos generó un gravísimo vacío que las sectas aprovecharon en América latina para llenar con la predicación del kerygma. El vacío se ha ido llenando, primero con la acción de primer anuncio de los movimientos laicales que fueron una respuesta misionera providencial, un don del Espíritu. Segundo, con una pastoral renovada de comunión y misión que hace énfasis en el primer anuncio y en una catequesis kerygmática⁵⁹.

⁵⁸ Cuarta Conferencia General del Episcopado latinoamericano, conclusiones, 33.

⁵⁹ Hay algunos métodos de pastoral que hacen énfasis muy fuerte en el kerygma. Véase, por ejemplo, Navarro, Alfonso, *El Anuncio Kerygmático*, Ed. Nueva Vida, Sto Domingo, 1992. Se trata del aporte del SINE (Sistema Integral de Nueva Evangelización) al encuentro de los Obispos latinoamericanos en Santo Domingo.

En este momento histórico, se requiere una Iglesia con una nueva conciencia misionera y una nueva evangelización cimentadas ambas en el anuncio de Jesús como en forma clara y explícita lo pedía Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* y lo reafirma continuamente Juan Pablo II.

CALIDAD

AMÉRICA. CALIDAD

Nivel de vida:

Década de los ochenta: Producto interno bruto descendió en 8,1%

Década de los noventa: No se pudo frenar el deterioro generando mayor desigualdad de ingresos. La globalización económico bajo la égida del FMI no dio resultado en América Latina.

Condiciones de vida:

No todos arrancan desde la misma raya. El número de los excluidos de los beneficios sociales, educación, salud, vivienda, es inmenso. 43% de pobres en América Latina.

A esta realidad se añaden fenómenos tan negativos como el narcotráfico, la corrupción generalizada.

Pero hay cambios en la administración de justicia, modernización del sector público, esfuerzo por hacer más transparente la gestión.

Progresos significativos en la cantidad de educación, más no así en la calidad.

Medio de vida:

Reducción progresiva de la tierra apta para la agricultura.

Destrucción del área amazónica con repercusiones internacionales.

Excelente legislación ambiental pero con desfase entre los logros legislativos y los logros reales.

Relaciones de vida:

Es lo más positivo en América Latina. Relaciones de vida cálidas.

Los conflictos sociopolíticos dañan las relaciones. De ahí el esfuerzo por la paz y la reconciliación.

Promover la elevación de la calidad de vida es uno de los grandes desafíos misioneros a la Iglesia.

Programas de integración:

Mercosur, Pacto Andino (CAN), PPP: Plan Puebla Panamá que integra a 8 países de Centroamérica, ALCA: Integración del libre comercio de las Américas: liberación de los aranceles de los países miembros. Sede actual: México.

Porque la evangelización no es ajena a la promoción humana, es necesario presentar este desafío misionero llamado calidad.

El término evolución indica lo opuesto de lo que actualmente ha sido América latina: Un continente en involución, que va de para atrás en términos de calidad de vida.

El término “calidad de vida” tiene muchas interpretaciones. Considero que la misma se puede definir mediante cuatro elementos⁶⁰ que la componen y que yo llamaría soportes:

El primer soporte es el nivel de vida que se refiere al aspecto económico y al cual se reducía toda calidad. De allí que cuando se habla de nivel de vida se termina pensando en el ingreso de cada persona. Cuando se ve el conjunto de todo un país se expresaba como el Producto Interno Bruto (PIB) ligeramente corregido con la llamada Paridad del Poder Adquisitivo (PPA). De todos modos, el nivel de vida es muy importante en un mundo donde la brecha entre ricos y pobres se hace cada vez más ancha y profunda.

En ese sentido, la involución ha sido muy fuerte en el continente latinoamericano. De 1981 al 1991, el producto interno bruto cayó en un 8,1%⁶¹. Luego empezó una década que parecía prometer mejores índices en el nivel de vida y concluyó en pesimismo y desconcierto y en acentuada desigualdad.

En efecto, “en los años 90 no se logró detener el agudo deterioro experimentado a lo largo de la década de 1980”,⁶² generando una cada vez mayor desigualdad de ingresos. Tales antecedentes ponen en evidencia que “la creciente globalización no redundó en un mayor crecimiento económico en la década de 1990”⁶³. No existe la globalización solidaria”. No se han creado las instituciones políticas internacionales capaces de ejercer alguna regulación del sistema”⁶⁴.

El segundo soporte es el de las condiciones de vida que se refiere al aspecto social. En forma sencilla basta decir que se trata del conjunto de bienes que conforman la parte social y cultural de la existencia humana. No todos los que nacen arrancan de la misma raya en la carrera de la vida. Para algunos, la desigualdad de oportunidades los golpea desde el mismo día de su nacimiento.

La palabra dura y muy real que define el drama actual se llama precisamente exclusión social. “Pese a los esfuerzos realizados y a los avances parciales obtenidos por la región en los años noventa para disminuir los niveles de pobreza e indigencia, todavía persisten niveles de exclusión inaceptables”⁶⁵. Esta realidad negativa

⁶⁰ Ver Rodado, Noriega, Carlos y Grigalba, Elisabeth, *La tierra cambia de piel*, Ed. Planeta, Bogotá, 2001.

⁶¹ Celam, *América latina. Realidad y perspectivas*, Bogotá, 1992, p. 73.

⁶² Cepal, *Luces y sombras de América latina. América latina y el Caribe en los años 90*, Ed. Alfaomega, Bogotá, 2001, p. 8.

⁶³ Cepal, o.c., p. 13.

⁶⁴ Cepal, o.c., p. 15.

⁶⁵ Cepal, o.c., p. 25.

cuestiona la sostenibilidad del proceso de desarrollo y obstaculiza el progreso democrático y ciudadano. “A lo anterior se suman fenómenos de creciente difusión, como la economía criminal generada por el narcotráfico y las prácticas extendidas de corrupción, cuyos efectos sobre el funcionamiento del sistema político resultan muy nocivos”⁶⁶. Por este motivo, no siempre hay esperanza en las reformas introducidas a nivel democrático. Se destacan entre ellas “los cambios en la administración de justicia y modernizaciones del sector público, con el propósito de mejorar la transparencia de gestión y el servicio al ciudadano. También se ha apuntado al perfeccionamiento de los sistemas electorales, a la modernización de los parlamentos y a la generación de autonomías locales”⁶⁷.

Uno de los aspectos más preocupantes en este aspecto del mejoramiento de las condiciones de vida es la educación. “La desigualdad anotada como la exclusión y otros factores negativos, han llevado a que solo el 47% de los jóvenes de zonas urbanas y el 28% de los jóvenes residentes en áreas rurales, hayan mejorado su nivel educativo, en comparación con el de sus padres”⁶⁸.

Se puede afirmar que en América latina ha habido grandes progresos en la cantidad, esto es, en la cobertura educativa, pero no muchos en la calidad. Los procesos de aprendizaje no han sido tan exitosos como se quisiera.

Es necesario referirse a la equidad de género. “En el último decenio se han consolidado progresos en cuanto a la situación educativa de las mujeres, tanto por la mejoría general del nivel de educación como por el aumento de la matrícula femenina en relación con la de los varones. Las diferencias a favor de las niñas entre los logros educacionales durante el ciclo primario se han traducido en una prolongación de su permanencia en el sistema escolar. Las mujeres están así alcanzando los niveles medio y superior lo que ha influido positivamente en su incorporación al mercado laboral”⁶⁹ y en el clima educacional de los hogares⁷⁰.

⁶⁶ Cepal, o.c., p. 26.

⁶⁷ Cepal, o.c., p. 25.

⁶⁸ Cepal, o.c., p. 208.

⁶⁹ Cepal, o.c., p. 211-212.

⁷⁰ La mayor educación de las mujeres ha tenido consecuencias positivas para la sociedad en su conjunto, especialmente para el mejoramiento del clima educacional de los hogares. También ha incidido positivamente en la salud y la mortalidad infantil y ha elevado la calidad de los recursos humanos para el desarrollo. Sin embargo, no ha tenido los mismos efectos sobre la discriminación del género en los espacios económico, social, cultural y político.

En el ámbito de la salud, cabe resaltar como principal avance en la región el creciente reconocimiento de la importancia de la salud integral y la mayor preocupación por las condiciones de salud de las mujeres en su lugar de trabajo. Sin embargo, los factores relacionados con el embarazo y el parto continúan figurando entre las primeras causas de muerte de las mujeres en edad reproductiva lo que constituye una evidencia indiscutible de inequidad, si se considera que dichas muertes son esencialmente prevenibles.

El tercer soporte de la calidad de vida es el medio de vida. Por medio de vida entendemos el ambiente natural en que se desenvuelve la existencia de los seres humanos. La calidad del entorno físico, la calidad ecológica, influye directa o indirectamente en el bienestar de las personas. Y de todos los seres vivos del planeta. Cualquier deterioro o ruptura del equilibrio natural tiene repercusiones globales. Es interesante comprobar la preocupación de Holanda por la gran destrucción de la Amazonia que absorbe toneladas de agua. Esas toneladas al no ser absorbidas por el sistema amazónico, van al mar, elevan su nivel y ponen en riesgo a los Países Bajos.

Es terrible comprobar cómo la superficie de la tierra apta para la agricultura se ha ido encogiendo aceleradamente en América latina como en otras latitudes del globo.

En todo el continente ha habido avances importantes en materia de legislación ambiental con el fin de fortalecer las políticas ambientales de comando y control. Pero hay un desfase enorme entre los logros legislativos y los logros reales.

El cuarto y último soporte de la calidad de vida son las relaciones humanas o relaciones de vida. Considero que este aspecto ha tenido menos deterioro que los demás no obstante las crisis ético religiosa actual.

La Iglesia americana es consciente de que parte de su misión es la tarea de control, promoción y protección de la calidad de vida y dentro de la misma de los derechos humanos especialmente de todos aquellos que por las actuales crisis estatales y por la creciente deuda externa del continente, han sido despojados de su trabajo, de su dignidad, muchas veces de su techo y de sus tierras. Promover la solidaridad, la justicia y la paz así como la reconciliación es parte de su tarea de elevar la dignidad y la calidad de vida de los hombres de América y es uno de los grandes desafíos misioneros.

MINORÍAS

Una de las grandes opciones y preocupaciones misioneras en todo el continente americano ha sido el de las minorías étnicas especialmente cuando ese aspecto de minoría étnica coincide con el de minoría religiosa y especialmente con el de minoría excluida sociopolítica y económicamente. De especial mención es el interés del Celam por este aspecto de las minorías pero también el de las conferencias episcopales, el de los grandes eventos misioneros, el de las iglesias locales.

Bajo el nombre de minorías nos referimos de manera especial a los grupos culturales no latinos que requieren una primera evangelización que haga nacer y crecer la iglesia local en forma suficiente como para poder asumir el conjunto de sus responsabilidades. Hay, en efecto, algunos grupos humanos donde la Iglesia no ha arraigado todavía, donde esa comunión entre fe y cultura ha sido muy débil o que se han transformado de manera tal que requieren una nueva acción misionera.

Mons. Roger Aubry, Obispo emérito en Bolivia, se refiere a tres grupos culturales no latinos: Los pueblos indígenas, los pueblos afroamericanos y los pueblos asioamericanos⁷¹.

Los pueblos indígenas en su conjunto son 40 millones de personas, el 90% de las cuales se encuentra en cinco países como son: Méjico, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia. Los grupos más grandes tienen un significativo aumento mientras que los más pequeños tienden a desaparecer culturalmente por los influjos de la cultura dominante y por causas internas. No todos estos grupos están necesitados de primer evangelización puesto que hay comunidades indígenas de un elevado nivel de vida cristiana y que dan ejemplo a los demás sectores del continente. Pero hay otros donde la penetración del Evangelio ha sido lenta y cautelosa para favorecer el progresivo encuentro de cultura social y fe eclesial.

Los pueblos afroamericanos tienen una identidad común que brota a la vez de sus raíces africanas y de su inserción en la realidad del continente. Son los grandes desconocidos. Puebla dice que son los grandes olvidados (365). Su número global es considerable pero ha sido difícil establecer la proporción de los negros y mulatos en los que predomina el elemento cultural africano. Las cifras van de 40 a 90 millones. En solo Brasil la población negra se estima entre los 12 y 15 millones. A estos hay que añadir los 35 millones de mulatos pero la mayoría de estos prefieren identificarse simplemente como brasileños más que como personas marcadas por la influencia de su origen africano.

De especial atención, son todos aquellos afroamericanos que siguen las religiones africanas como el Candomblé y el Vudu y que no pueden ser considerados cristianos. Es difícil determinar su número exacto pero lo que sí es claro es que están en constante aumento. Igualmente, son de especial atención los grupos adeptos a cultos sincretistas como la Umbanda. Se consideran católicos para recibir los sacramentos pero prefieren los cultos sincretistas que responden mejor a sus exigencias de religiosidad. De igual manera, son de urgente atención los afroamericanos que viven en situación de extrema marginación y sumisión, son católicos pero sin una atención especial adecuada.

Los pueblos asioamericanos están formados por aproximadamente cinco millones de personas de los cuales sólo en Brasil hay dos millones. Otros se encuentran en las áreas del Caribe. La mayoría de ellos no son cristianos. Pertenecen a las grandes religiones no cristianas especialmente el Hinduísmo y el Islam.

Aunque hablamos de minorías, estos tres grupos constituyen aproximadamente una tercer parte de la población de América latina. Con frecuencia son los más pobres. Puebla habla de rostros de indígenas y con frecuencia afroamericanos que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres (p. 34). Su evangelización ha sido, es y será el gran reto misionero a la Iglesia dentro del continente.

⁷¹ Aubry, Roger, *La misión, siguiendo a Jesús por los caminos de América Latina*, La Paz, p. 83 y ss.

EMIGRACIONES

Otro gran desafío misionero en América es el de las migraciones. En la década de los ochenta se pensaba que el número de emigrantes ascendía a los 100 millones de latinoamericanos. No hay duda que hoy esa es una cifra muy pequeña. En cambio, el desafío es muy grande en términos de cuidado pastoral y de colaboración internacional. Argentina ha recibido gran cantidad de emigrantes bolivianos, paraguayos, chilenos. Pero el mayor número de emigrantes lo recibe Estados Unidos donde la población es de tal magnitud que ya puede considerarse una fuerza política. Ha sido el gran reto para Estados Unidos que no estaba acostumbrado a considerar lo latino dentro de su organización, de su liturgia, de su pastoral.

Si estos grupos no son acompañados por una acción de la Iglesia adecuada a esta nueva situación, se corre el peligro cierto de que pierdan muchos de sus valores en beneficio de subculturas de tipo materializante. El esfuerzo misionero es imprescindible y hasta ahora es muy pequeño en proporción a las necesidades⁷².

En este campo, la unidad misionera de América promovida por Juan Pablo II se demuestra un verdadero acierto.

Otros desafíos que parecen misioneros son más desafíos para la pastoral ordinaria como la religiosidad popular⁷³.

⁷² Ver, Aubry, R., o.c., p. 92.

⁷³ POPULAR.

El término se refiere sea a la cultura popular como a la religiosidad popular pero me refiero de manera especial a ésta última que es a la vez camino y objeto de evangelización.

Sobre la religiosidad popular: "Lo que aparece de manera inmediata es su característica devocional y por tanto menos sacramental y doctrinal. Busca a Dios en su necesidad de protección, de favores y gracias. Necesita experimentar la proximidad de esta protección en ritos, símbolos y devociones particulares. Ella existe un poco al margen de la vida pastoral oficial de la Iglesia, siguiendo de alguna manera su propio camino. Sin embargo, las personas del pueblo que viven y participan de esta religiosidad popular se consideran identificados plenamente como miembros verdaderos y fieles de la Iglesia católica y participan también de la vida y de la pastoral oficiales de la Iglesia.

Por ser devocional, la religiosidad popular es bastante afectiva, sentimental, intuitiva y muy concreta. Posee un profundo de Dios y de su providencia, llegando a veces hasta un casi fatalismo. Dios está al mismo tiempo cercano y lejano; es simultáneamente indulgente y severo; inspira amor y temor.

La religiosidad popular busca a Dios en el culto, en los ritos y en las cosas sagradas. Por eso, da importancia a las bendiciones, a las imágenes, a los lugares santos como son los santuarios, las velas, el agua bendita y a todos los símbolos religiosos."

La religiosidad popular necesita también ser objeto de evangelización... Se constata que generalmente las formas de religiosidad popular existentes demuestran deficiencias de evangelización. Podemos encontrar una comprensión de Dios no suficientemente con lo que los evangelios nos revelan de Dios. También la presencia del lugar de los santos sufre exageraciones y desvíos. No estoy diciendo que la religiosidad popular llega a formas heréticas de comprender a Dios o a los santos, pero esta comprensión debe ser completada por una nueva evangelización y entonces será purificada y reformulada. También vale para los practicantes de la religiosidad popular lo que vale para todos los católicos, o sea, es necesario que la nueva evangelización lleve a todo cristiano a tener un encuentro fuerte, personal y comunitario con Jesucristo, camino de conversión, comunión y solidaridad (Cfr. *Ecclesia in America*).

11. EUROPA

Las estadísticas que se refieren a Europa dicen que de los 712 millones de habitantes el 40% es cristiano católico, el 40% de otros grupos cristianos y sólo el 8% es musulmán. La actual crisis cultural y religiosa en Europa hace presumir que estas cifras se han modificado mucho con una reducción significativa de los cristianos, católicos o no.

Cuando damos una mirada a Europa desde el ángulo o enfoque de los objetivos de la misión *ad gentes*, encontramos que el continente se enfrenta a grandes y serios desafíos misioneros. Los sintetizamos en algunas palabras.

LEVADURA

Peter Hünermann en un escrito que considera muy ceñido a la realidad⁷⁴, se refiere a la crisis de la Iglesia en Europa y la sintetiza en varias tesis que corrobora con una serie de hechos. Estas tesis son:

Primera: La Iglesia europea como institución está en proceso de disolución.

Segunda: Según los datos estadísticos acerca de bautismos, matrimonios, asistencia a la Eucaristía y la socialización cristiana de los niños y jóvenes, el pueblo de Dios en Europa desde 1950 se ha ido encogiendo y continúa encogiéndose a un ritmo cada vez mayor.

Tercera: El clima religioso de la sociedad europea se caracteriza por un pluralismo de religiones por un lado y grandes bloques de población sin religión, por el otro.

Cuarta: La crisis actual de la Iglesia europea está ligada a la transformación de la sociedad europea en la modernidad en la que, las características básicas de la sociedad nueva están en discontinuidad con la estructura institucional de la Iglesia.

Quinta: La estructura institucional de la Iglesia está aún profundamente empaçada por el concepto de sociedad que la mayoría de los europeos considera obsoleto y que la Iglesia está operando desde este concepto.

Pero cuando parece que estas cinco tesis entierran definitivamente a la Iglesia, el autor empieza a ofrecer una serie de datos interesantes sobre las comunidades cristianas muy vivas y comprometidas en Europa que le dan un rostro nuevo, como un nuevo comienzo de Iglesia. El número de voluntarios que participa en las actividades de la Iglesia nunca ha sido tan alto. La forma tan intensa como las personas participan en los sínodos, en las mesas redondas, en la preparación litúrgica, en los

⁷⁴ Hünermann, Peter, *Evangelization of Europe? Observations on a church in peril*, en Schreiter, Robert, *Mission in the Third Millennium*, Ed. Orbis, Maryknoll, New York, 2001, p. 57 y ss.

consejos pastorales diocesanos, en el movimiento de los retiros y ejercicios espirituales, en el interés por recibir y dar la dirección espiritual, la formación teológica de muchos laicos, el compromiso de los diáconos permanentes, el nuevo acercamiento a la misión, después de la oleada anticolonial, el creciente número de bautismos de adultos, todo ello indica que se está forjando una nueva identidad cristiana personal y eclesial con una gran carga misionera y que esta nueva Iglesia es la levadura creativa, dinámica y fuerte para transformar las masas descristianizadas de Europa y para asumir los nuevos desafíos de la misión *ad gentes*. Así pues, el primer gran desafío misionero de Europa es interno a la misma y se puede llamar levadura.

DIALOGO

Las capillas que se hacen en el trópico son abiertas, sin ventanas, con grandes espacios para que entre el aire. Las capillas de mi diócesis a 2.800 metros sobre el nivel del mar, son cerradas, se evita que les entre aire, para protegerse lo más que se pueda del frío. Esta acomodación entre capilla y contexto, parece asemejarse al gran desafío de Europa donde la sociedad y sus instituciones cambiaron muchísimo y encuentran que las instituciones eclesiales difícilmente encajan en las mismas. El diálogo capilla contexto se traduce en Europa en el diálogo entre la esfera pública y la esfera eclesial.

La esfera pública ha cambiado significativamente. La Europa tradicional era una, la Europa actual es otra.

La Europa tradicional se movía sobre la base de tres principios:

- A. La sociedad como un todo, prevalece sobre el individuo.
- B. Sólo el que gobierna puede representar y hablar por la totalidad de la sociedad.
- C. Sólo el que gobierna puede discernir cuáles son los verdaderos intereses de la sociedad como un todo.

Estos tres puntos sintetizan lo que es la visión tradicional de la sociedad europea. Pero los mismos tres puntos son lo opuesto de lo que es la actual sociedad europea.

En cuanto al primer punto, que el individuo tenga que plegarse a las exigencias de la sociedad como un todo, es impensable. Eso sería un violar la dignidad de la persona y los derechos humanos.

Para favorecer el respeto de los derechos humanos, la esfera pública se caracteriza por una diferenciación de poderes.

En cuanto al segundo punto, la Europa de hoy ve en la Constitución y no en un grupo gobernante la base para la legitimidad del Estado.

En cuanto al tercer punto, es casi imposible que alguien favorezca la concentración del poder público en un gobernante. Al contrario, toda la organización pública está pensada para evitar que se llegue a algún poder despótico.

El rostro de la Iglesia refleja no este tipo de sociedad global sino la de la Europa anterior. En ella se dan los tres puntos que caracterizan la antigua Europa.

En cuanto al primero, prevalece la centralización y la administración central sobre el individuo, grupos, comunidades e iglesias locales.

En cuanto al segundo, solo el Papa y los obispos representan oficialmente a la Iglesia y a todas las comunidades.

En cuanto al tercero, solamente el Papa, los Obispos y el clero pueden cuidar los intereses de la Iglesia como una totalidad.

Este estilo de la Iglesia es sencillamente el que se desarrolló para estar en sintonía con la Europa pasada. Pero ante la modernidad, la Iglesia se mantuvo inflexible en su forma de ser y no dialogó con la nueva forma de ser de Europa. De ahí la visión de atrasada que de ella tienen muchos europeos.

La tarea de ese diálogo entre cultura social y fe eclesial, diálogo que es a la vez mutua interacción, crítica recíproca y crecimiento solidario tiene todavía que tener lugar. Este diálogo o comunión llamado inculturación se presenta como una exigencia y una urgencia en la Europa de hoy. Es el camino para volver a sentirse cerca de los europeos, para poder volver a ser creíble, para poder ser más evangelizadora sin dejar de ser sí misma. Es un reto misionero muy actual.

ADMIRACION

“La admiración es el sentimiento de alegría que brota a la vista de alguna excelencia moral ajena y suscita en su espectador el deseo de emularla”⁷⁵. “Admirar es un modo de respuesta que selecciona y pondera rasgos morales relevantes. Y esa respuesta es señal de virtud si, como se ha escrito a este propósito, el carácter se expresa tanto en lo que uno ve como en lo que uno hace”⁷⁶. Despertar esta admiración, este sentimiento de alegría ante la figura de Cristo y el deseo de emularlo, es una de las tareas más difíciles pero más necesarias dentro del campo de la acción misionera. A un muchacho o una muchacha que se despierta a la vida es fácil hablarle de amor. Pero es muy difícil hablarle de amor a un divorciado o una divorciada que no quiere saber más de amores. La tarea es difícil pero no imposible. La admiración se puede despertar si se presenta genuinamente la figura de Jesús. El Evangelio es esencialmente Jesús. Presentarlo a él, “su figura fascinante, límpida y

⁷⁵ Arteta, Aurelio, *La virtud en la mirada*, Ed. Pretextos, Valencia, 2002, p. 17.

⁷⁶ Arteta, Aurelio, o.c., p. 242. Es curioso como una obra sobre la admiración se quede tan al margen de la admiración que se debe a Jesucristo.

pura, su bondad hacia los pobres y los enfermos, su poder divino puesto al servicio de las personas necesitadas, en particular de las personas hechas esclavas por el maligno o caídas en lo más profundo de la muerte; su misterio manifestado en su manera de orar; su desapego del dinero y de todo interés mundano; su distancia del éxito y la fidelidad a su misión aún a costa de ser abandonado, traicionado, humillado y condenado a una ignominiosa muerte⁷⁷.

En el cristianismo es la persona de Jesús lo que más cuenta. Ella es el núcleo primario de la evangelización. Los evangelios nos ofrecen esa persona divina y partiendo de ella hay que ofrecer su misterio, su encarnación, su concepción virginal, su mesianidad, su muerte y resurrección.

Para que suscite la admiración, es necesario un lenguaje nuevo que puede tener muchos matices pero sin duda no puede faltar el lenguaje de la belleza. Se trata de un lenguaje que hay que recuperar porque la belleza, humillada por las razones prioritarias del mercado, ha entrado en profunda crisis. La belleza es camino del anuncio, es representación viva del hombre, es sendero de devoción y amor hacia Dios. La belleza es el esplendor de la verdad y del bien y por lo mismo es revelación de Dios. La verdad y la bondad atraen al hombre en la medida en que manifiestan belleza. Es en la belleza que Dios resplandece ante el hombre y se presenta como Verdad y Bondad. San Francisco exclamará con estupor ante el Cristo: Tú eres belleza. Y San Buenaventura dirá: Tú eres el bellísimo⁷⁸.

La belleza puede llegar a ser la gran aliada de la empresa misionera en Europa.

VENERACION

La veneración es la virtud por medio de la cual el mundo y el ser humano recobran su forma verdadera. Reconocer la auténtica grandeza del hombre es la condición fundamental de la veneración.

La realidad actual del hombre europeo sometido al reduccionismo está pidiendo con urgencia que se despierte el deseo de la veneración, esto es, del reconocimiento de la auténtica estatura del hombre.

Una fotografía del hombre europeo, del llamado “nuevo hombre”, lo presenta verdaderamente empequeñecido por un procedimiento mediante el cual lo superior se reduce a los inferior. Este hombre mutilado espiritualmente y metafísicamente reducido, lo podemos describir con cinco rasgos a los que los diferentes documentos de la iglesia europea⁷⁹ aluden con preocupación:

⁷⁷ Civiltà Cattolica, Editoriale: *Quale Evangelizzazione Oggi?*, 19 de Mayo 2001, p. 321.

⁷⁸ Véase Mucci, Giandomenico, *Un Efetto del Postmoderno: L'apatia per la Bellezza*, en *Civiltà cattolica*, 1, 1999, p. 28-40.

⁷⁹ Véase La Civiltà Cattolica, Editoriale: *Fede cristiana e realtà italiana*, 15 Giugno 2002. Ibid: *La secolarizzazione oggi: cresce il secolarismo*, 2 Marzo 2002.

1. Subjetivismo radical, individualista y libertario⁸⁰.
2. Secularismo como ignorancia de Dios en la propia vida⁸¹.
3. Nomadismo físico y espiritual que lleva a una búsqueda de experiencias nuevas y fuertes, todas interesantes pero ninguna que seduzca de manera total.
4. Naturalismo materialista que se expresa de tres maneras: Primero, como negación del alma así que queda sólo el cuerpo y la mente pero ésta como parte de aquél. Segundo, el hombre como ser animal distinto de los otros animales por grado pero no por naturaleza. Tercero, todas las expresiones de la sexualidad son de igual naturaleza.
5. Dependencia de los medios de donde este hombre así llamado nuevo, como si fuera una nueva especie, se suele llamar hombre mediático

Los cinco puntos anteriores implican un reduccionismo profundo y una imagen muy empobrecida. Toda esta visión empobrecida es un gran desafío misionero el anuncio del hombre con su verdadera dimensión. Es toda una tarea misionera de veneración, esto es, de recuperar la verdadera grandeza del hombre, la verdad sobre el hombre iluminado por la verdad sobre Cristo: “Es a esta mayoría no cristiana –que con frecuencia se muestra hostil al cristianismo– que la Iglesia ...debe mirar con renovada atención y cercanía. Este acompañamiento podría ser hecho de manera especial por los laicos cristianos. En este sentido, es necesario desarrollar la conciencia misionera de los laicos”⁸² y el testimonio de la Iglesia en su conjunto que le da autoridad para anunciar a Jesucristo, el hombre por antonomasia, al “hombre nuevo” de la Europa actual.

INTERCULTURALIDAD

“Cuando Gregorio Magno, a fines del siglo VI, viviendo la tragedia de la destrucción de Roma y del final del mundo antiguo, no se atrincheró en la defensa de su identidad sino que se abrió a los nuevos pueblos, ofreció la paz al longobardo Agilulfo y mandó a sus monjes a evangelizar a los anglos y a tejer los hijos de una nueva identidad europea, hizo la opción de ese mestizaje fundante no solo de Europa sino de la nueva modernidad”⁸³.

⁸⁰ El yo decide todo sin tantas consideraciones ni con el pasado ni con el futuro porque el pasado es agua pasada y el futuro no debe amarrar a nadie de donde solo puede pedir compromisos blandos.

⁸¹ No se trata ni de estar a favor ni de estar en contra. Sencillamente es algo de lo que se puede prescindir sin que nada afecte a la propia vida. En este sentido, el 70% de los alemanes orientales declaró que no tiene ninguna religión. El 40% de los belgas, respondió de la misma manera y en grupo menor de 29 años, el 55% se declara indiferente.

⁸² Civiltà Cattolica, *Un nuovo modello di uomo interpella la chiesa*, Editoriale, 2 2002, p. 533.

⁸³ Vanzan, Piersandro, *Oltre la Multiculturalità*, nota 8, en Civiltà Cattolica, Febrero 2002, p. 372.

La misión estaba lejos y se iba hacia ella. Hoy, la misión viene a nosotros, nos vemos enfrentados, no solo al compromiso del diálogo interreligioso sino también al gran desafío de la multiculturalidad. Esta palabra más aceptable que la palabra mestizaje tan común en América latina, expresa el inevitable encuentro de culturas, un encuentro que pide el reconocimiento de las culturas, de sus identidades pero al mismo tiempo acepta una comunión entre las diversidades que no es, como lo fue en otras latitudes, dominación de una sobre otra, ni reconocimiento aislante que procura mantener muros de división entre las culturas. Es una comunión que inevitablemente genera cambios en las diversas culturas y por eso que pasa de ser simple multiculturalidad a ser interculturalidad⁸⁴ donde los influjos mutuos se reconocen y se acepta una nueva realidad⁸⁵ a partir de los mismos. A esta realidad inevitable quieren oponerse sea el racismo como la xenofobia. Es aquí donde la acción misionera de la Iglesia, repitiendo la gesta de un Gregorio Magno, en lugar de aceptar el encuentro negativo violento como guerra de las culturas⁸⁶ y de las religiones, favorece el encuentro positivo intercultural con la inspiración paulina de que no hay más judío ni griego (Gal 3, 28). Es un gran desafío misionero.

FRATERNIDAD

Volviendo nuestra mirada a la Iglesia de la Europa oriental, quisiera resumir en la palabra Fraternidad el desafío actual. No es un desafío directamente misionero pero es el gran desafío del testimonio de comunión que permite en el futuro que la misión universal tome fuerza especialmente entre las grandes masas donde la indiferencia religiosa es significativa. “La pastoral misionera, todavía muy tímida, no puede sino aprovechar de un buen entendimiento entre las iglesias cristianas, especialmente entre esas que se reconocen como iglesias hermanas”⁸⁷. Este entendimiento no se manifiesta mucho a nivel oficial donde se continúa a condenar el supuesto proselitismo de la Iglesia católica en el territorio canónico ortodoxo. Pero se va construyendo en otros niveles con la multiplicidad de contactos no oficiales o semioficiales. Se trata entonces de ir construyendo un ecumenismo a dos niveles: El oficial y el de las relaciones cotidianas. Los diversos documentos de las comisiones que tienen que ver con la Europa del este, en especial, con la Comunidad de Estados Independientes, insisten en esa relación estrecha entre ecumenismo y mi-

⁸⁴ Vanzan, P., o.c., p. 371.

⁸⁵ Ruffié demuestra en su obra *De la Biología a la Cultura*, que la humanidad tiende a volverse monotípica así que las diferencias entre blancos, amarillos y negros u otras más refinadas que subdividen a estos grupos fundamentales, son residuos del pasado. La línea actual de división no pasa por entre las razas distintas sino por entre las opciones culturales. Estas asumen los datos biológicos comunes y a partir de los mismos construyen futuribles de la humanidad. Véase, Vanzan, P., o.c., p. 374.

⁸⁶ Sobre la relación entre paz e interculturalidad puede verse Panikar, R., *Pace e Interculturalità*, Jaca Book, Milano 2002.

⁸⁷ Euvé, Francois, *L'Eglise catholique en Russie*, en Spiritus, Mayo 1995, p. 213.

sión y en concreto entre Iglesia católica e Iglesia ortodoxa. A la Iglesia católica se le pide la mayor comprensión con la Iglesia ortodoxa cuya tarea misionera de educar a las poblaciones que tradicionalmente fueron ortodoxas y posteriormente educadas en el ateísmo, es muy delicada⁸⁸.

Qué interesante poder evocar la comunicación de la Iglesia ortodoxa en la pasada Navidad. El patriarca ortodoxo de Rusia, Alejo II, propuso este domingo a Juan Pablo II retomar los «contactos fraternos» en un mensaje que le ha enviado con motivo de la Navidad⁸⁹.

Es un signo muy positivo recordando que el patriarcado ha manifestado en varias ocasiones su oposición a la decisión de Juan Pablo II de crear cuatro diócesis católicas en el territorio de la Federación Rusa en febrero del año pasado.

La Iglesia en Europa del Este nos enseña entonces que la misión no es posible sino en y a través de un acontecimiento de fraternidad, de comunión, que refleje en la historia la vida de la Trinidad⁹⁰.

12. OCEANIA

Numéricamente, Oceanía es una gota de agua en medio del mar. Su dimensión cuantitativa sin embargo es inferior a su importancia cualitativa.

Hay en Oceanía 20.000 islas distribuidas en una extensión inmensa de 8.522.075 Km² que va desde Belau en el occidente hasta Islanda oriental en el oriente y desde Hawai en el norte hasta Nueva Zelanda en el sur. Los pueblos de Oceanía con 30.837.000 habitantes, suelen dividirse en tres partes: Polinesia que significa muchas islas, Micronesia que quiere decir pequeñas islas y Melanesia que significa islas negras por la piel oscura de sus habitantes.

El 99% de la tierra de Oceanía la poseen tres naciones, a saber: Australia, Nueva Zelanda y Papua Nueva Guinea.

El país más grande es Australia que forma un mundo en sí mismo muy especial ya que está formado por el encuentro de gente de diferentes naciones, lenguajes y civilizaciones. Por eso, Australia es más occidental en sus patrones culturales y en su estructura social⁹¹.

⁸⁸ Hamant, Yves, *Evangelization et Oecumenisme. Quelques textes importants*, en Spiritus, Mai 1995 p. 250.

⁸⁹ MOSCU, 22 diciembre 2002 (ZENIT.org).

⁹⁰ Coloquio de los teólogos ortodoxos, Bucarest, 1974.

⁹¹ Juan Pablo II, *Ecclesia in Oceania*, 6.

Los católicos son en este momento 7.958.000 esto es el 26,30% de toda la población del continente y a su vez son el 0,77% de la totalidad de los católicos del mundo (1.033.129.000 fieles).

El cristianismo se propagó a partir de la Polinesia (Tahití y Honolulu) en el oriente hacia la Melanesia en el occidente y la Micronesia en el norte⁹².

Precisamente, al mirar desde el ángulo misionero esta inmensa realidad, se pueden identificar algunos desafíos futuros.

RECIPROCIDAD

Este desafío misionero lo expresa en forma muy sencilla el Papa en *Ecclesia in Oceania* cuando dice: “La Iglesia en Oceanía recibió el Evangelio de las generaciones precedentes de cristianos y de los misioneros que llegaron de ultramar... La presente generación de cristianos está llamada y enviada a cumplir con la tarea de la evangelización entre los pueblos de Oceanía, con una proclamación fresca de la verdad permanente evocada por el símbolo de la cruz del Sur. Este llamado a la misión presenta grandes desafíos pero también abre nuevos horizontes llenos de esperanza e inclusive de un sentido de aventura”⁹³. Esta reciprocidad no es solo un deseo sino una realidad concreta: “Muchas de las comunidades cristianas están comprometidas en la empresa misionera en oceanía y más allá, en las islas del pacífico, en Papua Nueva Guinea, en el Sudeste asiático y en otros distantes lugares del mundo. Se trata de un inequívoco signo de madurez”⁹⁴.

DISCERNIMIENTO

Este desafío para el presente y para el futuro de la iglesia de Oceanía es consecuencia de una metodología evangelizadora no siempre respetuosa de los valores culturales locales. Aunque hubo grandes y santos misioneros, muchos de ellos mártires (Pedro Chanel, Diego Luis de san Vitores, Pedro de Calungsod, Giovanni Mazzucconi, Pietro To Rot), sin embargo también hubo quienes en forma descuidada llevaron la verdad del Evangelio pero tratando de imponer elementos que eran culturalmente ajenos a estos pueblos. Me viene a la mente la oferta que se puede hacer de un vaso de agua muy fresca y saludable pero al mismo tiempo obligando a la persona que la bebe a ingerir también el vaso en que se le ofrece. Hay

⁹² La primera misión permanente en el Pacífico fue establecida por los misioneros jesuitas en 1668 llegando desde las Filipinas hasta Guam hoy llamadas las islas Marianas de Polinesia. Las misiones protestantes empezaron a llegar en 1797. Aunque, al mirar la historia de las misiones de Oceanía pareciera indicar que fue toda una tarea apostólica de los misioneros europeos, sin embargo, hay que poner de manifiesto también la obra misionera interna realizada por los habitantes de las mismas islas. Misioneros de la Polinesia pasaron a la Melanesia o los de unas islas de la Melanesia pasaban a otras islas de la misma Melanesia.

⁹³ Juan Pablo II, *Ecclesia in Oceania*, 13.

⁹⁴ Juan Pablo II, *Ecclesia in Oceania*, 15.

necesidad de un cuidadoso discernimiento para ver lo que pertenece al Evangelio y lo que no le pertenece, lo que es esencial y lo que es secundario. Una tarea nada fácil como quiera que por un lado la colonización y por otro la modernización ofuscaron el límite entre lo verdaderamente indígena y lo importado. Estamos ante un gran desafío misionero que mira a construir una iglesia local genuina.

DERECHOS HUMANOS

La historia antigua y reciente de Oceanía está marcada por una serie de abusos a los derechos humanos sea personales, familiares como culturales. Las heridas están tan frescas que no podían no ser parte de la declaración del sínodo donde el Papa y la iglesia toda pidió perdón por la parte que le corresponde. De manera especial está abierta esa herida que va desde el 1919 hasta el 1970 tiempo durante el cual miles de niños fueron sacados de sus familias y educados a la manera occidental sufriendo también graves abusos. Solo en el 1997 el gobierno empezó a resarcir a las familias de esa llamada *Stolen Generation*. Muchas tribus aborígenes de Australia luchan por sobrevivir. Sus culturas están en grave peligro y de allí que sus derechos humanos y culturales tengan en la iglesia un abanderado y en el Papa un pastor consciente que denuncia las injusticias que se han cometido y las que se pueden llegar a cometer.

ECOLOGIA

Concluyo con un desafío que es muy urgente en la Oceanía como lo puso de relieve la exhortación postsinodal *Ecclesia in Oceania*. “Oceanía es una parte del mundo de gran belleza natural y ha logrado preservar áreas que no han sido dañadas... Y sin embargo, las bellezas naturales de Oceanía no han escapado de la ambición de la explotación humana... Los recursos naturales de Oceanía necesitan ser protegidos contra las políticas dañinas de algunas naciones industrializadas y de algunas corporaciones transnacionales cada vez más poderosas que pueden llevar a la deforestación, al despojo de las tierras, a la polución de los ríos con la explotación minera, la pesca descontrolada de especies valiosas o el daño de los campos de pesca con los residuos industriales y atómicos”⁹⁵.

Aunque me refiero a Oceanía, sin embargo, el problema ecológico es mundial y precisamente esa universalidad del mismo hace que tenga una afinidad muy grande con todo el compromiso misionero y con la reflexión misionológica. Es un desafío que hace parte de la misión global⁹⁶. “El bien de la creación toda entera es el sujeto de la misionología. Lo ecológico y lo universal participan del mismo destino... El pan y el vino de la santa Eucaristía se han convertido en símbolos de la biosfera terrestre. Jesús tomó los productos de la biosfera planetaria para dar gracias (1 Cor

⁹⁵ Juan Pablo II, *Ecclesia in oceania*, 31.

⁹⁶ Dorr, Donal, *Mission in today's world*, The Columba press, Dublin, 2000, p. 208.

11, 24). ...Hoy, la misionología es la conciencia del encuentro entre lo universal, lo ecológico y lo eucarístico. Hay ahí un nuevo horizonte misionológico⁹⁷. Y por ende una nueva tarea y un nuevo desafío a la misión universal de la Iglesia quien ha reconocido rápidamente la afinidad entre su propio mensaje y la cuestión ecológica⁹⁸.

13. EL POTENCIAL CRISTIANO: LA ANIMACIÓN MISIONERA, UNA CONVERSIÓN GLOBALIZANTE

El cuarto elemento del contexto es el tapete verde que cubre todos los territorios eclesiales, ese tapete constituido por los cristianos. Todos ellos están llamados a asumir las luchas misioneras pero es increíble cómo la conciencia misionera sea todavía tan minoritaria. De allí que se impone todo un esfuerzo de animación y formación misionera porque el problema no es de falta de personas sino de falta de conciencia misionera. Si seguimos con la visión de la acción misionera como especialidad de un grupo muy experto, terminamos haciendo de la misión un espectáculo para admirar y no un campo de lucha en el que participar. Por este motivo, he colocado como cuarto elemento imprescindible en la misión *ad gentes* todo ese potencial personal que hace parte del desatendido fondo y que está esperando de pasar al primer plano, al de los protagonistas y no simples espectadores. El asunto es que mientras nos afanamos por movernos hacia los miembros de otras religiones, vamos perdiendo los de la nuestra y ello sencillamente por complejo de anonimato, de no ser nadie o poca cosa, en la Iglesia.

Alejandro de Rodhes, el gran misionero fundador del cristianismo en Vietnam, cuando llegó a Goa, una etapa de su viaje al Vietnam, se dio cuenta de algo que lo entristeció sobremanera: Los misioneros eran muy atentos y gentiles con los paganos y con los catecúmenos, pero una vez que recibían el bautismo, los abandonaban y no tenían el mismo trato caritativo. En verdad, parecía una caridad fingida. Pero lo grave es que los bautizados empezaban a sentirse como poco considerados, de poco valor, un nadie dentro de la comunidad eclesial, unos anónimos⁹⁹. Alejan-

⁹⁷ Koyama, Kosuke, *Monde Nouveau, Creation Nouvelle*, en *Spiritus*, Mai 1993, p. 136.

⁹⁸ Véase, Salvini, Gianpaolo, *Scienza e Religioni di fronte all'ambiente*, en *Civiltà Cattolica*, Julio 2002, p. 151 y ss. Especialmente importantes son las conclusiones: "Al lado del hombre económico...es necesario que crezca el hombre estético capaz de mirar la tierra con una mirada diferente de la del hombre económico y social".

⁹⁹ "Parecía el juicio final. Mi perro ladraba con una furia inmensa. Detrás de la cerca, estaba otro perro. Los perros de adentro ladraban furiosos pero los de afuera no ladraban nada. Así es la vida de los perros. Me di cuenta de que se trataba del perro del vecino que tal vez se había salido y abrí la reja y lo dejé entrar. Mi perro no ladró más. Sencillamente se limitó a olfatearlo y luego cada uno se fue a su rincón ignorando completamente al otro. Así nos pasa a veces en la Iglesia. Los de adentro solemos ladrar a los que están afuera por estar afuera, por no ser de los nuestros. Pero una vez que logramos que los de fuera entren en nuestro propio patio eclesial, medio los olfateamos y luego procedemos a ignorarlos completamente. Qué bello sería que dejásemos de actuar como los perros".

dro vio que eso no podía pasar con sus comunidades cristianas¹⁰⁰. Pero no hay duda de que pasa con las nuestras.

El tema, entonces, nos lleva a preguntarnos: ¿Qué tan animados misioneramente están los católicos? ¿Qué tanto ha entrado la animación misionera de personas y comunidades en la pastoral ordinaria?¹⁰¹.

Este proceso de conversión que hoy bien podemos llamar de globalización espiritual, equivalente al evento de Pentecostés del siglo primero, e indica al menos cuatro realidades: La evangelización universal, el ecumenismo, el diálogo interreligioso y la promoción de la calidad humana sin fronteras especialmente de los millones de excluidos política y socialmente¹⁰².

Estas cuatro realidades sin embargo, están condicionadas a una transformación más personal, a una conversión muy extraña como parecía la de Pedro quien pasó del particularismo judío al universalismo del Evangelio.

Esta misma conversión o transformación es cuanto llamamos hoy animación misionera.

La animación misionera es entonces una forma extraña de conversión que podemos definir como la transformación personal hacia la globalización espiritual.

Pero no quisiera hablar de extrañas conversiones por mí mismo. Más oportuno es referirme a Juan Pablo II quien en la *Redemptoris Missio* habla de su necesidad: “Es necesaria una radical conversión de la mentalidad para hacerse misioneros y esto vale tanto para las personas como para las comunidades” (RMi 49). Se trata de una conversión de vida, de visión, de acción y de una conversión que no es puntual, ocasional o excepcional sino continuada, que tiene lugar a lo largo de la vida y en las más variadas circunstancias.

Podemos dar una mirada a la animación desde diversos ángulos buscando de poner de manifiesto diversas facetas de la animación y las dificultades que enfrentan cada una de las mismas.

¹⁰⁰ Cfr. Phan, C. Peter, *Mission and catechesis. Alexander de Rhodes and Inculturation in Seventeenth Century Vietnam*, Ed. Orbis, Maryknoll, New York, 1998, p. 42.

¹⁰¹ El cardenal Arinze fue invitado en 1986 a un encuentro sobre la globalización en la educación teológica. Su intervención fue una narración de la historia bíblica y luego se detuvo en ese particular de la vida de Pedro cuando vivió una transformación o conversión en la casa del pagano Cornelio al darse cuenta de que Dios no hace diferencia entre las personas. En toda nación mira con benevolencia al que teme a Dios y practica la justicia (Hch 10, 34-35).

¹⁰² Véase Leshner, William, *Meaning of Globalization*, en Evans, Alice, Evans, Robert y Roozen, David, *The globalization of theological education*, Orbis Books, Maryknoll, New York, 1993, pp. 33-50.

DE INDIFERENCIA A ADMIRACIÓN

Hemos pasado por una oleada de ataques a la misión *ad gentes* con las fuertes acusaciones de aliada del colonialismo, de destructora de las culturas, de generadora de los más graves males en las iglesias jóvenes. Los ataques vinieron de fuera pero también de adentro y con un cierto gusto masoquista¹⁰³. Las consecuencias de esta oleada antimisionera son muchas¹⁰⁴ pero una de las más notorias es la indiferencia ante la acción misionera universal de la Iglesia. De allí que el primer gran desafío que tenemos es el de favorecer el paso de la indiferencia a la admiración.

De pasos que suscitan admiración nos habla Saint Exúpery,¹⁰⁵ el famoso aviador y escritor, anotaba en una de sus obras un hecho curioso y significativo. Cuando en la época de las transmigraciones de los patos y de los gansos salvajes, en aquellos lugares por donde pasan tiene lugar un extraño fenómeno. Las aves domésticas como imanadas y levantadas por ese hermoso y elevado vuelo triangular, intentan también ellas un vuelo, que al ser tan pesado e inexperto, bien pronto concluye en un duro y pobre aterrizaje.

Ese salvaje tránsito se ha clavado en las aves domésticas a la manera de un certero arponazo, golpeando quién sabe cuál instinto primitivo y salvaje.

He ahí entonces a esos patos domésticos convertidos, por un instante al menos, en pájaros migratorios de amplio vuelo. En esas cabecitas tan duras y pequeñas, contentas con visiones de charcos de agua sucia, de gusanos y lombrices de tierra y de estrechos gallineros, se despierta de golpe la memoria de extensiones más que continentales, el gusto por los vientos abiertos y por la amplia geografía de los mares.

La animación misionera es algo así como el golpe o arponazo que recibe una persona el paso de un ser de esos intermigratorios y que invita a sentir una vocación y una pasión, tal vez oculta o tal vez dormida, como movimiento de amor y de fe más allá de todas las fronteras.

Animación misionera es sin duda el arte pedagógico y pastoral de despertar admiración ante los valores misioneros encarnados en personas concretas, esto es, en modelos misioneros, desde Pedro el pescador hasta Pablo el apóstol, desde una Teresa de Calcuta a un Padre Damián; desde un Mateo Ricci a un Roberto de Nobili, desde un Alejandro de Rhodes hasta un Hipólito Desideri, desde una pareja como Cirilo y Metodio hasta otra pareja como Henry LeSour y Jules Monchanin; desde un

¹⁰³ Véase Bosch, David, *Transforming mission*, Ed. Orbis, Maryknoll, New York, 1991, p. 365. Con razón el autor se refiere a la misión en un período de prueba.

¹⁰⁴ De esas consecuencias, la más grave es la misma pérdida de la fe como anotaba el Cardenal Biffi: "Cuando un muchacho educado cristianamente por la familia y por la parroquia, frente a las afirmaciones apodícticas de algún profesor o de algún texto, empieza a avergonzarse de la historia de su Iglesia, está objetivamente en grave peligro de perder la fe" (Introducción al libro de Messori, Vittorio, *Pensare la Storia*, Ed. Paoline, Torino, 1992, p. 11).

¹⁰⁵ Véase Saint-Exúpery, Antoine de, *Piloto de Guerra*. Su más conocida obra es el Principito.

Toribio de Mogrovejo hasta un Pedro Claver; desde un Daniel Comboni hasta un Guillermo Massaia; desde un Gregorio Magno hasta un Gregorio XV; y desde una infancia como la de Nino hasta otra como la de la grande Teresita del Niño Jesús.

Admiración, una puerta a la animación misionera.

DE DISCÍPULO PRIVADO A APÓSTOL ENVIADO

En el panorama mundial encontramos el influjo de la modernidad con su división entre lo público y lo privado, entre los hechos y las creencias¹⁰⁶, que ha empujado a muchos a reducir la fe al ámbito puramente privado sin proyección exterior. Se empezó a pensar en que bastaba ser discípulo en el fondo del corazón y visitar a Jesús en la oscuridad de la noche como Nicodemo, y nada más. Empezó así a gestarse el drama de nuestro tiempo como es, según Pablo VI, la separación entre fe y cultura y se dio comienzo a la crisis misionera actual. La verdad es que el espacio de la Iglesia no es solo el privado sino también el público¹⁰⁷.

Identificar el ser cristiano con el ser discípulo que responde positivamente a una llamada de Jesús, es muy bello pero es una belleza a medias. Dice una leyenda que cuando llegó Jesús al cielo después de su vida en la tierra, fue saludado con entusiasmo infinito por los ángeles. Luego le preguntaron a quién dejó en la tierra para que continuara su obra. El respondió: “A un grupo pequeño de hombres y de mujeres que me aman”. “¿Sólo eso?” Replicaron los ángeles. “¿Y si ellos fallan de algún modo?” “Pues yo no planeé nada más”.

Este grupo pequeño que lo ama son los discípulos que también se han dado cuenta de la otra mitad de su ser cristiano, esto es, ser apóstoles. El apóstol tiene conciencia clara de ser un enviado al ámbito público para continuar la misión de Jesús en medio de sus hermanos.

Pero hoy, más de un cristiano se parece a ese perrito dejado entre las maletas extraviadas en el aeropuerto. Con su cara de enorme tristeza permanecía encerrado en la jaula que lo había transportado. El problema radicaba en que durante el viaje, el perrito se comió la tarjeta que indicaba quién lo enviaba y a dónde lo enviaba. De esta manera, nada se podía hacer para que llegase a su destino.

¹⁰⁶ Sobre la división Hechos y Creencias puede consultarse: Newbegin, Lesslie, *L'Evangelo in una Società Pluralistica*, Ed. Claudinana, Turín, 1995, p. 44 y ss.

¹⁰⁷ Al respecto afirma el Arzobispo de Madrid, el Card. Rouco: “El pleno reconocimiento del verdadero ámbito de lo religioso es absolutamente vital para una adecuada y fecunda presencia de la Iglesia en la sociedad. Lo “religioso” va más allá de los actos típicos de la predicación y del culto; se repercute y expresa en la experiencia moral y humana que se realiza en los campos de la educación, del servicio y del compromiso social, del matrimonio y de la cultura. Todo ello presupone una aceptación, no limitada jurídicamente, de su significado público”.

Rouco Varela, A.M., *Relaciones Iglesia-Estado en la España del siglo XXI*, Universidad Pontificia, Salamanca, 1996, p. 36.

No saber ni quién lo envía ni para que lo envía ni siquiera que es un enviado es propio de muchos cristianos para quienes la animación misionera es una ocasión maravillosa para que realicen la transformación o conversión eclesial de discípulos privados a apóstoles enviados a lo público. El enviado acoge el programa escrito una vez en la cartelera de una Iglesia: “No conserve la fe, espárzala alrededor”.

DE SER POSTPASCUAL A SER POSTPENTECOSTAL

Muchas veces la teoría es una cosa y la práctica otra. En teoría se reconoce que la pastoral debe tener dimensión misionera y debe más allá de la comunidad cristiana. Pero en la práctica, la pastoral se ha dedicado en la práctica a mantener el fuego encendido de la fe, la esperanza y la caridad en las comunidades cristianas agotando en este servicio todo su potencial. Por este motivo, la animación misionera no hace parte de muchos programas de pastoral. Eso quiere decir, reducirse a un grupo de buenos, a un nicho muy especial que marca un encerramiento lamentable.

El primer ministro de Inglaterra, Cromwell, se encontró frente a una gran dificultad. Se había acabado el metal con que se hacía el dinero y no se podía emitir más creando una crisis económica. Entonces, dio orden de que se fuera por todo el imperio buscando ese metal. Los enviados regresaron y dijeron: El único lugar donde encontramos ese metal es en la estatuas de las iglesias. Inmediatamente dio la orden: Bajen la estatuas de sus nichos, métanlas en el fuego, hagan las monedas y pongan todo en circulación.

Hay muchas estatuas en la Iglesia. Personas muy santas, en nichos muy especiales pero que les falta pasar por el fuego del Espíritu y luego ser puestas en circulación misionera más allá de las fronteras de sus comunidades cristianas.

Jesús fue muy claro con sus apóstoles: “En una ocasión en que estaba reunido con ellos les dijo que no se alejaran de Jerusalén hasta recibir el Espíritu Santo (Hch 1, 4-5). Todo cambió radicalmente con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés.

Pero para muchos cristianos hoy, nada ha cambiado. Siguen en la situación postpascual y prepentecostal esperando esa fuerza que los mueva, que los ponga en circulación misionera, que genere en ellos una transformación o conversión.

¿Cómo se vive esta transformación? De muchas maneras. Como un fuego dice el Cardenal Martini¹⁰⁸, o como una explosión, dice Newbegin¹⁰⁹. Me gusta esta segunda imagen porque ha sido expresada como vivencia personal por muchas personas¹¹⁰.

¹⁰⁸ Martini, Carlo Maria, *El predicador ante el espejo*, Ed. Paulinas, Bogotá, 1988, p. 67.

¹⁰⁹ Newbegin, Lesslie, *L'evangelo in una società pluralistica*, Ed. Claudiana, Turín 1995.

¹¹⁰ Obviamente se trata de las explosiones espirituales, no las materiales. Al fin de cuentas también Jesús decía: “He venido a traer fuego sobre la tierra y cuánto desearía que ya estuviese ardiendo” (Lc 12, 49-50).

Al encerramiento intracristiano se añade hoy otro elemento muy opuesto a la animación misionera: La cultura del agua opuesta a la cultura del fuego y que obviamente no enciende sino apaga; no genera pasión y entrega sino debilidad y compromisos flojos. Es la postmodernidad en su vertiente negativa, el tiempo del individuo fragmentado¹¹¹ que no se adhiere a nada, que no se compromete, que hace solamente opciones *light*, blandas y a corto plazo.¹¹² A la cultura del agua que busca apagar el fuego del compromiso misionero, hay que oponerle la vitalidad de la animación misionera. No estamos tratando de salvar a una Iglesia cansada y vieja; estamos tratando de salvar un mundo cansado, viejo, apático, desabrido¹¹³, sin futuro, inyectándole juventud a través de la juventud misma de la Iglesia de Cristo¹¹⁴.

DE LUGAR A ÁMBITO

“En el año de 1597 nueve misioneros europeos y diecisiete cristianos asiáticos murieron crucificados en una colina próxima a Nagasaki, en Japón. En los treinta años siguientes fueron martirizados otros 205. Eran sacerdotes y laicos que en su mayoría fueron quemados vivos o decapitados también en Nagasaki. Durante más de dos siglos no se volvió a hablar de cristianos en aquella región.

Alfonso de Ligorio relató esos sucesos en una historia de estilo sencillo que tuvo gran difusión. Un siglo después se seguía leyendo, sobre todo en los institutos religiosos. Y en 1846 cayó en manos de un seminarista de Verona, Daniel Comboni, de quince años de edad. Este, como es natural, se entusiasmó con los evangelizadores, los primeros cristianos del Japón y aquellas remotas catatumbas. Un chico

Explosiones espirituales hay muchas y siempre con mecha y todo. ¿Y qué hacen estas explosiones espirituales? Lo mismo que las otras. Sentimos que algo explota dentro de nosotros, primero nos pone patas arriba, nos descompone del todo y luego nos lanza lejos porque genera una fuerza centrífuga que no nos deja más estar quietos en un lugar sino sentimos que debemos ponernos en movimiento, en circulación más allá de todas las fronteras que hasta ahora nos han delimitado.

¹¹¹ I. Sanna habla del hombre radical “que se autocomprende como plenamente autónomo, bueno por naturaleza, feliz por placer pero no por virtud, vinculado a un contrato interindividual pero no por la ley y sin memoria histórica. La historia es para él solo historiografía del pasado. En el debilitamiento contemporáneo de la concepción del mundo...es observable la reducción del mundo a depósito de cosas, patria sin patria, desencantada y sin futuro” (Mucci, Giandomenico, *L'antropología cristiana nel tempo della postmodernità*, en *Civiltà cattolica*, Enero 2002, p. 170.

¹¹² Véase Grasso, Emilio, *Il Mattino che viene, Comunità Cristiane nel postmoderno*, Ed. EMI, Bologna, 1995, p. 93 y ss.

¹¹³ La imagen de Berger y Luckmann de la cafetera que en el fondo tiene el café y que se ha contraído mucho así que en la superficie el café llega bastante aguado y desabrido, quiere dar a entender la crisis de la conciencia actual en la que en la profundidad de la misma, todo aquello que daba por supuesto, convicciones, principios, creencias, se ha desvanecido así que la evaporación hacia la superficie solo genera una conciencia bastante aguada así que prima en la vida no lo más profundo y estable sino el gusto de cada uno. Ver, Berger, P. y Luckmann, Th, *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*, Ed. Paidós, Buenos Aires 1997, pp. 88-89.

¹¹⁴ Véase Kreeft, Peter, *Fundamentals of the faith*, Ed. Ignatius, San Francisco, 1968, p. 23.

que quiere ser sacerdote sueña siempre con empresas difíciles y lejanas. Y además, en ese momento el Extremo Oriente estaba volviendo a ser de actualidad”¹¹⁵.

Pasar de ver el mundo, la tierra y los pueblos de un simple lugar en el universo a verlos como ámbito, esto es, plataforma de mis posibles compromisos, es vivir una experiencia de verdadera globalización. Pero pasar de ver el mundo, con sus pueblos y culturas como lugar, a ámbito o plataforma de la acción evangelizadora, es sencillamente estar viviendo una experiencia de animación misionera. Es el encuentro de ese ámbito que soy yo con ese otro ámbito que es el mundo.

Cuando Teresa, la niña de 9 años y su hermano Rodrigo se escaparon de la casa con la ilusión de ir entre los musulmanes, predicarles el Evangelio, luego ser martirizados y tener un gran puesto en el cielo, dejaron de ver el mundo musulmán como un lugar geográfico para considerarlo una plataforma de acción misionera.

Para Mateo Ricci, China en alguna época de su vida no era más que un lugar lejano. Luego, se convirtió en el ámbito maravilloso de su creatividad misionera, en sede de los más bellos encuentros culturales y religiosos.

Para Cirilo y Metodio, el pueblo eslavo era uno de tantos ubicado en un lugar que no despertaba ningún interés. Pero el mundo eslavo llegó a ser la plataforma de acción lingüística, litúrgica, catequética, en una palabra, misionera.

Para Bartolomé de las Casas los indígenas eran algo así como objetos para explotar. Pero el encuentro con la palabra de Dios lo llevó a abrir los ojos y los indígenas pasaron de ser objeto a ser un ámbito de encuentro verdadero y plataforma de una lucha intensa por sus mismos derechos.

Para Raimundo Lullio las culturas eran sin duda un objeto y sus pueblos un lugar de poco interés. Pero poco a poco fue descubriendo el maravilloso encuentro con las culturas, la necesidad de prepararse para el mismo y para acercarse a los respectivos pueblos que las poseen.

Para Toribio de Mogrovejo, cuyo ámbito de interés era el derecho, a un momento dado las lejanas tierras de Indoamérica se convirtieron en el ámbito de su apostolado misionero que hizo de él uno de los más apostólicos obispos y de los más grandes santos del continente.

Lograr que en un corazón se empiece a gestar este proceso de lugar a ámbito y que este ámbito sea percibido como posible plataforma de creatividad y realización misionera, es cuanto busca la animación. Y esto lo lograban personas como el Cardenal Massaia con sus cartas enviadas a Europa desde Etiopía y que ponían en ebullición el espíritu misionero de los jóvenes europeos. Y lo mismo hacía un Francisco Javier con su correspondencia que golpeaba el espíritu de los universitarios

¹¹⁵ Agasso, Domenico, *Daniel Comboni*, Ed. Sin Fronteras, Bogotá, (sin fecha) p. 11.

quienes. E igualmente ésta es la tarea de tantas revistas misioneras en la actualidad que con su narrativa misionera suscitan la transformación del mundo de simple lugar a ámbito de acción y encuentros misioneros.

DE HINCHA A JUGADOR ACTIVO

Durante un tiempo, la animación era vista como la gran invitación a los cristianos laicos a que se volvieran hinchas de los pocos misioneros profesionales que salían de sus diócesis o de sus culturas para llevar el Evangelio a otros ámbitos. La animación se entendía como una cooperación en términos de oración, sacrificios y limosnas. Esta visión no tiene por qué ser descartada pero debe modificarse en cuanto al espíritu de la misma. Si todo cristiano es misionero, si los desafíos misioneros nos rodean por todas partes, pues no es suficiente ser hincha sino que hay que entrar de lleno y en primero persona en el campo de juego¹¹⁶.

La animación misionera, invocando la fuerza misma del Espíritu Santo, quiere empujar a los espectadores de la misión, en primer lugar a los laicos, a ser protagonistas, a no ser solo hinchas en las graderías del estadio sino a bajar al campo y a transformarse en jugadores activos. Para ello se les debe ofrecer un apoyo real así que no queden frustrados¹¹⁷. Pero siguiendo con la metáfora del juego, hay que añadir aún un aspecto.

Los partidos de fútbol más aburridos son los amistosos y los que tienen una escuadra que solo busca defenderse y nada más. Los partidos más bellos, como se puede admirar en el mundial de fútbol, son aquellos donde los jugadores buscan romper el muro defensivo del otro equipo, no se encierran atrás haciendo una cadena defensiva, sino que se proyectan hacia delante, hasta infiltrarse en el campo enemigo por todos los lados y obtener una abundante victoria.

La animación misionera debe añadir otro ingrediente importante, lograr que el cristiano pase de defensa a atacante, porque ni él está encadenado ni tampoco la palabra de Dios.

Las actitudes defensivas, miedosas, cobardes, demasiado medidas, sólo llevan al encerramiento estéril.

Hay que superar las actitudes defensivas y en cambio asumir las actitudes que rompen barreras como la pasión por la misión, la capacidad de profecía como vida

¹¹⁶ Véase, Castro, Luis Augusto, *La animación misionera, un nuevo rostro ante el siglo XXI*, Revista Spiritus, Ed. Hispano americana, N. 53, diciembre 1998.

¹¹⁷ Este es el caso de América Latina donde la animación misionera llega a momentos muy intensos como en los COMLAS pero luego no se ofrece en forma concreta el apoyo al laico que quiera proyectarse a la misión universal. Todos desean recibir sacerdotes y religiosos pero no saben qué hacer con un laico misionero.

alternativa y contracorriente y la *parresía* que es a la vez valentía, libertad y confianza en Dios en las situaciones de prueba¹¹⁸.

El proceso interno y externo de transformación de hinch a jugador y de defensa a atacante, es cuanto se llama animación misionera¹¹⁹.

En síntesis, hemos visto los desafíos de la misión *ad gentes* desde cuatro aspectos eclesiales: los principados y potestades negativos; los areópagos neutros, el territorio sea diocesano sea continental y la animación misionera de los cristianos sin la cual no hay respuesta misionera a los desafíos anotados.

14. CONCLUSIÓN

La conclusión de esta visión fotográfica es la misma que expresa Juan Pablo II: La misión está en sus comienzos (RMi 1). Estamos a las puertas de una nueva primavera misionera de la Iglesia (RMi 86). Nos toca vivir a la altura de estos desafíos con la fuerza del Espíritu Santo, el primer evangelizador.

¹¹⁸ Sobre la *parresía* misionera se puede consultar en Castro, Luis Augusto, *L'animazione missionaria secondo gli atti degli apostoli*, Ed. EMI, Bologna, 1991. En castellano: *Espiritualidad misionera*. Ed. Paulinas, Bogotá.

¹¹⁹ Otro paso importante puede definirse como de simetría mercantil a asimetría gratuita. Las películas de vaqueros casi han desaparecido. Pero antes había muchas muy variadas aunque el tema esencial era siempre el mismo. Un grupo de bandidos asalta a un pueblo, roban el banco, amenazan a la gente, llenan de terror el pueblo. De pronto aparece una figura que no tiene miedo. Es un desconocido pero que bien pronto organiza el pueblo y enfrentan a los bandidos que salen huyendo. En el proceso, este desconocido se enamora de una muchacha y al final se ve cuando los dos se van, casi como si él se llevara su recompensa.

Este final cambia en algunas películas. Después de que los bandidos han sido derrotados, la gente busca al valiente vaquero para agradecerle pero él ya no está ahí. Se ha ido silenciosamente solo y sin pedir recompensa. En el horizonte se alcanza a ver el polvo de un caballo que se aleja.

Estas dos finales del género cowboy son el reflejo de dos morales y de dos lógicas diferentes: la lógica de la simetría o equivalencia y su moral de la cooperación y la lógica de la asimetría o sea de la sobreabundancia que subyace a la moral de la gratuidad y generosidad.

La lógica de la simetría es la que se vive en los almacenes. Uno se lleva un artículo pero deja ahí en dinero exactamente lo que vale, el equivalente. Es la lógica del mercado.

Una lógica de la asimetría no mira a la equivalencia entre lo que se da y lo que se recibe. Es una lógica a la que subyace la moral de la generosidad que llega hasta devolver bien por mal.

Evidentemente, se trata de una moral muy especial que no va con la simetría sino con la asimetría, que postula una disponibilidad permanente, que pide entrega, que reclama el sacrificio de uno mismo sin esperar nada a cambio; es una solidaridad sin fronteras, esto es, donde no se establece medida alguna que limita la entrega. Esta lógica de la sobreabundancia se descubre de manera especial en la vivencia de la gratuidad.

FUNDAMENTACIÓN TEOLÓGICA DE LA MISSIO AD GENTES

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. **Carlos OSORO SIERRA**
Arzobispo de Oviedo

A MODO DE PRÓLOGO

“Vosotros sois la sal de la tierra. Es como si les dijera: El mensaje que se os comunica no va destinado a vosotros solos, sino que habéis de transmitirlo a todo el mundo. Porque no os envió a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte; ni tan siquiera os envió a toda una nación, como en otro tiempo a los profetas, sino a la tierra, al mar y a todo el mundo, y a un mundo por cierto muy mal dispuesto. Porque, al decir: Vosotros sois la sal de la tierra, enseña que todos los hombres han perdido su sabor y están corrompidos por el pecado. Por ello, exige sobre todo de sus discípulos aquellas virtudes que son más necesarias y útiles para el cuidado de los demás. En efecto, la mansedumbre, la moderación, la misericordia, la justicia son virtudes que no quedan limitadas al provecho propio del que las posee, sino que son como unas fuentes insignes que manan también en provecho de los demás. Lo mismo podemos afirmar de la pureza de corazón, del amor a la paz y a la verdad, ya que el que posee estas cualidades las hace redundar en utilidad de todos.

No penséis –viene a decir– que el combate al que se os llama es de poca importancia y que la causa que se os encomienda es exigua: Vosotros sois la sal de la tierra. ¿Significa esto que ellos restablecieron lo que estaba podrido? En modo alguno. De nada sirve echar sal y conservar, así, lo que el Señor había antes renovado y liberado de la fetidez, encomendándose después a ellos. Porque liberar de la fetidez del pecado fue obra del poder de Cristo; pero el no recaer en aquella fetidez era obra de la diligencia y esfuerzo de sus discípulos”

(De las homilías de San Juan Crisóstomo, obispo,
sobre el evangelio de San Mateo. Homilía 15, 6. 7: PG 57, 231).

1. La vocación misionera de la Iglesia

La primera frase de la Constitución sobre la Iglesia, define exactamente su orientación, su alcance misionero y el convencimiento absoluto del por qué de la misión: “*Cristo es la luz de las gentes*”. La misión que Cristo confió a la Iglesia en este momento histórico que vivimos tiene nuevos retos y debe responder a ellos. La realidad histórica en la que estamos presenta nuevas situaciones que obligan a plantear cuestiones de fundamento. Ser fieles a la voluntad salvífica universal de Dios, manifestada en Cristo y serlo en la situación histórica y social de nuestro mundo es todo un reto. Preguntas como estas son absolutamente necesarias: ¿cómo hablar de Dios a los hombres hoy? ¿Cómo llegar a suscitar la fe en Jesús como hijo de Dios hecho hombre por nosotros, único liberador y salvador del mundo? ¿Cuál es el papel de la Iglesia en esta misión y dónde lo fundamenta? Y es necesario también saber dar respuestas adecuadas a las mismas desde la identidad propia de la Iglesia.

No nos han faltado documentos del magisterio de la Iglesia que han intentado dar respuestas de fundamento a estas cuestiones de fundamento. El Concilio Vaticano II aborda el problema en las Constituciones dogmáticas *Lumen gentium* (LG) y *Gaudium et spes* (GS) y en el Decreto *Ad gentes* (AG). Posteriormente y citando sólo los más relevantes, Pablo VI se ocupó de estos temas en la exhortación *Evangelii nuntiandi* (EN) que se ha llamado y con razón “*carta magna de la evangelización*”. El Santo Padre Juan Pablo II en diversas ocasiones ha llamado a la nueva evangelización, así nos entregó una encíclica dedicada a la misión *ad gentes* que ha marcado especialmente toda la teología de la misión y sus realizaciones concretas, me refiero a la encíclica *Redemptoris missio* (RMi). Esta encíclica está marcada por un fuerte optimismo y una llamada a la esperanza, nos habla de una nueva primavera y de una nueva época para la misión: “*ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia, puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos*”¹.

Ciertamente la Iglesia ha recibido una tarea respecto al mundo, mediante la cual se continúa la salvación del mundo en el tiempo. Es así como perdura el camino que ha seguido el mismo Dios en el acontecer histórico de su Hijo. Para el ser mismo del cristiano y de la Iglesia, las comunidades cristianas de los primeros siglos vivieron desde esta base teológica: el hombre no alcanza su autenticidad pacificándose ingenuamente con el mundo, pero tampoco lo alcanza levantándose por encima o colocándose al margen de él. No puede ceder al mundo, pero tampoco lo rechaza sin más. No puede excluirlo y nunca lo puede absolutizar. Necesariamente tiene que sentirlo implicado en la propia existencia y en su propio destino. Sería bueno para nosotros hoy, descubrir a la Iglesia primitiva en su vivir: al considerarse

¹ RMi 3.

comunidad de salvación, sentía un distanciamiento respecto al mundo y asumía sobre sí la hostilidad del mundo contra su Señor, pero era en todo esto donde descubría la fuerza vigorosa de su fe, el vigor indestructible de la esperanza y el aliento permanente de su caridad que la orientaba sobre el camino de su Señor. Esta tensión que vivió la Iglesia primitiva y que aquellos primeros cristianos descubrían que había dominado la misión de Cristo mientras vivió con nosotros en este mundo, tenía que ser quien dominase y mantuviera la tensión en la misión de la Iglesia. Hay nuevos interrogantes que se abren a la Iglesia en su misión, pero no pueden afectar a la esencia de la actividad misionera de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II, por una parte catalizador de la crisis misionera de la Iglesia y por otra inicio de superación, afirmó con claridad la constitución misionera de la Iglesia: la Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza², toda la Iglesia (y por ello todo en la Iglesia) es misionera³. A la misma esencia de la Iglesia le compete ser portadora de una misión. Pero el origen y fundamento no puede ser buscado en un mandato de Jesucristo, ya que, como observaba el P. Charles, un mandato no es una razón⁴. El mandato debe ser visto desde una perspectiva teológica y entonces es expresión de lo que es la Iglesia. Jesucristo quiso a su Iglesia comprometida con su propia misión. Él era “*enviado*” desde lo más profundo de su ser personal y ello significaba que llevaba una misión como era, llevar adelante un plan divino de salvación, que encuentra su fundamento y su fuente en el Padre.

Sobre el fundamento del misterio trinitario que se revela en la historia, la Iglesia puede presentarse como “*Trinidad encarnada*” entre los hombres. Ella es la “*luz de las gentes*” en cuanto que actúa como reflejo de la luminosidad que desde el misterio trinitario se hace presente en Cristo. Desde luego que la *Ecclesia de Trinitate*, puede parecer un planteamiento sumamente abstracto, pero expresa de modo radical y profundo el compromiso con los hombres, con su mundo, con su historia, de tal manera que por ser *Ecclesia de Trinitate*, no puede concebirse sin esa relación, porque tal relación es su ser y su misión.

El Papa Juan Pablo II no ha tenido inconveniente en llamar a la Iglesia “*misión encarnada*”⁵. Y es que la Iglesia es encarnación (sacramentalización) de la misión (misiones) que arranca de la vida trinitaria. Es aquí donde tiene su manantial la vocación misionera de la Iglesia.

2. Constitutivo de la Iglesia es ser “misterio” y afecta a la esencia de la misión

Cuando se presenta a la Iglesia como una estructura privada de su misterio, es decir, con una visión secularizada, que nos lleva a vivir en ella como si hubiera sido construida por nosotros y por tanto una Iglesia nuestra y no de Dios, fruto de nues-

² Cf. AG 2.

³ Cf. AG 35.

⁴ P. CHARLES, *Etudes Missiologiques*, Belgique DDB 1956, 20.

⁵ Expresión que aparece en su Mensaje del Domund de 1980.

tras iniciativas, sin otros principios configuradores que las leyes sociológicas que rigen la formación y la vida de los grupos, la Iglesia pierde su ser para la misión y cae en el desaliento. De alguna manera esto es lo que afirma *Monseñor Lourdousamy* cuando habla de la crisis de la actividad misionera de la Iglesia reconociendo que la misión universal de la Iglesia ha llegado a ser un problema, no sólo en sus modos y métodos concretos, sino incluso en su propio ser⁶. Y es que los principios secularistas afectan a la noción de Iglesia y al modo de concebir la misión.

El *cardenal J. Ratzinger* resume así las consecuencias de asumir estos principios:

*“para algunos teólogos la Iglesia no es más que mera construcción humana, un instrumento creado por nosotros y que, en consecuencia, nosotros mismos podemos reorganizar libremente a tenor de las exigencias del momento”*⁷.

Con esta concepción se precisa una idea de la misión con horizontes exclusivamente temporales y antropocéntricos. Lo cual es normal, pues eliminando la dimensión vertical, el cristianismo se reduce a una fraternidad interhumana. Visto así, ¿qué sentido tiene un esfuerzo misionero? ¿Qué diferencia exista entre misión y esfuerzo humanitario?

El Papa *Pablo VI* formuló de una manera excepcional este intento reduccionista de la misión cuando se elimina del ser mismo de la Iglesia el “*misterio*”:

*“...muchos cristianos generosos, sensibles a las cuestiones dramáticas que lleva consigo el problema de la liberación, al querer comprometer a la Iglesia en el esfuerzo de liberación, han sentido con frecuencia la tentación de reducir su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal; de reducir sus objetivos a una perspectiva antropocéntrica; la salvación, de la cual ella es mensajera y sacramento, a un bienestar material; su actividad –olvidando toda preocupación espiritual y religiosa– a iniciativas de orden político o social. Si esto fuera así, la Iglesia perdería su significación más profunda. Su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos”*⁸.

El Sínodo del año 1985 insistió en la importancia de la categoría de “*misterio*” aplicada a la Iglesia. Esta categoría –de “*misterio*”– es una de las claves esenciales del Sínodo junto con la categoría de “*comunión*”. Y es precisamente desde la categoría de “*misterio*” desde donde se orienta el camino para superar el secularismo⁹ y también el presupuesto imprescindible para una auténtica y fecunda renovación de la Iglesia¹⁰.

⁶ S. D. LOURDOUSAMY, *World Sharing Mission and the Promotion of Development*, en AA.VV. *La Sacra Congregazione per l'Evangelizzazione dei populi nel decennio del Decreto Ad Gentes*, Roma 1975, 281.

⁷ J. RATZINGER – V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, Madrid 1985, 53.

⁸ EN 32.

⁹ Relación final, II A, 1.

¹⁰ Mensaje al Pueblo de Dios, II.

“*Misterio*” significa en el Nuevo Testamento, y muy en concreto en san Pablo, el designio de Dios de llevar a cabo la salvación de los hombres por Jesucristo. Por eso, hablar de la Iglesia como “*misterio*” es situarla en el marco de la “*disposición totalmente libre y misteriosa de la sabiduría y bondad del Padre*”¹¹ de salvar a todos los hombres por medio de su Hijo y en el Espíritu Santo.

Con esta noción se hace referencia clara al origen trinitario de la Iglesia y al sentido salvífico de su misión. Cuando olvidamos que la misión tiene su origen en el plan salvador de Dios –el misterio– que es iniciativa del Padre realizada por el Hijo y llevada a su culminación por el Espíritu Santo o como decía San Cipriano: “*de unitate Patris et Filii et Spiritus Sancti plebs adunata*”¹², perdemos la fuerza para la misión y recalca el desaliento y la desesperanza.

¿Cuándo perdemos capacidad para la misión desde donde ésta se tiene que re-
alizar? Para dar respuesta a esta pregunta, tengamos delante de nosotros un dato objetivo como es la incidencia de la fe en la concepción de la vida, en estos momentos históricos que vivimos, lejos de retóricas o de planteamientos que no afronten con todas las consecuencias la urgencia de una evangelización universal, como consecuencia de la naturaleza misionera de la Iglesia. Quizá unos datos objetivos nos basten para ver con más claridad.

En el año 1950 salen a la luz unas obras de Emmanuel Mounier, de Romano Guardini, de Hans Urs von Balthasar y Luigi Giussani que nos aproximan al tema y a la respuesta.

Mounier, que ya por los años de la guerra preveía una “*apostasía general*”, revelaba su amargura ante un cristianismo vacío y por eso dirá “*será preciso buscar en las catacumbas el cristianismo heroico en el que se reedificará, en una vida valiente, una visión de la tradición eterna*”¹³.

Por otra parte *Guardini* hará ver, “*que los valores cristianos secularizados no son sino sentimentalismos y el ambiente se hará transparente: lleno de hostilidad y peligro, pero puro y claro*”¹⁴, de tal manera que la respuesta de la fe no podrá nutrirse de lo esencial y deberá adquirir una nueva resolución y decisión.

Balthasar con una óptica más positiva nos dice que “*se trataba de demoler los artificiosos muros de angustia que la Iglesia había alzado a su alrededor contra el mundo, todo entero e indiviso*”. Esta era la lección de los Padres “*puesto que la patristica significaba para nosotros un cristianismo que aún piensa vuelto hacia los espacios ilimitados de las gentes y que aún tiene esperanza en la salvación del mundo*”¹⁵.

¹¹ LG 2.

¹² De orat. Dom. 23: PL 4.533. Recogido en LG 4.

¹³ E. MOUNIER, *El afrontamiento cristiano*, Estela, Barcelona 1962.

¹⁴ R. GUARDINI, *El ocaso de la Edad Moderna*, Guadarrama, Madrid 1963.

¹⁵ H. U. VON BALTHASAR, *Il filo di Ariadna attraverso la mia opera*, ed. Ital., Jaca Book, Milán 1980, p. 6.

Igualmente para *Luigi Giussani*, cuando habla de la falta de compromiso de los cristianos, dice así: “*no se comprometía con la debida decisión en un verdadero Anuncio del hecho cristiano; la esencia del hecho cristiano no constituía una propuesta de vida*”¹⁶.

En definitiva lo que cuenta hoy es que volvamos al ser mismo de la Iglesia. Aquella vida de un Dios que toma rostro en esta historia y que enciende en el corazón de los hombres un encuentro tal que incide frontalmente en sus vidas y las cambia. No es nostalgia lo que proponen estos hombres y lo que nos propone la Iglesia, sino que es recuperar la esencia y la necesidad de la misión.

Si el lugar propio de la Iglesia, se encuentra allí donde el hombre de hoy, por gracia, se convierte en cristiano, ciertamente la Iglesia no puede hacer su identificación con una simple “defensa” de valores cristianos o con una posición ética. Si lo hiciera así, negaría su propia naturaleza como es la posibilidad gratuita de salvación a todos ofrecida sin ninguna previa discriminación.

Hay una cuestión que es necesario reconocer, cuando el cristianismo se presenta como una fuerza que sostiene dialécticamente y también prácticamente valores cristianos, encuentra espacio y acogida en todas partes; pero cuando el cristiano manifiesta abiertamente no tener patria y la fe es en él apertura real a una Presencia, al Dios verdadero, a la Trinidad Santísima, no es tanto espacio el que le dejan. De tal manera que podemos constatar, cómo la conversión del mundo antiguo, no fue el resultado de una actividad planificada, sino fruto de la verificación de la fe, de la presencia del Dios verdadero que tomaba rostro en cada cristiano, que se hacía visible en la vida de los cristianos y en la comunidad de la Iglesia. Esta fue la fuerza misionera de la Iglesia de los primeros siglos. Era en la comunidad de vida de la Iglesia donde se desvelaba la verdad de la que venía esta vida¹⁷.

El Concilio Vaticano II, hace derivar el misterio de la Iglesia desde arriba, desde el Padre eterno, fuente y origen de toda la divinidad. Del Padre es la iniciativa del plan salvador. Fue Él quien quiso elevar a los hombres a la participación en la vida divina. Él los predestinó a ser conformes con la imagen. Él determinó convocarlos a la santa Iglesia¹⁸. De tal manera que es este “misterio,” en el que el hombre, todo hombre, está invitado a entrar. Así que lo específicamente cristiano no está en una doctrina, ni mucho menos en una moral, tampoco en el amor al prójimo. Lo que distingue la esencia cristiana y por ello la misión es una Presencia. No existe una esencia del cristianismo escindible del encuentro con Jesucristo. La esencia del cristianismo es Jesucristo, revelación del Padre por la fuerza del Espíri-

¹⁶ L. GIUSSANI, *El movimiento de Comunión y Liberación*, Ediciones Encuentro, Madrid 1987, p. 22.

¹⁷ Cf. J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, Edicep, Valencia 1990.

¹⁸ Cf. LG 2.

tu Santo. Y allí donde la Iglesia está verdaderamente presente, allí se hace posible el “encuentro”.

3. Documentos del Concilio Vaticano II y del postconcilio que abren nuevos horizontes a la misión y a la fundamentación teológica de la misma

Se debe hacer una afirmación de entrada: el decreto conciliar *Ad Gentes*, debe situarse en el contexto de todos los demás documentos del Concilio Vaticano II, pero muy especialmente teniendo en cuenta las cuatro constituciones: *Lumen gentium*, *Dei Verbum*, *Sacrosanctum Concilium* y *Gaudium et spes*.

Hay una idea que armoniza todos los documentos, como es la de “Iglesia sacramento”, que en su dimensión misionera “*ad gentes*”, tiene esta expresión: “Iglesia sacramento universal de salvación”¹⁹. ¿En qué sentido es sacramento? Porque es signo transparente y portador de Cristo para toda la humanidad.

*“Por ser Cristo Luz de los pueblos, este Sagrado Concilio, reunido bajo la inspiración del Espíritu Santo, desea iluminar a todos los hombres con su claridad, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15). Ahora bien, puesto que la Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano, insistiendo en el ejemplo de los Concilios anteriores, se propone declarar con más precisión a sus fieles y al mundo entero su naturaleza y su misión universal”*²⁰.

*“Por eso, al edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la Liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones para que debajo de él se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor”*²¹. *“Que manifiesta y, al mismo tiempo, realiza el misterio del amor de Dios al hombre”*²².

Esta idea de “Iglesia sacramento” es la que hace que la *Constitución Lumen gentium*, llame a una evangelización universal, fruto de la descripción que hace de la “naturaleza misionera de la misma Iglesia”:

¹⁹ Cf. LG 48; AG 1.

²⁰ LG 1.

²¹ SC 2.

²² GS 45

- 1) La Iglesia es misionera por su realidad de sacramento: LG I.
- 2) La Iglesia es el Pueblo de Dios, propiedad esponsal de Dios mismo, signo levantado ante todos los pueblos: LG II.
- 3) La Iglesia formada por muchos miembros, cada uno asume su propia vocación y responsabilidad: LG III, IV y VI.
- 4) En la Iglesia todos los miembros están urgidos a la santificación: LG V.
- 5) En la Iglesia todos colaboran en que se visibilice que Ella es “*sacramento universal de salvación*”: LG VII.
- 6) La Iglesia encuentra en la Santísima Virgen María la figura y el tipo de la acción misionera: LG VIII.

Desde este enfoque misionero de la Lumen gentium, es fácil ver en los demás documentos conciliares la dimensión misionera de la Iglesia:

Dei Verbum: “*El Sacrosanto Concilio, al escuchar la Palabra de Dios religiosamente y al proclamarla confiadamente, hace suyas las palabras de San Juan cuando dice: Os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos ha manifestado; lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también la comunión con nosotros; y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1 Jn 1, 2-3). Por tanto, siguiendo estrechamente las huellas de los Concilios Tridentino y Vaticano I, se propone exponer la genuina doctrina sobre la divina revelación y sobre su transmisión, a fin de que todo el mundo, escuchando el mensaje de la salvación crea; creyendo espere, y esperando ame*”²³.

Sacrosanctum Concilium: “*la Liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones para que debajo de él se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor*”²⁴.

Gaudium et spes: “*Los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de la época actual, sobre todo de los pobres y afligidos de toda clase, son también los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay auténticamente humano que no halle eco en su corazón. Su comunidad está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son dirigidos por el Espíritu Santo en su peregrinación al Reino del Padre y han recibido el mensaje de la salvación para anunciarlo a todos. Por eso la Iglesia se siente en verdad íntimamente unida con la humanidad y con su historia*”²⁵.

²³ DV 1.

²⁴ SC 2.

²⁵ GS 1.

Ad gentes: “Enviada por Dios a las gentes para ser sacramento universal de salvación, la Iglesia, por exigencias íntimas de su propia catolicidad, obediente al mandato de su Fundador (cf. Mc 16, 16) se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres. Pues los mismos Apóstoles, en los que está asentada la Iglesia, siguiendo los pasos de Cristo predicaron la palabra de la verdad y engendraron iglesias. Obligación de sus sucesores es hacer que se continúe perennemente esta obra para que la palabra de Dios se difunda y esclarezca y se anuncie y establezca el Reino de Dios en todas las partes de la tierra... La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza, como quiera que ella misma tenga su origen de la Misión del Hijo y de la Misión del Espíritu santo, conforme al propósito de Dios Padre”²⁶.

Este Decreto Conciliar sigue siendo la base para toda reflexión teológica sobre la misión.

Evangelii nuntiandi: Trata de la Evangelización del mundo contemporáneo y no sólo de la evangelización “ad gentes”. “Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su Muerte y Resurrección”²⁷.

Redemptoris missio: “El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas, y particularmente en la nuestra –como recordaba en mi primera encíclica programática–, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo. La misión universal de la Iglesia nace de la fe en Jesucristo, tal como se expresa en la profesión de fe trinitaria: Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos... Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo y, por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre. En el hecho de la Redención está la salvación de todos porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención y con cada uno Cristo se ha unido, para siempre, por medio de este misterio. Sólo en la fe se comprende y se fundamenta la misión”²⁸.

¿Qué se deduce de todos estos documentos del Concilio Vaticano II y del post-concilio? Entre otras cosas hay una idea que es fundamental y que se debe tener en cuenta para realizar cualquier reflexión sobre la teología de la misión, y es esta: toda reflexión sobre la misión tiene que tener como punto de partida y de referencia constante en lo que se dice de la Iglesia y de su relación irromplible y vital con la misión del Hijo y del Espíritu, queridas por aquella “fuente de amor” que es la caridad del Padre (LG 1 y AG 2). La vinculación con la Santísima Trinidad va más allá

²⁶ AG 1a y 2a.

²⁷ EN 14.

²⁸ RMi 4.

del mandato mismo de Jesús (Mc 16, 15; Mt 28, 18-20), en el que se apoyó muchas veces la actividad misionera de la Iglesia. Y es que nuestra eclesiología al igual que la Iglesia Ortodoxa, tiene que acostumbrarse a ver en la Iglesia la imagen de la Trinidad para referir a Ella todos los aspectos de su dinamismo. “*La Iglesia peregrinante es por naturaleza misionera... toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo según el propósito de Dios Padre*”²⁹.

Desde estos documentos, se insta a la teología fundamental a presentar la misión con la exigencia de presentar a Jesucristo como el enviado (“misionero”) definitivo del Padre, punto de llegada de una pedagogía divina y punto de partida para un ulterior camino espiritual de salvación. El anuncio de Jesucristo explícito es irrenunciable en la teología de la misión.

¿Qué respuestas nuevas da la Encíclica *Redemptoris missio*? Entre otras cuestiones, sale al paso de las supuestas sospechas teológicas sobre la misión y su sentido hoy, haciendo una reflexión sobre el mandato de Jesucristo³⁰. Aclara con profundidad la pregunta ¿para qué la misión?³¹ Y da respuestas recordando, aclarando y corrigiendo posiciones³². Focaliza las raíces de la misión y las motivaciones de la misma, así como subraya elementos de la teología sistemática y espiritual que pueden tener un nuevo empuje³³, para el mandato misionero que suena como un compromiso ineludible para todo creyente. La encíclica manifiesta con gran claridad la perenne validez del mandato misionero y el llamamiento a la misión *ad gentes*³⁴. Pero esta urgencia no brota de la diferencia numérica entre creyentes y no creyentes y por tanto no brota de razones externas, sino de razones internas, es decir, que brota con espontaneidad y surge desde dentro de la persona que ha sido alcanzada por la “buena nueva” de la salvación de Cristo³⁵. La propuesta del Evangelio a los hombres, no coarta la libertad del hombre, sino que constituye un motivo de promoción de la persona, pues solamente Cristo es capaz de aclarar el misterio humano y dar respuesta a todas las exigencias y aspiraciones del corazón del hombre³⁶.

²⁹ AG 2a.

³⁰ Cf. RMi 32. 35. 55s. 66.

³¹ Cf. RMi 4. 11.

³² Cf. RMi 2. 32s. 37.

³³ Cf. RMi 1. 2. 3. 30. 38. 62. 65s. 71.

³⁴ Cf. RMi 3. 40.

³⁵ Cf. RMi 11. 3. 4. 7. 26.

³⁶ Cf. RMi 2. 11.

4. Aproximaciones existenciales a la Iglesia que ayudan a la fundamentación teológica de la *missio ad gentes*:

4.1. La Iglesia en su misión, vivida en su identidad: Don del Padre y obra de la Trinidad:

Hay unas imágenes con las que se suele describir a la Iglesia: misterio, pueblo de Dios, Familia de Dios, Esposa y Madre, Cuerpo de Cristo, Sacramento de Cristo, Comunión...³⁷. Todas estas imágenes muestran que la Iglesia no es una sociedad humana como otra cualquiera, es algo muy diferente, es pueblo y familia de Dios, cuerpo misterioso y sacramental de Cristo, comunión humano-divina. La Iglesia es un gran misterio, en lenguaje de San Pablo, tendríamos que decir que es un gran misterio o es el misterio por excelencia.

Todos los documentos del Concilio Vaticano II, nos describen a la Iglesia en sus orígenes. Y lo hacen diciendo que la Iglesia tiene un origen trinitario. La Iglesia es un pueblo convocado a la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo³⁸. Y nos dice que “*el modelo supremo y el principio de este misterio es la unidad de un solo Dios en la trinidad de personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo*”³⁹. De tal manera, que podemos decir que el verdadero misterio de la Iglesia consiste en su originalidad sobrecreatural, indeducible de cualquier premisa humana, en cuanto que su ser se prolonga más allá de los confines de la historia y ahonda sus raíces en aquello que es el misterio fundamental de nuestra fe, el alma del Evangelio, como es el misterio de la Santísima Trinidad que constituye la raíz y el vértice de todos los misterios cristianos.

El Concilio Vaticano II, al hablar de la Iglesia, ha recuperado la perspectiva propia de los orígenes cristianos. Pensemos en *Orígenes* para el cual la Iglesia *sanc-tissimae Trinitatis plena est*⁴⁰. También en *Tertuliano* que la llamaba *Trium corpus*, cuerpo de las tres Divinas Personas⁴¹. Y lo mismo *San Jerónimo* que define la Trinidad “*triple fuente de la Iglesia*”⁴².

Si queremos llegar a la mas profunda originalidad y esencia del misterio de la Iglesia, tenemos necesariamente que referirnos al Padre y a los dos orígenes del Hijo y del Espíritu Santo. “*En la Trinidad, las Tres Personas distintas participan perfectamente de la misma naturaleza, el mismo gozo, la misma gloria, el mismo poder y hacen juntos todo aquello para lo que obran. La naturaleza divina única está toda entera en cada una de las tres divinas Personas. Cada una de las Tres Personas es relativa*

³⁷ Cf. LG 6.

³⁸ Cf. LG 4.

³⁹ UR 2.

⁴⁰ Cf. ORIGENES, *Sermo in Ps. 23*, 1, en PG 12, 1266.

⁴¹ Cf. TERTULIANO, *De Baptismo* 5, en PL 1, 1315.

⁴² “*Tres ecclesiae fontes Trinitatis esse mysterum*”, JERONIMO, en Ps. 41 ad Neophitos, en CCL 78, 542-543.

*a las otras y las tres juntas llaman a la unidad. Las Tres Personas están la una en la otra. 'Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí', dice Jesús (Jn 14, 10)*⁴³.

¡Qué hermosa resulta la imagen de la Iglesia cuando la observamos inspirada en el misterio trinitario! Inspirada en el misterio trinitario y participando en la vida de conocimiento y de amor de la Trinidad, la Iglesia no puede dejar de ser la presencia de Dios que se autocomunica, la presencia económica de Dios Trino, donde “*económica*” hace referencia al plan divino de la obra de salvación que se actualiza en la Iglesia. La Iglesia desde esta inspiración nos lleva a afirmar esto:

- El Padre realiza en Cristo su voluntad salvífica y la revela por medio de una realidad temporal con transparencia.
- La Iglesia es el misterio o sacramento de la comunión trinitaria, es el espacio histórico en el que esta comunión fue donada y se hacen partícipes los hombres, por la misión y la obra de su Hijo.
- Jesucristo es la extensión de las divinas relaciones en la historia, solamente en Él se realiza la presencia absoluta de Dios como verdad y como amor.
- La Iglesia constituye la proyección histórica de Cristo. Es la sede que Dios eligió como instrumento espacio-temporal de la participación de la humanidad en el ágape trinitario.
- Ágape Trinitario que:
 - * en Cristo, en el Hijo, se derrama al exterior, se mundaniza, se historifica y
 - * en el Espíritu se hace fuente creadora de vida.
- La Iglesia es el lugar donde se cumple el designio del amor de Dios, como es el elevar a la familia humana al estado sobrenatural, de hacer toda la humanidad a su imagen y semejanza, llamándola a participar de la vida de la Trinidad.

Personalmente siempre me impresionaron las reflexiones del *P. H. De Lubac*, pero hay unas especialmente importantes con las que deseo concluir esta reflexión sobre la Iglesia Don de Padre y obra de la Trinidad:

“Dios no nos ha creado para que habitásemos en los confines de la naturaleza, ni para que viviésemos una aventura solitaria; nos ha creado para ser introducidos juntos en el seno de su vida trinitaria. Jesucristo se ha ofrecido en sacrificio para que nosotros no formásemos más que una sola cosa dentro de esta unidad de las personas divinas. Ésta debe ser la recapitulación, la regeneración, y la consumación de todo. Y todo lo que no se aleje de esta meta final es un

⁴³ A. BENI, *La Nostra Chiesa*, Florencia, 1976, p. 36.

ejemplo engañoso. Y hay un lugar en el que, desde esta tierra, comienza la reunión de todos en la Trinidad. Es una Familia de Dos, misteriosa extensión de la Trinidad en el tiempo, que no solamente nos prepara para esta vida unitaria, de la que constituye segura garantía, sino que ya nos hace partícipes de ella. La única sociedad plenamente abierta, ella es la única que está a la altura de nuestra íntima aspiración y en la que podemos alcanzar finalmente todas nuestras dimensiones. De unitate Patris et Filii et Spiritus Sancti plebs adunata: así es la Iglesia. Está llena de la Trinidad”⁴⁴.

4.2. La Iglesia en su misión y vista en sus entrañas: comunión en el Amor:

¿Cómo definir el tiempo de la Iglesia? Podríamos hacerlo como el tiempo de la redención en acto. Es el ágape divino, el amor del Padre comunicado a los hombres por su Hijo en el Espíritu. Podríamos decir, que la salvación tal y como ha sido pretendida por el plan del amor de Dios, consiste en la total, perfecta y vital amistad con Él. La esencia permanente de la Iglesia está en esto: eso que ya es, en el Reino iniciado por la glorificación de Cristo y por la comunicación del Espíritu en Pentecostés, y lo que será en el Reino venidero de Dios, en el cual la comunión de los hombres será siempre introducida en la plenitud de la vida divina. El P. Congar describe de una manera especial como Santo Tomás presentó a la Iglesia en sus tratados más profundos como aquella que se asocia a la Trinidad, a la sociedad de las personas divinas. Seguirá diciendo el P. Congar: Dios, y por apropiación el Espíritu Santo, es el agente de esta vida divina; todo viene de Él y de Él venimos nosotros asimilados a Él; ante todo es a Él, y en Él y por medio de Él por lo que nos asimilamos a Dios, viviendo con Él y en Él los contenidos de su vida filial⁴⁵.

Hay una página preciosa de L. Bouyer que pienso puede sintetizar perfectamente lo que intento decir, dice así:

“El amor de Dios es inseparable del mismo Dios. No se puede tenerlo en sí no teniendo a Dios consigo. En consecuencia, no se puede transmitir este amor de otro modo más que transmitiendo a Dios, o mejor, cada vez que este amor pasa de una creatura a otra, es Dios mismo que se comunica. Así, aunque nosotros recibamos el don de Dios por medio de otra creatura más grande que nosotros, lo recibimos siempre directamente y, por tanto, integralmente. En la óptica evangélica los mediadores, sean los que sean, partiendo del mismo Cristo, y por el hecho de que toda mediación es una prolongación de la Suya, nunca son los intermediarios quienes insisten uniendo o separando. Desde el momento en que la única mediación cristiana es la de Cristo y la de quienes Él elige como

⁴⁴ H. DE LIBAC, *Il volto della Chiesa*, Roma, 1963, p. 292.

⁴⁵ Cf. Y. M. CONGAR, *Esquisses du Mystère de l’Eglise*, París, 1941, p. 59-91.

*instrumentos, su transparencia es total. Sea quien sea el que lo transmite, es el Espíritu, en ellos, el que lo transmite, el transmisor es Cristo, y es del Padre mismo de quien es recibido el don, como don de la vida de su amor*⁴⁶.

La humanidad recibe el “ágape de Dios” por la Iglesia. Y se refracta en ella bajo un doble aspecto:

- este don para poder seguir siendo “ágape de Dios”, el amor con el que Dios mismo ama, deberá hacer participar en la misma raíz y manantial de la vida;
- al mismo tiempo este don supremo del manantial vivo, nos ha de convertir en fuentes emanadoras de un amor que sea la prolongación de aquél de la primera fuente.

Así descubrimos como la comunión en línea vertical, exige y anima la comunión en línea horizontal. Es decir, la caridad como servicio y por tanto como expresión viva de la misión de la Iglesia, deriva de la caridad que une a Dios. El amor de Dios, que lo da todo, que se da a sí mismo sin reservas en su Hijo, no puede ser jamás poseído sino sólo reconocido como don de su gracia. Regalar el “ágape de Dios” a los hombres en la Iglesia, es su gran misión. ¿Cómo no hacer experimentar la cercanía de este amor a todos los hombres?

4.3. La Iglesia experimentada en la fuente de su misión: Dios amor, Trinidad Santísima:

Por Jesús sabemos que Dios es Amor. En Dios todo suena a donación mutua. ¡qué bien suena a nuestros oídos eso que tantas veces hemos escuchado, el Padre se expresa a sí mismo en el Hijo y ambos se expresan amando en el Espíritu Santo! Es precisamente en este amor donde tiene origen la creación del hombre y de todo lo que existe al servicio del hombre y donde tiene origen la misión del Hijo. La índole misionera de la Iglesia está basada dinámicamente en la misma misión trinitaria⁴⁷. La misión es toda la Trinidad en acción, que introduce al hombre, creado y restaurado a su imagen, en su misterio trinitario de amor.

Es el Señor quien nos revela este misterio de Dios Amor, conocemos por medio de Jesús que la fuente de la misión es la Trinidad de Dios Amor, es la misión trinitaria de la que Cristo es portador y es esta misión la que comunica a los apóstoles: “*Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle*”⁴⁸; “*porque tanto*

⁴⁶ L. BOUYER, *La chiesa di Dio corpo di Cristo e tempio delle Spirito*, Asís, 1971, p. 302-303.

⁴⁷ Cf. RMi 1.

⁴⁸ Mt 17, 5b.

*amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna*⁴⁹; *“quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor*⁵⁰; *“le dice Jesús: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí*⁵¹; *“el que me ha visto a mí, ha visto al Padre*⁵²; *“y el que me ve a mí, ve a aquél que me ha enviado*⁵³; *“a Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha contado*⁵⁴; *“todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*⁵⁵; *“Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo...el Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios*⁵⁶; *cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio*⁵⁷.

4.4. La Iglesia en su misión, vive de la raíz de la *missio ad gentes*: La Trinidad:

La misma misión que Cristo recibió del Padre y que realizó guiado por el Espíritu Santo, es la que ha recibido la Iglesia de parte de Cristo. De ahí que podamos decir y así venimos repitiendo en las reflexiones realizadas, que la índole misionera de la Iglesia está basada dinámicamente en la misma misión trinitaria⁵⁸. Y el universalismo de esta misión de la Iglesia, es decir, a todos los pueblos, está basada en el hecho de que la humanidad entera está llamada a configurarse según el modelo trinitario de Dios Amor, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Es precioso y de una hondura muy grande el calado que tiene la conversación de Jesús sobre su Iglesia. Él indicó su fundamento visible en *“tú eres Pedro”*, pero al mismo tiempo afirmó su origen fontal en el amor del Padre y el apóstol San Pablo nos habla de este origen fontal: *“En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos*⁵⁹. La realidad eclesial *“dimana del amor fontal o caridad de Dios Padre*⁶⁰. Por

⁴⁹ Jn 3, 16.

⁵⁰ 1 Jn 4, 8.

⁵¹ Jn 14, 6.

⁵² Jn 14, 9b.

⁵³ Jn 12, 45.

⁵⁴ Jn 1, 18.

⁵⁵ Mt 11, 27.

⁵⁶ Lc 1, 32a. 35.

⁵⁷ Jn 15, 26-27.

⁵⁸ Cf. RMi 1.

⁵⁹ Ef 2, 10.

⁶⁰ AG 2.

tanto la naturaleza misionera de la Iglesia se fundamenta en su relación con el misterio trinitario de Dios Amor. De tal manera que al presentar los temas misioneros y al hacer la reflexión teológica sobre la misión de la Iglesia, hay que enmarcarlos “en el designio trinitario de la salvación”⁶¹. “La Iglesia... reflejo luminoso y vivo del misterio de la santísima Trinidad... lleva en sí el misterio del Padre que, sin ser llamado ni enviado por nadie (cf. Rom 11, 33-35), llama a todos para santificar su nombre y cumplir su voluntad; ella custodia dentro de sí el misterio del Hijo, llamado por el Padre y enviado para anunciar a todos el Reino de Dios, y que llama a todos a su seguimiento; y es depositaria del misterio del Espíritu Santo, que consagra para la misión a los que el Padre llama mediante su Hijo Jesucristo”⁶².

¿Por qué y cómo salieron a anunciar los primeros? Jesús había enviado a los apóstoles a todas las gentes para anunciar el mensaje de su encarnación y redención, de tal manera que la humanidad entera queda invitada y urgida a participar del misterio trinitario de Dios Amor, bautizándose en Él. A los Apóstoles les dio el Espíritu Santo para que fueran valientes, tuvieran el valor y el arriesgo de anunciar en su nombre este gran misterio de amor a toda la humanidad. Siguiendo sus huellas en la tarea de este anuncio, descubrimos, que el primer anuncio es siempre trinitario, pues se anuncia a Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, que comunica del parte del padre, la vida nueva del Espíritu. Y este anuncio se hace con el convencimiento absoluto de que es un derecho de la persona que no se puede soslayar: “Toda persona tiene el derecho a escuchar la Buena Nueva de Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación”⁶³.

4.5. La Iglesia en su misión, mira siempre su fin: en la missio ad gentes el fin último es la glorificación de la Trinidad:

Recordando los pasos de Jesucristo, observamos como Él desarrolló la misión encomendada glorificando al Padre. Hay unos texto precisos que así nos lo manifiestan: “te he glorificado sobre la tierra, he cumplido la obra que me encomendaste realizar”⁶⁴. “Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo”⁶⁵. Por la misión eclesial que es prolongación de la de Jesucristo, “dios procura, a la vez, su gloria y nuestra felicidad”⁶⁶. “Esta gloria consiste en que los hombres reciben consciente, libremente y con gratitud la obra divina realizada en Cristo y la manifiestan en toda su vida”⁶⁷.

⁶¹ RMi 32.

⁶² PDV 35.

⁶³ RMi 46.

⁶⁴ Jn 17, 4.

⁶⁵ Jn 17, 3.

⁶⁶ AG 2.

⁶⁷ PO 2.

Cada persona humana es objeto inmediato de la misión de Cristo y de su Iglesia, da tal manera que el objetivo es que reine el amor en el corazón de cada ser humano por la inhabitación de la Trinidad en él. Y es que Dios ha creado al hombre para que se relacione con él y para que éste se realice en relación de comunión fraterna: “*si alguno me ama, mi Padre le amará, vendremos a él y haremos en él nuestra morada*”⁶⁸; el que vive en amor, permanece en Dios y Dios en él”⁶⁹. De tal manera que la Iglesia, cuando continúa la misión de Cristo, va construyendo en cada corazón humano esa realidad de “*familiares de Dios*”, “*hijos en el Hijo*” y “*templos del Espíritu Santo*”⁷⁰.

La Iglesia es misterio de comunión como expresión de la encarnación de la Trinidad. La llamada de la Iglesia a construir la comunión en cada corazón y en la humanidad es tan exigente que ella debe construirse continuamente como reflejo de la comunión trinitaria. La Iglesia es signo de comunión en cuanto ella misma transparenta y comunica la comunión. Es así como tiene explicación que la llamemos “*sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano*”⁷¹. El programa de este camino de comunión ya está trazado por el misterio trinitario que se nos convierte para nosotros en economía de salvación universal. La Iglesia por su misma naturaleza es “*germen de unidad para todo el género humano*”⁷².

La Iglesia de la Trinidad, se hace instrumento de comunión sin fronteras por el hecho de vivir la comunión trinitaria: “*fin último de la misión es hacer partícipes de la comunión que existe entre el Padre y el Hijo: los discípulos deben vivir la unidad entre sí, permaneciendo en el Padre y en el Hijo, para que el mundo conozca y crea*”⁷³. Hay unos textos que son entrañables por la fuerza con la que manifiestan la misión de la Iglesia, de tal manera que manifiestan como la comunión eclesial, vivida íntegramente, es la base de la comunión de toda la humanidad: “*la unión de la familia humana cobra sumo su vigor y se completa con la unidad, fundada en Cristo, de la familia constituida por los hijos de Dios*”⁷⁴. Ciertamente la Iglesia con su ser y misión contribuye a la “*edificación de un mundo más humano*”⁷⁵.

4.6. La Iglesia misterio y comunión para la misión: es icono de la Trinidad

A la Iglesia se le ha confiado la misión de Dios, es decir, la misión que proviene del Padre, por el Hijo, en el Espíritu⁷⁶. La misión de la Iglesia como venimos di-

⁶⁸ Jn 14, 23.

⁶⁹ 1 Jn 4, 16.

⁷⁰ Ef 2, 19; 1, 5; 1 Cor 6, 19.

⁷¹ LG 1.

⁷² LG 9.

⁷³ RMi 23.

⁷⁴ GS 42.

⁷⁵ GS 57.

⁷⁶ Cf. AG 2-5.

ciendo, constituye su misma razón de ser. La naturaleza misionera de la Iglesia se basa en su “sacramentalidad” (Iglesia misterio), en su catolicidad (Iglesia comunión) y en su apostolicidad (Iglesia misión). Precisamente es esta trilogía misterio-comunión-misión como mejor se resume la eclesiología conciliar y postconciliar según el Sínodo de Obispos del año 1985.

Hay algo especialmente importante en lo que se debe caer en la cuenta, como es que el mandato misionero de Cristo se concreta en el deber de la Iglesia de propagar la fe y la salvación de Cristo⁷⁷, que es la salvación que ofrece la Trinidad y que toma rostro en este mundo en Cristo y se prolonga en la Iglesia; pero al mismo tiempo es una urgencia que proviene de la vida misma que a todos los miembros infunde Cristo⁷⁸. Todos los títulos aplicados a la Iglesia: cuerpo, pueblo, reino, sacramento o misterio, esposa, madre... nos están indicando la naturaleza misionera de la Iglesia⁷⁹.

La Iglesia es misterio o sacramento como portadora del misterio de Cristo. Es por lo que el apóstol San Pablo con un profundo sentido eclesial sigue anunciando este misterio y por eso dice, “*y esclarecer como se ha dispensado el Misterio escondido desde siglos en Dios, Creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada a los Principados y a las Potestades en los cielos, mediante la Iglesia*”⁸⁰. De este misterio tiene que ser claro reflejo la Iglesia.

La Iglesia es comunión de hermanos con diversidad de carismas y en la vivencia de la unidad ella refleja la comunión trinitaria, en definitiva, no hace más que “*aparecer como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*”⁸¹. La fuerza del misterio-comunión-misión en la Iglesia es tan profunda y refleja tan bellamente el misterio trinitario que hace posible esta afirmación: “*todos los hombres son llamados a esta unidad católica del Pueblo de Dios, que prefigura y promueve la paz, y a ella pertenecen de varios modos y se ordenan tanto los fieles católicos como los otros cristianos, e incluso todos los hombres en general llamados a la salvación por la gracia de Dios*”⁸².

La vida que Cristo vino a traer a este mundo, vida misma de la Trinidad y por tanto del Padre, en el Hijo y por el Espíritu santo, tiene que seguir siendo comunicada a todos los hombres y pueblos: “*por medio de los apóstoles, la Iglesia recibió una misión universal, que no conoce confines y concierne a la salvación en toda su integridad, de conformidad con la plenitud de vida que Cristo vino a traer (cf. Jn 10,*

⁷⁷ AG 5.

⁷⁸ Cf. RMi 11; EN 5.

⁷⁹ Cf. LG 6-7 y 9.

⁸⁰ Ef 3, 9-10.

⁸¹ LG 4.

⁸² LG 13.

10); *ha sido enviado para manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y pueblos*⁸³.

Entender la Iglesia como icono de la Trinidad, nos hace superar todo reduccionismo eclesiológico: el que hace de la Iglesia una presencia entre las presencias de la historia, cerrándose a la consideración histórica visible, como ese otro reduccionismo espiritualista que exalta la dimensión invisible de la realidad eclesial hasta el punto de sacrificar su concreción humana.

Entender la Iglesia como misterio, en el sentido bíblico-paulino, es decir, como proyecto divino de salvación que se va realizando en el tiempo de los hombres, de la Gloria escondida y operante de los signos de la historia. La Iglesia es presencia de la Trinidad en el tiempo y del tiempo en la Trinidad, de tal manera que no se puede comprender sólo desde el pensamiento humano. La Iglesia que es misterio-comunión-misión, viene de la Trinidad y está estructurada a imagen de la Trinidad y camina hacia el cumplimiento trinitario de la historia. Solamente entendiendo la Iglesia así, se pueden responder a estas tres preguntas, ¿de dónde viene la Iglesia? ¿qué es la Iglesia? ¿a dónde va la Iglesia? En la realidad Trinitaria de la que la Iglesia es icono, encuentra todo el proyecto para la *missio ad gentes*.

5. Fundamento trinitario, cristológico, soteriológico y pneumatológico de la misión: la Iglesia en su *missio ad gentes*, construye el mundo

5.1. Rasgos que aproximan al fundamento trinitario

Hay que decir sin lugar a dudas que como base de la naturaleza misionera de la Iglesia, como raíz de su misma existencia, está Dios que se ha revelado a los hombres como Padre, Hijo y Espíritu Santo, es decir, como Santísima Trinidad⁸⁴. Y precisando adecuadamente, se entiende que el fundamento trinitario de la *missio ad gentes*, se refiere no sólo a las misiones divinas ad extra, sino también y sobre todo a la Trinidad misma como comunión de las Personas divinas. Por tanto es la Santísima Trinidad quien constituye el fundamento primero y último de la naturaleza misionera de la Iglesia⁸⁵.

El *P. Congar*, expresa con profunda simpatía como al motivar la Iglesia su propia misión, ha ido más allá del mandato positivo de Jesucristo hasta llegar a la vida íntima de la Santísima Trinidad que ahí donde la misión de Cristo y del Espíritu Santo tiene su propia fuente y origen⁸⁶. Se ha afirmado que con el Vaticano II y

⁸³ RMI 31.

⁸⁴ Cf. AG 2.

⁸⁵ Cf. Ef 1, 3-14; 2, 18; LG 4; 48; AG 2.

⁸⁶ Cf. Y. CONGAR, *Principes doctrinaux*, en J. SCHÜTTE, *L'activité missionnaire de l'Eglise. Décret Ad gentes*, Les Editions du Cerf, Paris 1967. P. 185-186.

mucho más recientemente con la encíclica *Redemptoris missio*, la misión de la Iglesia se ha reducido a lo central que es el misterio de la Santísima Trinidad⁸⁷.

5.2. Rasgos que aproximan al fundamento cristológico y soteriológico

Por otra parte, la misión cristiana se encuentra esencialmente unida a la comprensión que la Iglesia tiene de Jesucristo y del valor salvífico de su muerte-resurrección. La misión cristiana se basa en la fe en Jesucristo. Abandonar o renunciar a la misión equivaldría a renunciar a nuestra fe en Cristo: *“La misión universal de la Iglesia nace de la fe en Jesucristo, tal como se expresa en la profesión de fe trinitaria: Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos... Por nosotros, los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo y, por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre”*⁸⁸. El misterio de Dios se ha revelado en Jesucristo como Trinitario, pero sin disminuir absolutamente nada la unicidad de Dios. El misterio de Dios trinitario está en el centro de la realidad de la redención cristiana. La redención va mucho más allá que salvarnos de nuestros pecados y de la separación permanente de Dios; es participar de la vida Trinitaria de Dios, en el conocimiento, en el amor, en la comunión. No puede existir misión evangelizadora cristiana sin proclamar a Jesucristo, crucificado y resucitado, sentado a la derecha del Padre. Quien hace que la misión sea única en la Iglesia es Jesucristo. *“Jesucristo es el camino-maestro para la Iglesia. Es nuestro camino hacia la casa del Padre y es el camino para todo hombre”*⁸⁹.

5.3. Rasgos que aproximan al fundamento pneumatológico

La misión de Jesucristo está siempre e indivisiblemente ligada al Espíritu Santo. El cristiano es bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y el credo recoge así la confesión de fe: *“Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo... y que habló por los profetas”*⁹⁰.

El Espíritu Santo, al igual que antes precediera y acompañara el ministerio de Jesús, ahora sigue a Cristo Resucitado. Y la existencia y la misión de la Iglesia dependen de la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés. El Espíritu es el verdadero protagonista de la misión de los apóstoles y de la Iglesia. El Espíritu sopla sólo para llevar comunión y para establecer el reino de Dios en los corazones de los pueblos por medio de Jesucristo: *“Este Espíritu es el mismo que se ha hecho presente en la Encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Jesús y que actúa en la Iglesia.*

⁸⁷ Cf. N. SILANES, *Misión, Misiones*, en X. Pikaza - N. Silanes, *El Dios cristiano. Diccionario teológico*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1992, p. 879.

⁸⁸ RMI 4.

⁸⁹ RH 38.

⁹⁰ Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 232, 197.

*No es, por consiguiente, algo alternativo a Cristo, ni viene a llenar una especie de vacío, como a veces se da como hipótesis que existe entre Cristo y el Logos*⁹¹.

5.4. Rasgos que aproximan al fundamento eclesiológico

¿Qué es la Iglesia y por qué? ¿Qué es la misión? ¿Qué es la Iglesia? Jesús manda a la Iglesia continuar su misión. Cristo ha inaugurado el reino de Dios sobre la tierra, quien acepta a Jesús se reúne en su nombre *“para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo”*⁹². La vida, las obras y las palabras de Jesús nos muestran que es el reino. Hay *“dos gestos que caracterizan la misión de Jesús: el curar y el perdonar”*⁹³. *“El reino de Dios... es ante todo una persona que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen de Dios invisible”*⁹⁴. La Iglesia ha recibido del Señor el mandato de proclamar el reino que Él había instaurado y de hacer discípulos en su nombre. De ahí que podamos decir que la evangelización es la vocación y la identidad de la Iglesia⁹⁵. La Iglesia tiene que hacer accesible la salvación ofrecida por Jesucristo a todos los hombres.

5.5. Rasgos que aproximan a ver como la Iglesia construye el mundo

¿Aporta algo la Iglesia en la construcción del mundo? Habría que partir desde el mismo ser de la Iglesia, de la proclamación de que la existencia misma de la Iglesia es construcción real del mundo. La existencia de la Iglesia como icono de la Trinidad, es una llamada para el mundo, una exigencia y una urgencia. La Iglesia no actúa desde fuera del mundo. Es en la historia donde la Iglesia y el mundo se encuentran y es en esa historia donde la Iglesia hace presente al mundo una dinámica y una orientación.

Esta historia concreta en la que vivimos necesita de la misión de la Iglesia. Hay síntomas dolorosos constatados por analistas y pensadores de hoy, que vienen a definir este momento como de *“existencia de un malestar de civilización”*, que aparece bajo fenómenos muy concretos, descuido, indiferencia, abandono. Y esto en situaciones muy concretas, señalo algunos descuidos e indiferencias:

1. Hay descuido e indiferencia por la vida inocente de los niños utilizados como combustible en la producción para el mercado mundial.

⁹¹ RMi 29.

⁹² EN 13.

⁹³ RMi 14.

⁹⁴ RMi 18.

⁹⁵ Cf. EN 14.

2. Descuido e indiferencia manifiesta por el destino de los pobres y marginados de la humanidad, castigados por el hambre, la enfermedad.
3. Descuido e indiferencia por la suerte de los que buscan el primer trabajo y de aquellos que por edad ya no trabajan.
4. Descuido e indiferencia por los sueños de generosidad que siempre anidan en el corazón del hombre, pero que son apagados por la implantación de lo individual.
5. Descuido e indiferencia ante una civilización que hace ciudades espectáculo, del simulacro y del entretenimiento, pero que no ayudan a promover aspectos que arraiguen a la persona.
6. Descuido e indiferencia por buscar modos y medios de promover la dimensión espiritual que tiene todo ser humano, que ayudan al hombre a vivir en el equilibrio y armonía existencial.
7. Descuido e indiferencia por el nivel moral de la vida pública que tiene marcas explícitas e implícitas de corrupción e insolidaridad.
8. Descuido e indiferencia y falta de reverencia por la vida, por darla, cuidarla, mantenerla.

Ante estas situaciones en las que el ser humano entró en un proceso acelerado de secularización de todo, también de su vida propia, es decir, le entró una especie de complejo de Dios. El ser humano se está comportando como si fuera Dios, cree que lo puede todo. Pero ciertamente ya está comenzando a barruntar que el complejo de Dios le abruma. La Iglesia icono de la Trinidad, hoy como en todos los tiempos, propone al Dios vivo y verdadero, al Dios que se nos ha revelado en Jesucristo, al Dios Amor, a la Santísima Trinidad. En esta propuesta quiere decir a todos los hombres:

1. Que la Iglesia icono de la Trinidad es expresión sobreabundante del amor que Dios tiene por el mundo. Este amor es la única fuente de sentido y de valor. Nadie está excluido o condenado. Por eso ninguna región del mundo, ningún sector cultural puede verse libre de este mensaje de futuro y de esperanza.
2. Que la Iglesia icono de la Trinidad sabe del valor del futuro del mundo, pues este tiene contornos claros y precisos. La creación nueva y el hombre nuevo son la urgencia constante de la Iglesia. Ella ofrece y aporta comprensión y misericordia como Jesús, pero en esa misericordia incluye la conversión que facilita la entrada de ese reinado de Dios.

3. Que la Iglesia icono de la Trinidad, ante las heridas y rupturas entre los pueblos, con su mera presencia construye la unidad del género humano, pues es signo y germen de lo que debiera ser.
4. Que la Iglesia icono de la Trinidad es comunión, por eso se presenta como un espacio de comunión entre los hombres divididos, que no solamente tiene su realización a nivel mundial sino también en niveles mas concretos. La comunión es un acto siempre a realizar.
5. Que la Iglesia icono de la Trinidad tiene que devolver siempre a la memoria a quienes quedan olvidados y en el vacío: los pobres y marginados, los que nos son tenidos en cuenta en ninguno de los planes que se hacen en este mundo, los que son excluidos de todo. Ella no excluye a nadie, levanta la memoria de todos pues todos son imagen de la Trinidad.
6. Que la Iglesia icono de la Trinidad tiene que realizar la catolicidad encarnándose en los distintos contextos sociales y culturales. Todos son lugares donde debe tomar rostro el Dios que se nos reveló en Jesucristo.
7. Que la Iglesia icono de la Trinidad debe revelar el rostro verdadero de Dios y del hombre. Defendiendo el rostro verdadero de Dios, defiende el rostro del hombre.
8. Que la Iglesia icono de la Trinidad con su misión concreta la salvación y la liberación humana. No hace más que seguir los pasos de Jesús: da de comer, cura a los enfermos, perdona a los pecadores, se acerca a los despreciados. Sin la presencia de la Iglesia que da rostro a la salvación y a la liberación humana, el mundo sería más pobre y atrasado. De ahí que se haga presente entre todos los hombres.

6. Consecuencias para la renovación de la Iglesia local cuando se vive desde el fundamento la *missio ad gentes*

6.1. *Vivir el compromiso de hacer misionera la Iglesia particular*

La naturaleza misionera de la Iglesia particular o diócesis se desprende del hecho de ser una concretización de la Iglesia universal. Desde el mismo momento en que se inicia la acción evangelizadora en una comunidad comienza un proceso de crecimiento y maduración de la misma comunidad, hasta hacerse evangelizadora para que pueda contribuir al bien de toda la Iglesia⁹⁶. Para que una comunidad sea verdadera Iglesia es necesario que se refleje en ella la imagen de la Iglesia universal⁹⁷. “*La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía al Obispo para ser*

⁹⁶ Cf. AG 6; 20; LG 17.

⁹⁷ Cf. EN 62.

apacentada con la cooperación de su presbiterio, de suerte que, adherida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y de la Eucaristía, constituya una Iglesia particular en que se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica”⁹⁸.

¿Cómo potenciar la Iglesia particular para ser misionera? Hay tres compromisos necesarios que se convierten también en medida inequívoca de capacidad misionera de la Iglesia. Estos tres compromisos están orientados a vivir:

1. la comunión fraterna;
2. la espiritualidad del seguimiento generoso de Cristo;
3. la disponibilidad para la evangelización de los más pobres.

6.2. Vivir el compromiso de la animación misionera de la Iglesia

Esto necesita de agentes de pastoral misionera que sepan presentar la situación, a través de informaciones, estadísticas, experiencias, testimonios, publicaciones; pero al mismo tiempo y ello es esencial entregar los fundamentos teológicos de la misión para crear mentalidad evangelizadora y misionera. De tal manera que las personas, instituciones y grupos cristianos sean fieles a la responsabilidad evangelizadora. Ello requiere de toda cooperación espiritual con la oración y el sacrificio, la cooperación pastoral directa según la propia vocación de cada uno, la cooperación económica como expresión del compromiso con la acción misionera *ad gentes* de la Iglesia.

6.3. Vivir el compromiso de los servicios de animación misionera

Hay que poner los principales elementos para una coordinación de la pastoral de comunión que son fundantes de la animación misionera. Ningún servicio o institución se puede arrogarse exclusividad. Quien debe armonizar todos los servicios es el obispo como principio de unidad⁹⁹.

6.4. Vivir el compromiso misionero como Santa María

Una visión de la Iglesia donde no apareciese la Madre del salvador, resultaría a todas luces incompleta; pero de la misma manera, una visión de María al margen de la Iglesia, dejaría en la sombra una parte muy importante de la misión que Dios le confió y a través de la cual descubrimos también la misión de la Iglesia. Por eso se incluye la misión de María en el capítulo VIII y último de la *Lumen gentium*.

⁹⁸ CD 11; cf. c. 369.

⁹⁹ LG 23; cf. CD 11; c. 369.

Cuando llegó el tiempo para que el proyecto divino alcanzara su culminación por obra del Hijo de Dios, que había de hacerse hombre naciendo de una mujer, entra de lleno el protagonismo de María¹⁰⁰. María ocupa en el plan divino un lugar privilegiado, en íntima relación con Dios y con los hombres. Su relación con la Trinidad tiene una referencia singular como es la Encarnación del Hijo en su seno, por lo cual ella es verdadera Madre de Dios. La Iglesia ha reconocido desde sus orígenes a la Virgen María como un miembro singularísimo suyo, como imagen representativa de la misma y modelo extraordinario a imitar y como Madre.

Tenemos que afirmar que existe una unión indisoluble entre Cristo y María en la realización del designio divino de salvar a la humanidad. Ello explica el que se haya incluido en la Constitución sobre la Iglesia el tema mariano. De la misma relación natural entre Madre e Hijo deriva la asociación de María a la obra del Hijo.

María es la realización perfecta de lo que Iglesia es por su naturaleza:

“La bienaventurada Virgen, por el don y oficio de la maternidad divina que la une con el Hijo redentor y por sus singulares gracias y funciones, se haya también unida íntimamente con la Iglesia. La Madre de Dios es imagen de la Iglesia, como ya enseñaba San Ambrosio: lo es en el orden de la fe, de la caridad, y de la perfecta unión con Cristo. Porque en el misterio de la Iglesia, que con razón también es llamada madre y virgen, la bienaventurada Virgen María abrió camino, ofreciendo un ejemplo eminente y singular de virgen y madre. Pues por su fe y obediencia engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y esto sin concurso de varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como nueva Eva, que prestaba su fe sin mezcla de duda, no a la antigua serpiente, sino al mensajero de Dios. Así dio a luz a su Hijo, a quien Dios constituyó primogénito de una multitud de hermanos (cf. Rom 8, 29), a saber: los fieles, a cuya generación y educación ella coopera con amor materno”¹⁰¹.

A MODO DE EPÍLOGO:

Escojo un texto de San Juan de Ávila, santo excepcional y evangelizador singular en las tierras de Andalucía en el s. XVI que nos ayuda a asumir todo un estilo y compromiso para realizar la *missio ad gentes*. Decía así:

“El que no tomare la mortificación de la cruz, aunque tenga buenos deseos concebidos en su corazón, bien podrán llegar los hijos al parto, más no habrá fuerzas para parirlos”. “Oh dichosos pastores que participaron algo de esta hambre y sed de salvación de almas que tuvo el Señor, porque... si no hay este celo y cuidado, no se podrá hacer aquello que para esto conviene”¹⁰².

¹⁰⁰ Cf. LG 52; 53.

¹⁰¹ LG 63; cf. LG 64.

¹⁰² JUAN DE ÁVILA, *Escritos sacerdotales* (ed. B. Jiménez Duque), Madrid, 1968, p. 227.

LOS DESAFÍOS QUE LA MISIÓN PRESENTA HOY A LA IGLESIA

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. **Estanislao Esteban KARLIC**
Arzobispo Emérito de Paraná. Argentina

Agradezco con todo el corazón la invitación a tratar este tema en el Congreso Nacional de Misiones en España, Madre de la fe en América y en muchas otras partes del mundo.

Me llena de temor venir desde tan lejos a esta tierra de santos y santas, que enamorados del Señor Jesús, extendieron la misión de Santiago a nuestras tierras.

Al mismo tiempo me llena de alegría y bendigo al Señor, por poder dar mi testimonio de misionero, porque por gracia de Dios soy cristiano y soy pastor.

INTRODUCCIÓN

Los desafíos que la Iglesia debe enfrentar hoy en la misión nos ayudan a conocer los caminos de la Providencia Divina, por los que debe transitar la misión.

La misión no es en primer lugar una obra nacida del ingenio y el esfuerzo humano, sino la obediencia a la voluntad misericordiosa de Dios Padre que llama a sus hijos a continuar la salvación de Jesucristo, en medio de la historia, para lo cual envía su Espíritu, principal protagonista de la misión.

La misión, por lo tanto, debe atender a los signos de los tiempos en los desafíos de la historia para que su obra sea según los designios de Dios.

Para conocer el plan de Dios en los desafíos es preciso estar cerca de Dios, tener los mismos sentimientos de su Hijo Salvador, tener una real semejanza espiritual con El.

En efecto, existe un principio general de la teoría del conocimiento que dice: “Lo semejante se conoce por lo semejante”. Para hablar con toda verdad de la misión, acción que procede de Dios santo que envía a santificar al mundo, es necesario participar en alguna medida de la santidad de Dios, compartiendo la santidad de la Iglesia.

Por la sensibilidad que le otorgan sus virtudes, el misionero podrá conocer mejor la naturaleza, la profundidad y la extensión de los retos a la misión, y se hará capaz de encontrar caminos de solución a los problemas. Una Iglesia en honda comunión con Cristo, que tiene sus mismos sentimientos (*cf. Fil 2,28*), no será ciega ni sorda a los llamados que Dios le hace a través de los desafíos que se dan en la situación mundial actual.

Al oír el llamado de Dios, que siempre trae la fuerza del amor redentor, la Iglesia debe lanzarse a la misión. En la historia de la Iglesia “el impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad, así como su disminución es signo de una crisis de fe” (*Redemptoris Missio*, 2).

Los desafíos de la misión existen siempre y toman muy diversas formas. Empiezan con la concepción de la persona y acaban sólo con su muerte; y en los pueblos están en sus comienzos y continúan en su historia.

La Iglesia tiene que conocer cuáles son los retos de cada época, porque Cristo nos envía a todos los pueblos de todos los tiempos. El amor de la Iglesia impulsó a sus hijos a auscultar los signos de los tiempos muy fuertemente en el Vaticano II. Hoy queremos situarnos en la corriente de gracia que a partir de entonces fluye por el interior de la Iglesia.

La Iglesia sabe que los desafíos constituyen un problema para la acción evangelizadora, pero que mucho más ofrecen una oportunidad para ella. En este doble sentido haremos nuestras reflexiones.

Son posibles y legítimas diversas formas de proponer los desafíos. He elegido tres de ellos alrededor de los cuales se ordenan otros. Estos tres son:

- *La globalización*
- *El pluralismo religioso y*
- *El secularismo*

Y he puesto en cuarto lugar lo que considero el desafío fundamental:

- el anuncio del Evangelio y la conversión del no creyente o no cristiano.

Soy consciente de que quedan muchos vacíos y que las consideraciones requieren más profundidad. Les ruego que sepan disimular las limitaciones del trabajo.

Con el deseo de ser consecuente con lo que dijimos, empiezo por pedir a Dios para estas consideraciones un corazón cargado de espíritu sobrenatural. “Sólo en la fe”, que es comienzo de la santidad, “se comprende y se fundamenta la misión” (*RMi 4*).

I. LA GLOBALIZACIÓN

El fenómeno de la globalización

El hecho de la globalización constituye sin duda un gran desafío a la misión, que, en términos evangélicos, podemos llamar signo de los tiempos que encierra una manifestación de la voluntad de Dios, que debemos investigar.

Este fenómeno, que algunos también llaman mundialización, afecta de diverso modo a todos los hombres y lugares de la tierra. Va configurando por primera vez en la historia, una humanidad realmente unificada en los hechos cotidianos por vínculos que se multiplican y fortalecen permanentemente. Con los viajes espaciales el hombre pudo objetivar la tierra entera y verla como una hermosa esfera que acoge a toda la humanidad. La humanidad pudo objetivarse a sí misma como tal. El proceso de unificación es desigual pero crece y va ganando la conciencia de los pueblos para vivir en una interdependencia real que necesita ser regulada por la justicia y la solidaridad.

Gracias a la tecnología de la información los hombres pueden reunirse en torno al acontecimiento de un preciso lugar de la tierra, acercándose desde muchas otras partes, como si la distancia no existiera, y pueden compartir la emoción de esos hechos como simultáneos. No cuenta el tiempo de la transmisión de la información. El espíritu del hombre ha sido capaz de inventar mediaciones que dominan tiempo y espacio como si los condensaran. La incorporación de los observadores a los hechos es tan profunda que quienes están a distancia pueden intervenir en el desarrollo de los acontecimientos que observan desde lejos. La globalización se constituye así, cada vez más, en un suceso de contacto espacial y de simultaneidad temporal, tanto en la dimensión del conocimiento de lo que acontece cuanto en la de la influencia en ello. En este sentido es un tiempo del espíritu del hombre y debe ser incorporado a la glorificación de Dios y al beneficio de todos.

Es un hecho que posibilita el encuentro de hombres y pueblos pero que necesita de un alma solidaria, que libere de la esclavitud de los egoísmos que paralizan, clausuran y marginan, y que construya la fraternidad universal de los hijos de Dios.

La vida económica con el aporte decisivo de las grandes empresas transnacionales, hace del mundo entero un gran taller y un gran mercado, al que concurren todos.

El hecho gravísimo es que se acepta comúnmente como ley suprema de las transacciones comerciales el lucro y el interés particular de individuos, grupos o naciones. No se acepta que la propiedad privada tenga límites porque no es absoluta, y se desconoce que todos los bienes creados tienen como último destino el bien común de todos los hombres de todos los tiempos, y que este fin debe regular la propiedad privada. Esto vale de modo particular en la globalización, en la cual la concentración de riquezas en pocas manos se ha acentuado.

Desde la dimensión social y política, la globalización facilita, profundiza y universaliza el encuentro de los individuos y de los grupos humanos, entrañando posibilidades de buenos y honestos frutos pero también de riesgos muy grandes, en la falta de respeto a las culturas y nacionalidades particulares.

La globalización en política posibilita, facilita, la comprensión del bien común de toda la humanidad, como el cúmulo de bienes al que tiene derecho la comunidad internacional y al que hay que administrar con justicia y solidaridad.

Hoy se tiene clara conciencia de que los estados son interdependientes y corresponsables en la conservación y en la gestión de ese bien común universal.

En el orden de la ecología se ha acentuado la convicción de la necesidad de su defensa y se empeñan en ello con mucho vigor muchos individuos y organizaciones intermedias.

En el ámbito de la economía y de la política pasa lo mismo.

Pero muy especialmente hay que proclamar la responsabilidad de todos en la construcción de la paz, que se logra cuando la sociedad se experimenta satisfecha por el goce de sus bienes esenciales. La paz es, dice San Agustín, la tranquilidad del orden, la armonía de las personas, las familias, las organizaciones y los estados.

La búsqueda del bien común universal se ha instalado en la conciencia de las naciones del mundo, con la clara exigencia de que se deben beneficiar todos y que se deben combatir las hegemonías injustas de grupos o estados particulares.

Esto reclama la institución de una autoridad universal, con una proporcionada pero real capacidad para ordenar la vida común de los estados.

Juan XXIII en *Pacem in terris* lanzó la idea de esa autoridad necesaria para la paz del mundo, como hemos podido comprobar en los últimos meses en el caso tremendo de la guerra de Irak, en que las naciones no pudieron acudir a un punto de referencia que les diera garantías de entendimiento.

Aunque el proyecto de una autoridad mundial presente grandes dificultades para realizarse, se debe rechazar que ello sea utópico o inconveniente. Es preciso imaginar nuevas estructuras y elaborar nuevas normas que respondan con eficacia a las necesidades de la humanidad, que se experimenta cada vez más como unidad de personas y de naciones, con una gran historia y con un futuro cargado de promesas.

La formación de un espíritu solidario universal, dijimos, es anterior a la existencia de estructuras que lo sostengan. Estas lo deben expresar, defender y cultivar, pero la actitud de solidaridad entre países en libertad, igualdad y fraternidad –para usar una trilogía clásica– se debe crear en la mente y en el corazón de los pueblos por medio de la cultura.

Antes decíamos, y es correcto, que la paz es obra de la justicia. Hoy, con el Papa, sostenemos que la paz es obra de la solidaridad. Así subrayamos.

2. La justicia largamente esperada

Nuestro mundo conoce, un nefasto resultado de la acción del hombre dominado por su orgullo y su egoísmo: las innumerables formas de injusticia, que hacen que hoy haya mil quinientos millones de seres humanos viviendo por debajo de los niveles mínimos de subsistencia. El hambre mata dieciocho millones de personas por año. Por

efecto de la pobreza mueren treinta y cuatro mil niños por día. Y ello podría ser combatido con eficacia con sólo tener la voluntad política de hacerlo. Pero los estados de los países ricos –que han amasado sus riquezas con esfuerzos propios, pero también por medios que no dejan utilizar a otros en su propio beneficio– no tienen en el ordenamiento actual, “obligación legal” ni consideran tener “obligación moral” de reparar este desastre, fruto de la acción humana. Porque la pobreza que existe hoy en nuestro planeta, no puede adjudicarse ni a la falta de voluntad de trabajo de los pueblos, ni mucho menos a un designio de Dios sobre ellos para que vivan inhumanamente. Esta situación es resultado de políticas que se concretan en beneficio de unos, con perjuicio y exclusión de otros. Nunca como hoy el hombre ha tenido en sus manos el poder de revertir esta situación, y sin embargo, no lo hace. ¿Por qué? Porque combatir la injusticia no se considera una prioridad política ni moral.

Hay otras causas de la pobreza, causas morales, que están en cada nación, en grupos particulares como también en las familias. Sin embargo he querido señalar lo que en este mundo globalizado tiene especial significación y particular posibilidad de ser enfrentado.

¿Quién tiene algo que decir y hacer en este campo inmenso de dolor? Todos los hombres y pueblos tienen su parte. La Iglesia tiene en el Evangelio las verdades fundamentales para iluminar los caminos de la justicia y tiene en los sacramentos la fuerza de la gracia para transitarlos.

La misión *ad gentes* tiene la posibilidad de enseñar la dignidad de la persona humana, una verdad que se ha desarrollado en la conciencia del mundo en primer lugar gracias a la fe cristiana, alrededor de la meditación sobre el misterio de la Santísima Trinidad y del Verbo encarnado, y que hoy no es conocida ni compartida en muchas culturas y países, donde Jesucristo no ha sido acogido.

El pobre, en quien el Rostro de Cristo se refleja de manera privilegiada, es un reclamo muchas veces mudo pero siempre elocuente para despertar nuestro impulso misionero hacia donde lo encontremos, para llevarle ante todo a Jesucristo, Pan de vida eterna, y también la recuperación de su dignidad herida, a través de la promoción humana que el Espíritu Santo inspira al misionero auténtico. La liberación de la injusticia es parte integrante de la misión.

3. La guerra, el terrorismo y la paz

El drama de las guerras, que se multiplican, se tecnifican y nunca acaban, hierne permanentemente a la humanidad con el dolor y la muerte, con el odio y la división, la destrucción y el desconcierto. El siglo XX ha generado dos guerras mundiales, las peores guerras de la historia. El uso de la ciencia y de la técnica ha hecho a la guerra más capaz de muerte y de cinismo.

La guerra hoy tiene el añadido trágico del horror del terrorismo, que creó el espectáculo dantesco de la destrucción de las Torres Gemelas el 11 de septiembre

de 2001 y continúa generando atentados por todo el mundo, sembrando pánico en naciones enteras.

El terrorismo y la guerra son parte de la información cotidiana que produce tristemente en muchos de nosotros acostumbamiento e insensibilidad ante la tragedia de víctimas innumerables, inocentes, de toda edad y condición.

La misión enseña la paz sino que es el destino de los hombres. Cristo, nuestra paz, ha resucitado, y siembra ya la paz en la verdadera tierra prometida que es la persona que se abre a su llamado y desde el corazón de los hombres, la difunde en la sociedad y sus estructuras.

El misionero es bendito porque anuncia la paz a las personas, a las familias y a los pueblos. Aun cuando bendice a los soldados, pide para ellos la paz y pide de ellos la defensa de la paz.

4. Globalización de la solidaridad. Catolicidad de la Iglesia

La globalización de la informática, de la economía y de la organización social y política, requiere una globalización de la solidaridad, que haga crecer la conciencia del bien común internacional y reduzca los “efectos negativos de la globalización, como son el dominio de los más fuertes sobre los más débiles, .. y la pérdida de valores de las culturas locales en favor de una mal entendida homogeneización” (*Ecclesia in America*, 55).

La auténtica solidaridad busca al hombre y al pueblo necesitado donde esté. Es su fin. La opción preferencial por los pobres, nacida del amor evangélico, debe ser un signo del misionero, discípulo de Jesús, El nos dice: “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (*Jn 13,35*) y también: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt 25,40*).

El hecho de la globalización informática, económica y política nos desafía a realizar la globalización de la solidaridad, para que el hombre deje de ser lobo del hombre –*homo homini lupus*– y sea en verdad su hermano: “Todo hombre es mi hermano” (Pablo VI).

La globalización debe representar para nosotros un *kairós* –un tiempo oportuno– para la extensión de la fe explícita en Jesucristo. No quiero usar la expresión “globalización de la fe”, sino catolicidad de la fe y de la Iglesia, que es su nombre propio. Tenemos derecho a pensar que el Señor, en el misterio de su designio, tenía preparado este momento para impulsarnos más fuertemente a la universalidad de la misión y de un modo totalmente singular, como es singular el hecho de la globalización, a la misión *ad gentes*.

Como el Imperio Romano preparó los caminos de la Iglesia en los primeros siglos para la difusión del cristianismo, el hecho de la globalización es una oportunidad extraordinaria para la Iglesia de hoy. Es otro *kairós*.

Está en la grandeza del amor redentor de las generaciones contemporáneas de la Iglesia, de modo especial de los jóvenes, el responder conforme a lo que Jesús inspira con su Espíritu. Las generaciones que hoy viven la globalización, deben sentirse llamadas por Dios y por los cuatro mil millones de no cristianos que han entrado a su conciencia.

Dios Padre, Señor de misericordia, que nos ama antes que nosotros lo amemos, nos da las gracias necesarias para este misión *ad gentes*.

España está oyendo el llamado por ustedes, y quiere disponerse a este servicio de la fe.

Hace medio milenio, cuando la humanidad abrazaba a la tierra con sus viajes en los primeros hechos de globalización, la España católica difundió la fe por toda la tierra, en el Nuevo Mundo, América.

Hoy debe servir en la misma misión para éste nuestro mundo realmente globalizado.

La globalización nos reclama a todos buscar la extensión de la catolicidad de la Iglesia.

II. PLURALISMO RELIGIOSO

1. El hecho

El pluralismo religioso, de cuya existencia da cuenta ya el Antiguo y el Nuevo Testamento, se presenta en nuestro tiempo con características propias de difusión global y de conflicto que lo constituyen en uno de los grandes desafíos contemporáneos para la vida de la Iglesia, y más en general, para la vida política del mundo.

No se trata sólo de enfrentar el problema porque es grande, sino porque es un problema de la religión como tal. Se lo suele presentar con esta pregunta: ¿Hay una religión verdadera única? ¿O es que todas las religiones son auténticas, y tienen igual validez que las otras? ¿Hay que aceptar un relativismo religioso de manera que ninguna religión pueda considerarse la única verdadera, sino que todas tengan el mismo valor y puedan subsistir juntas?

La primera reacción debe ser encender más vivamente en la Iglesia el espíritu misionero, que tiene como fin incorporar a todos los hombres a Jesucristo, nuestro Salvador, quien, así como nos ha ganado a la comunión a cada uno de los que hoy somos sus fieles, quiere atraer el corazón de todos los hombres. Si la Iglesia católica insiste en proclamar que hay una sola religión verdadera, es porque confiesa a Jesucristo como único Salvador, al cual hemos acogido con humildad y agradecimiento, frente a Quien nos confesamos creaturas y pecadores y a Quien seguimos buscando cada día para crecer en comunión con El. La Iglesia, como Cristo, no

quiere guardar para sí con egoísmo (cfr. *Fil 2,25*), el don de Dios que ha recibido, y corre a anunciar al Señor resucitado, como las mujeres que encontraron al Señor la mañana de Pascua (cfr. *Mt 28,5, 8*).

Sabiéndonos amados por Jesús, queremos imitarlo y amar a todos los hombres, cumpliendo el mandato misionero: “Vayan y prediquen a todas las gentes” (*Mt 28,19*).

El amor eterno de Dios Padre y de su Hijo en su Espíritu, es el mismo amor con que nos ama a nosotros (cfr. *STh I, q.37,2*). Desde ese amor eterno y absolutamente fiel la Iglesia vive su misión. La misión, pues, no es otro sino ese mismo amor divino, que es derramado por el Espíritu Santo y es acogido y participado por los miembros del Pueblo de Dios para servicio de los hombres.

El misionero conducido por el Espíritu Santo, y lleno de ese amor creador y redentor, lo ofrece no al que lo merece por su bondad natural, sino al pecador que no tiene ningún mérito. El misionero cumple con la promesa gratuita de salvación divina al ser portador del Espíritu de Jesús Resucitado.

2. El diálogo interreligioso

El encuentro de las personas es por el diálogo, palabra que reúne y que debe llevar a la comunión de los dialogantes. Es el camino propio de comunión entre las personas y las instituciones. Esto vale particularmente para el diálogo interreligioso.

Por el diálogo debe expresarse la inteligencia y la fe, el amor y la libertad de los dialogantes. No hay acercamiento de personas simplemente por el encuentro físico sino por el encuentro espiritual. Es más: la iniciativa gratuita es deber de cada una de las partes, porque la persona debe obrar desde su libertad lúcida que, respetuosa del otro, tiene el propósito de ofrecer siempre un servicio, un bien, un amor, una libertad, en definitiva, el deseo de ofrecerse a sí misma.

El diálogo en la dimensión religiosa tiene las exigencias de su propio nivel. El Vaticano II nos ha abierto los caminos. De modo especial debemos recordar a Pablo VI quien, con sabiduría exquisita, regaló a la humanidad la carta magna del diálogo que es la Encíclica *Ecclesiam suam*. En ella nos enseñó a distinguir en la vida de la Iglesia cuatro círculos: el diálogo en su interior, el diálogo con los que creen en Jesucristo, con los que creen en Dios y con los no creyentes.

En este Congreso nuestro propósito es reflexionar sobre el diálogo como encuentro misionero con los no creyentes y los no cristianos.

La autenticidad de nuestro respeto debe manifestarse en el reconocimiento de las verdades y los valores que las religiones no cristianas tienen, en la búsqueda de las “semillas del Verbo”, y en la advertencia de las diferencias que existen con ellas. Esta cuestión tan delicada debe ser conocida y resuelta con la mayor verdad posible.

Es cierto que hay verdades y valores auténticos en las religiones naturales y en las otras grandes religiones del mundo. Deben ser reconocidas y consideradas como patrimonio común.

Es cierto también que hay diferencias profundas en la concepción de Dios y en el modo de relación con El.

Es cierto por otra parte que el relativismo concibe al diálogo como una forma de mutuo conocimiento y respeto que no tiene por objetivo la comunión perfecta. En esta perspectiva se acepta una unidad fundamental, en la que sin embargo coexisten diferencias esenciales.

La actitud de la Iglesia es asumir lo verdadero y bueno, sanar lo erróneo y lo malo, y elevar a la participación de la luz del Evangelio y la vida de la gracia todo lo que es capaz de ello.

La actitud, en definitiva, es la iniciativa del amor que suscita el Espíritu Santo en el corazón de los humildes y dóciles, para buscar la comunión con los demás. El Espíritu Santo, que está en todos los comienzos –desde la creación hasta la resurrección– está también en el impulso original del diálogo.

El diálogo es cuestión de amistad, como la oración. Supone la apertura a la obra de Dios y exige la generosidad de comenzar la búsqueda de la comunión. El diálogo no se acaba en sí mismo sino en la comunión. Nace de la conciencia dolorosa de la diferencia y la distancia, y busca el encuentro en la verdad, con humildad y paciencia, con generosa magnanimidad. Reconoce la diferencia pero intuye la unidad y la distinción que no separa –como en la comunión de la Santísima Trinidad y en la comunión plena de la Iglesia.

El diálogo interreligioso es parte de la vida de caridad de la Iglesia, que es intrínsecamente misionera.

En fin, el diálogo es confesión serena de la identidad y respeto auténtico de la alteridad; es búsqueda de la unidad y siempre primacía de la caridad.

3. El Único Salvador en la única Iglesia

El pluralismo religioso y el camino del diálogo son, en el designio de Dios, una posibilidad para descubrir el don del Único Salvador y de la única Iglesia, su Cuerpo Místico, y aprender que la verdad no es amenaza del hombre y su libertad, más aún cuando es la verdad de Jesucristo Salvador y la verdad de la única Iglesia, lugar de comunión fraterna en el Evangelio, en la eucaristía, y en toda la vida de caridad. La misión tiene la oportunidad de mostrar el único misterio de Jesús e invitar a creer en él, convocando también a la pertenencia cordial y gozosa al misterio de la Iglesia, aun en medio del pluralismo religioso. Esto permitirá conocer mejor las luces con que Dios enriquece a quienes no han encontrado la plenitud de la verdad en Cristo y no participan de la totalidad de los medios de salvación en el seno del pueblo de Dios.

III. EL SECULARISMO

1. Como si Dios no existiera

Somos testigos de esa mentalidad muy difundida que llamamos secularismo, que ha marcado profundamente el corazón de individuos, familias, comunidades y la sociedad entera. Somos testigos de una cultura que expresa al hombre y al mundo como si Dios no existiera. Todas las cosas, toda la vida del hombre, todas sus acciones se conciben sin referencia a Dios. El hombre y la sociedad se bastan a sí mismos.

Estas afirmaciones hacen pensar en la noción de pecado, que es la conversión al hombre como absoluto y el rechazo de Dios como Señor de nuestra existencia. El secularismo es un endiosamiento falso, una idolatría del hombre, que ha llegado hasta a no interesarle plantear la cuestión de Dios. La discusión no le importa. Le importa que Dios no tenga intervención en sus ideas, ni en sus proyectos ni en sus acciones cotidianas. El hombre y su cosmos son autosuficientes.

El silencio de Dios, la ausencia de su verdad, de su presencia y de su providencia sabia y amorosa abre el camino a una vida humana sin rumbo y sin sentido, a proyectos que cortan el horizonte y se clausuran en intereses inmediatos, a idolatrías de distinto tipo, aun al regreso del paganismo en culturas y naciones tradicionalmente cristianas.

Si la misión es el anuncio de Dios, de su trascendencia y de su inmanencia, de su Absoluto y de su cercanía, de la maravilla de la Trinidad hasta la condescendencia de la encarnación redentora, el secularismo constituye una barrera impresionante, enorme, con la profundidad de sus ideas y costumbres y con la resistencia de sus hábitos, que se han extendido a la sociedad y se han hecho cultura.

No sólo interesa el secularismo a la misión en general, sino en particular a la misión *ad gentes*, porque esta mentalidad está haciéndose presente en personas y comunidades no cristianas que aún están en el ámbito de culturas abiertas a la trascendencia de Dios. Sea por los medios de comunicación, sea por causa de inmigración a países secularizados, muchas comunidades están recibiendo el impacto del secularismo atrayente por la abundancia de bienes, el bienestar y el consumismo.

El secularismo es un desafío mayor, porque se desarrolla sin discutir el tema de Dios. No usa la lucha directa y violenta como los ateísmos del siglo XX. Procede sin combate. No le interesa el problema. Como que acepta un dios que no perturbe su estilo. Lo acepta si se incorpora a su mundo como un elemento más de su visión inmanentista.

Así Dios no molesta, no interviene en la solución de los grandes problemas del hombre. Estos se tratan en la economía, en la política, en los medios de comunicación, en los centros científicos. Estos niveles de conocimiento bastan.

No dice que Dios ha muerto, pero el secularismo vive como si Dios no existiera.

A la misión le importa saber que se encuentra con un obstáculo que no sólo ha decretado la insignificancia de Dios en la vida social, sino que ha traído consigo otras consecuencias inhumanas enormes: la desigualdad económica entre individuos y naciones, la disolución de la familia por desconocer el valor del amor fiel y fecundo, la absolutización de la ley política al no someterla a la ley divina. Esta posición inmanentista, dice el Papa en *Ecclesia in Europa*, acaba por contentarse “con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, con las diversas formas de mesianismo, con la felicidad de tipo hedonista, lograda a través del consumismo o aquella ilusoria y artificial de las sustancias estupefacientes, con ciertas formas de milenarismo, con el atractivo de las filosofías orientales, con la búsqueda de formas esotéricas de espiritualidad, o con las diferentes corrientes de New Age” (10).

El secularismo, tentación permanente del hombre que pretende ser Dios, ha adquirido su vigencia inmensa en la cultura gracias también a una cultura política sin la suficiente sabiduría y fuerza creadora, como para encontrar con verdadero espíritu humanista integral, el lugar propio y justo de la religión en la nueva situación pluralista.

Sin duda que la misión se enfrenta a una posición que desvanece el interés por Dios en la vida humana. Calla lo religioso, lo minimiza cuando no lo ridiculiza. A veces llega a hostigarlo y a combatirlo abiertamente, cuando la misión incomoda las posiciones y las libertades sin ética que se defienden en su estilo de vida.

La misión tiene en el Evangelio y en el Magisterio de la Iglesia un tesoro de sabiduría que puede servir para combatir los errores y satisfacer los auténticos deseos humanos del secularismo.

En primer lugar ha de ser el testimonio de Dios –su verdad, su realidad, su cercanía– y su misterio. Por el testimonio, el misionero hace presente a Dios mismo, en la trascendencia de su misterio: sólo Dios es Dios. Y en la inmanencia de su cercanía: nada ni nadie está más cerca del hombre y toda creatura. Dios es “más interior a mí que mi propia intimidad”, decía San Agustín.

Dios no es enemigo del hombre. Es su Padre y Creador. Hay que decirlo con gozo. El gozo del anuncio hace más profundo y más creíble el testimonio misionero.

No se trata de elegir entre Dios y el hombre, sino a Dios y al hombre. El que elige a Dios, auténticamente, eligió al hombre como su creatura y el que eligió auténticamente al hombre, está eligiendo a Dios, como su Creador.

La mentalidad secularista tiene como centro de su visión al hombre en su dignidad y en su libertad. Esto es una puerta abierta para explicar la doctrina de la Iglesia, sobre el hombre, su dignidad, su libertad, su autonomía, su señorío.

Por la creación Dios ha dado autonomía a todos los seres creados, y en primer lugar al hombre. Las cosas y el hombre no son Dios, pero realmente existen en sí mis-

mos. Debe el hombre actuar según la ley de Dios, que tiene escrita en su corazón y se manifiesta en su conciencia. Pero es él el responsable de su libertad. Dios, que lo ha creado, lo conserva en la vida y lo auxilia para obrar, pero lo admirable es que el hombre es el responsable. Tanto vale el obrar humano, que es digno de la vida eterna, capaz de merecerla si es que se ha ajustado a la voluntad de Dios en sus opciones.

La Iglesia por la misión, más si es *ad gentes*, ha de transmitir esta enseñanza riquísima sobre la autonomía del hombre y de su libertad. Enseñará también la debilidad de la libertad, por el pecado original y la necesidad de la gracia redentora que nos sana de la herida de ese pecado y nos auxilia para elegir la ley de Dios.

El misionero debe ser en primer lugar testimonio de libertad cristiana y predicar que la libertad es nuestra vocación cristiana: “Habéis sido llamados a la libertad”, nos dice San Pablo, y añade: “sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros” (*Gal 5,13*).

El misionero enseñará así que la libertad no es capacidad para el egoísmo y la explotación, sino para el amor y el servicio; y que esta libertad tiene su máxima realización en Jesucristo, en su amor hasta el fin, y que de esa libertad de Cristo participamos los que por la fe y el bautismo nos hacemos sus miembros en la Iglesia santa.

El secularismo nos permite destacar la dignidad del trabajo humano, magnífico porque hace del hombre un continuador de la obra divina de la creación, y porque transforma también al mismo hombre, enriqueciéndolo en sus habilidades, en su sabiduría y en los hábitos de su voluntad que va logrando en sus opciones laborales. Por el trabajo, el hombre se hace más hombre. El trabajo debe embellecer el mundo y el hombre mismo en la historia, preparando su gloria. Dice *Gaudium et Spes* en uno de sus párrafos estupendos: “Los bienes de la dignidad humana, la comunión fraterna y la libertad, es decir, todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontraremos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz” (39).

La misión *ad gentes* tiene la posibilidad de mostrar que Jesucristo es en quien todas las cosas están fundadas (*cf. Col 1, 16-17*), y en quien se realiza eminentemente el misterio del hombre. En El, uno de la Santísima Trinidad, se hizo realmente uno de la humanidad. Esta dignidad no es reconocida, participada ni gozada totalmente sino por quien confiesa la plenitud de la fe en Jesucristo.

2. De la muerte de Dios a la muerte del hombre. Ocaso de la dignidad humana

La dignidad del hombre ha sido y sigue siendo desconocida por muchos y reclama una misión evangélica que defienda su verdad maravillosa y proponga la integridad de los derechos que de ella dimanar.

Cuando la cultura aceptaba más la razón profunda del sentido común y de la sana filosofía, podíamos referirnos a la naturaleza de la persona humana. Hoy muchos rechazan esas categorías y reducen al hombre a la dimensión material, quitándole su profundidad espiritual.

En este inmanentismo absoluto, de la muerte de Dios que proclamaron algunos, pasamos a la muerte del hombre. La misión debe hacerse cargo de la defensa del hombre, en una humanidad que descrea de sí misma y se disuelve en la multiplicidad de sus proyectos y apetitos.

La misión será siempre un rescate del hombre, de su ser y sus derechos. Los derechos humanos tienen fundamento divino. No necesitan leyes para existir sino para ser reconocidos y protegidos de los poderes humanos que los conculcan, hasta en democracias despojadas de valores, que fácilmente se convierten en dictaduras.

El misionero enseñará que la dignidad y los derechos proceden de la gratuidad absoluta del amor de Dios creador y redentor, y están destinados a su ejercicio responsable y honroso.

3. Cultura de la vida

La cultura de la vida es la respuesta evangélica a las múltiples manifestaciones de lo que se ha dado en llamar la “cultura de la muerte”.

Llamado a humanizar su vida por medio de la cultura, el hombre contemporáneo parece haber recorrido en cambio un camino exterminador, y ha pasado de haber decretado la muerte de Dios, a combatirse a sí mismo, en una espiral suicida y proclamar la muerte del hombre.

El Santo Padre nos enseña en *Ecclesia in Europa*, algo que vale para una gran parte del mundo: “El olvido de Dios condujo al abandono del hombre”, por lo que “no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria” (9).

Sin Dios no hay ley. “Si Dios no existe, todo es posible”, decía sabiamente Dostoyewski, ya en el fin del siglo XIX. Y todo ha sido posible en el siglo XX: los exterminios de pueblos en masa por las guerras; la fría planificación de innumerables muertes en los campos de concentración y en los *gulags*; el silencioso genocidio en los vientres maternos por medio del aborto, que cobra millones de vidas en gestación, privándonos de quién sabe cuántos hombres y mujeres cargados de promesas para el futuro; la manipulación genética que produce también miles y miles de víctimas con la eliminación de embriones fecundados; la invención de la máquina de la muerte y las legislaciones de tantos países que, poco a poco, en una macabra danza que parece no tener fin, van dando aprobación a la eutanasia. La muerte

crece y se la siente muy cerca. La noche ética del secularismo sigue cobrando sus víctimas, negándose a revisarse a sí misma.

La misión *ad gentes* tiene el derecho y el deber de mostrar la riqueza de nuestra fe y enseñar que la dignidad de toda persona se funda en su ser, imagen y semejanza de Dios, llamado a ser hijo de Dios en Cristo.

4. La familia herida y su rescate

La familia, víctima de la crisis cultural en este cambio de milenio, está herida profundamente. La difusa fragmentación de la existencia crea un clima que favorece las crisis familiares y pone en tela de juicio el concepto mismo de familia (*cf. Ecclesia in Europa, 8*). Hay en muchos la idea de que la concepción de familia nacida de la unión matrimonial de varón y mujer es un patrón cultural perimido. Es excepcional el lugar del mundo donde no se admite el divorcio. Las formas nuevas de familias incompletas o nacidas de uniones transitorias o entre personas del mismo sexo, configuran un hecho social de consecuencias tremendas. Una de ellas es el “invierno demográfico”, que afecta especialmente entre otros países a España. La ideología del género, que pretende que la vida sexual se ubique en el nivel de la elección cultural y no en el de la integridad humana físico-espiritual, está extendiéndose por medio de leyes con el apoyo de instituciones de mucho poder en el orden internacional, produciendo un auténtico hecho de violencia cultural y política.

La misión, redención del hombre, debe ser redención de la familia. Deberá señalar que la familia es para la sociedad la escuela común del amor: del amor sponsal, semejante al de Cristo por su Esposa la Iglesia; del amor de los padres a los hijos; de los hijos a los padres, y de los hermanos entre sí; del amor de todos a Dios. Es el lugar donde se recibe la primera educación, también para el trabajo, y donde se abre a la persona a la amistad social. La familia es en verdad hogar de la cultura y cuna de las naciones.

La misión *ad gentes* debe ser muy consciente de que enseñando el misterio de la familia según el Evangelio está sembrando un mundo nuevo.

Es muy importante señalar, frente al feminismo erróneo, la riqueza de la condición de la mujer en la identidad maravillosa del genio femenino, don de Dios, y es importante destacar su significado en el plan divino. María Santísima, Virgen y Madre, es la expresión acabada de la mujer. Ella y toda mujer santa nos revela del rostro materno de Dios.

Es verdaderamente parte integrante de la misión, transmitir la doctrina evangélica sobre la familia y la mujer, en una cultura que muestra la profundidad de su crisis muy claramente en la familia. La misión salva a la familia cuando anuncia su misterio de amor que se funda en Dios, porque Dios es familia. El Evangelio de la familia es parte del Evangelio de Jesucristo.

5. Cultura del hombre – Cultura de Dios

En verdad el secularismo reina en gran parte del mundo, la más influenciada por la ciencia y la técnica y se va difundiendo cada vez más en otros países, como vemos todos.

Sin embargo Dios, que había sido silenciado y relegado a una existencia de menor vigencia cultural, ha recobrado vigor en su presencia de suerte que la vida social y política planetaria no puede dejar de contar con la significación de las grandes religiones.

Aunque el secularismo tenga una enorme influencia en la cultura, hoy muchas naciones del mundo no pueden organizarse sin tener en cuenta la vida religiosa ferviente, a veces fanática, de las grandes religiones. Los musulmanes, los israelitas, los hindúes y muchas otras expresiones religiosas no pueden ser marginadas en la reflexión y en la acción de los grandes dirigentes políticos, ni en los mayores centros de pensamiento y de cultura de esos países. El hecho religioso está presente no sólo en los millones de cristianos, no sólo en la conciencia de muchos dentro del secularismo, sino también en la acción religiosa y temporal de los diversos grandes grupos religiosos.

La situación misionera se ha complicado también en los lugares donde la Iglesia no se ha establecido aún. Es preciso que el misionero atienda por una parte a la cultura secularista, que se constituye como si Dios no existiera, o que acepta una religiosidad disminuida, y por otra a una verdadera cultura religiosa, en la que está muy viva la dimensión religiosa, no sólo en la vida privada y familiar, sino también en la vida pública, con gran significación en los hechos políticos y sociales.

Siempre será cierto que es Cristo el misterio que ilumina el misterio del hombre. Ahora también: es el Verbo Encarnado quien dará luz a los pasos del misionero.

Su sentido de Dios y su amor por Cristo y su Espíritu, van a permitirle acercarse como hermano respetuoso a los creyentes, para hacerles sentir la atracción del Dios Creador y Redentor y la sincera caridad de la Iglesia. Y su sentido del hombre y su amor por él, van a impulsarlo a acercarse al secularismo, para iluminarlo con la luz del Verbo, el Sol que nace de lo alto, y le hagan gozar con la verdad de que el hombre no acaba de recibir su plenitud sino en la participación del misterio de Cristo.

La misión debe hacer que el silencio de Dios en el secularismo se transforme en canto gozoso de alabanza al Señor, Creador y Redentor; debe hacer que la dignidad del hombre y sus derechos sean protegidos por la cultura y antes por la vida espiritual y mostrar que Jesucristo es el Rostro Divino del hombre; debe hacer que la familia sea hogar de oración y comunión; que el trabajo sea perfección del cosmos y la persona, y la política sea servicio de hombres y pueblos y abra en las naciones y en el mundo, espacios a la dimensión religiosa porque Dios es Padre de todos.

El misionero, defensor de la verdad y el amor de Dios, es quien defiende la verdad y el amor por el hombre. El es enviado por Jesús que dijo, haciendo suyas las palabras de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (*Lc 4,16-19*).

El camino misionero, el diálogo, se muestra muy difícil pero siempre posible, con la prudencia del Espíritu Santo, que es valentía y confianza, y no con la prudencia de la carne, que es más bien pereza y cobardía.

La espiritualidad pascual, de muerte y resurrección, da sabiduría al misionero para actuar con humildad y generosidad, en la espera paciente del momento gratuito de la gracia.

Esta misma espiritualidad da inteligencia para el encuentro con el secularismo porque enseña que la creación y la historia no son la última palabra de Dios, sino la vida eterna donde el Señor nos espera con el don de Sí mismo. A este encuentro nos debe conducir el mundo y el tiempo. El tiempo no es algo que pasa, es Alguien que viene, Jesucristo, el Señor de la historia.

El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo es la Buena Noticia para “la era del vacío” y “el imperio de lo efímero”.

IV. EL DESAFÍO FUNDAMENTAL DE LA MISIÓN

1. La pregunta religiosa y la conversión – El encuentro con Cristo

La pregunta sobre Dios está en el centro de la existencia humana. Es la pregunta que se hace la persona cuando llega a ejercer por primera vez su libertad: ¿aceptas el mandato de tu conciencia de hacer el bien y evitar el mal, conforme a lo que en este momento conoces? ¿Te sometes a su mandato y así al señorío de quien se presenta como autoridad sobre tu vida? O por el contrario, ¿rechazas ese imperativo que te ha manifestado que eres libre y responsable, y rechazándolo, eliges lo que tu arbitrio decide como señor absoluto de tu conducta y tu destino?

En el primer caso, elegiste el camino de Dios Padre como hijo suyo, que obedeces como Cristo, aunque no lo sepas, y de este modo entras al camino de la gracia. Fue la elección de la creatura que acoge el mandato de amor de su Padre Dios.

En el segundo, elegiste tu propio designio, y te constituiste en quien decide con absoluta independencia sobre el fin y el sentido de su vida. Fue la elección de la creatura que toma el puesto del Absoluto que corresponde a Dios. La religión nace cuando se ha aceptado la realidad de un Absoluto al que se ha de orientar toda la existencia. Los distintos modos de concebir el Absoluto que llamamos Dios, diversifican las religiones.

Estamos ante la presencia de las grandes religiones mundiales que nos reclaman espacio social y político y nos urgen a darles espacio en la cultura universal. Este espacio es pretendido en un primer momento, como un lugar entre otros, con quienes convivir y dialogar, pero en un momento más profundo, aparece la pretensión de ser religión única y verdadera, con exclusión de todas las demás.

Tal posición hace muy difícil el diálogo interreligioso. Los católicos decimos con claridad que sólo es auténtico el diálogo cuando las partes comienzan por la confesión mutua de las convicciones que las identifican y cuando el diálogo se sostiene por el amor sincero a Dios, que desde su amor infinito, llama a su creatura a la verdad del camino y del fin, que es El mismo. El nos llama siempre desde su misterio para que en el claroscuro de la inteligencia y la fe, lo busquemos con humildad y al encontrarlo, lo acojamos con agradecimiento. En El debemos confiar y a El debemos responder con nuestro amor. El encuentro con Dios empieza en Dios. Es encuentro en la verdad de los amores y las libertades de Dios y del hombre. La conversión consiste, dice un gran teólogo, en “un estado dinámico de enamoramiento espiritual en respuesta al amor de Dios, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (B. Lonergan, *Método en Teología*, Sígueme, Salamanca 1988).

Los desafíos de la misión son todos los obstáculos que ocultan el misterio del amor de Dios y entorpecen nuestra libertad, pero se resumen en la dificultad que tiene el hombre para aceptar la verdad de que Dios es su Señor y él su creatura. Este desafío mal resuelto nos impide cimentarnos en Dios, como misterio que nos antecede y nos supera, que busca inundarnos con su gracia y orientarnos hacia nuestro destino eterno, la comunión con El, único Dios verdadero.

El relativismo gnoseológico es debilidad del pensamiento que siempre amenaza a la persona pero que en la actualidad ha adquirido una presencia cultural fortísima. Hoy es más aceptado en la publicidad de la sociedad, una posición relativista que una confesión sencilla y firme de la capacidad de conocer la verdad y de afirmarla con certeza. Como si saberse capaz de la verdad fuese una expresión de orgullo y de espíritu integrista. Como si la actitud correcta frente a la verdad fuese el desdén de Pilatos cuando preguntó: “¿Qué es la verdad?” (*Jn 18,38*) y se retiró sin esperar la respuesta.

La misión es una pasión por la verdad, por toda verdad, por la verdad del hombre, del mundo y de Dios, principalmente de Dios. El misionero es el que ha aprendido que la misión se sostiene en la armonía de la verdad y del amor, del designio salvador del Padre cuyo centro es Jesucristo. El misionero, arrebatado por la belleza de la Pascua de Cristo, se entrega por entero a la obra de completar en su carne lo que falta a la pasión y a la misión de Cristo. La misión *ad gentes* es vocación de primer anuncio, con la frescura del domingo de la resurrección. Es vocación de creador, de sembrador, de grano de trigo que cae en tierra para morir y dar fruto: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere,

queda él solo; pero si muere da mucho fruto” (*Jn 12,24*). Sólo imitando a Jesús en su amor hasta el fin, el misionero se hace instrumento apto de salvación: “El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna” (*Ibid.*, v. 25). Sólo en el espíritu de martirio, de amor hasta la muerte, se logra la cumbre propia de la misión. El misionero sabe que, como Cristo, “el buen pastor da su vida por las ovejas” (*Jn 10,11*). La misión es esencialmente pas-cual y martirial.

2. El desafío fundamental

Todos los desafíos de la misión hoy, son parte del gran desafío del hombre, que nace hombre viejo como hijo de Adán, y debe renacer como hombre nuevo en Jesu-cristo, Nuevo Adán. Entonces quedará libre del pecado, el original y el personal. Para ello debe responder al llamado misericordioso de Dios, convirtiéndose por la fe y el amor, cambiando su conducta, para empezar la vida nueva de hijo en el Hijo.

En este gran desafío, el misionero debe ser signo e instrumento, es decir, sacra-mento de Cristo que se hizo todo a todos para salvarnos a todos. Sólo el amor de Cristo, hasta la muerte, sólo la verdad de este amor, puede ser creíble, puede crear estupor en el oyente y fascinar la libertad del hombre para que se entregue a Dios en la confianza total de la fe. Siempre el Padre, el Hijo y el Espíritu serán los agen-tes divinos de la conversión, pero la misión reclamará la participación del misione-ro, transformado él mismo por el amor crucificado y generoso de Jesús.

Nadie se convirtió sino porque Cristo lo amó, murió y resucitó por él, y porque la Iglesia, lo ama como Cristo, su Cabeza, con la fuerza del mismo Espíritu. El misionero es parte de ese único designio de amor. Si hay tantos hombres en el mundo que se alejan, o no se sienten interpelados por nosotros, hemos de preguntarnos: ¿hay en nosotros un amor capaz de llevarnos a la entrega total de la muerte, un amor martirial, que tenga la fuerza de provocar asombro y admiración y sea capaz de arrebatarse el amor y cautivar la libertad del otro?

Cristo triunfó cuando amó. El misionero triunfó cuando amó. La interpelación al no creyente se hizo desde el *Verbum Crucis* –la palabra de la Cruz– que en la re-surrección renovó todas las cosas y empezó una historia nueva cuya ley es el amor misericordioso, que el Espíritu Santo sigue escribiendo en el corazón de los que acogen a Jesucristo.

El designio de Dios es manifestar el amor divino, no sólo en la gratuidad que dona, sino en la supergratuidad de la misericordia que perdona mediante la efu-sión del Espíritu de reconciliación y de paz.

3. El verdadero misionero es el santo

Así nos lo enseña Juan Pablo II en *Redemptoris Missio* (90): “La llamada a la misión deriva de por sí de la llamada a la santidad”.

San Pablo nos dice en Filipenses (2, 5-9): “Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: el cual, siendo de condición divina no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo... y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre”.

San Pablo habla de la vocación a la santidad de todos los cristianos, que es, por supuesto, la del misionero.

El misionero debe vivir gozosamente la entrega total de su vida, donándola sin reserva en la caridad de la búsqueda cotidiana de la oveja perdida, o derramando su sangre por la misión, si el Señor así lo dispone. Entendida de esta manera, la vocación al martirio pertenece de modo especial al misionero, que expresa en su apostolado la fecundidad de la Iglesia. La misión no tiene un precio menor.

El Papa confiesa que vivimos un tiempo de mártires. Lo prueba la historia contemporánea.

La Iglesia tiene el coraje de convocar a sus hijos, a sus hijos misioneros añadimos ahora aquí, a este amor que siempre es total y prepara para el mundo una historia acorde con la dignidad de los hijos de Dios Padre.

En la Eucaristía, sacramento de la muerte y resurrección de Cristo, el misionero tiene la fuente y la cumbre de su vida espiritual y de su acción. De ella parte y a ella regresa con la riqueza del hermano que ha creído.

V. SINFONÍA DE LA MISIÓN

1. La sinfonía de la verdad y del amor

La verdad que constituye el designio de Dios es una armonía sólo posible para El. El misterio interior de su ser se ha manifestado en las maravillas que ha realizado en la historia y en la revelación que quiso regalarnos. “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por los profetas”, nos dice la Epístola a los Hebreos, “en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien constituyó heredero de todo, por quien hizo también los mundos” (1,1-2).

Y en San Mateo nos enseña: “Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (11,27).

El misterio escondido en los siglos: Dios y su designio redentor, se ha manifestado en Jesucristo. En El, el más hermoso de los hombres, se ha hecho visible. En El, “esplendor de la gloria” del Padre.

Esta es la belleza que salva al mundo: Jesucristo que nos redime muriendo y resucitando y enviándonos el Espíritu Santo.

Es la sinfonía que anuncia el misionero en el orden, la coherencia y la profundidad de su testimonio y su palabra, en la hondura suave y recia de su piedad, y en la generosidad de su amor por el no creyente o el no cristiano. La sinfonía del anuncio se centra en el misterio de Cristo pascual que envía su Espíritu.

San Juan expresa el gozo profundo de la misión cuando dice:

“Lo que existía desde el principio,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
lo que contemplamos y tocaron nuestras manos
acerca de la palabra de vida...
lo que hemos visto y oído os lo anunciamos...
Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo” (1 Jn 1,1-4).

Este anuncio, que responde al anhelo profundo de todo hombre que busca a Dios, no es violencia a la libertad, sino una puerta para su ejercicio más puro y pleno.

“¿Es acaso un crimen contra la libertad del otro, dice Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*, proclamar con alegría una buena noticia que se ha recibido por misericordia del Señor?” (EN 80). Por el contrario, es proponer a la libertad su fin propio que es elegir la verdad de su destino, la plenitud de su existencia. La misión es un servicio a la verdad y a la libertad.

2. La misión *ad gentes*, actividad misionera específica

Recordemos que esta actividad dirigida a los “no cristianos”, que Jesús “ha confiado y diariamente vuelve a confiar a su Iglesia”, no puede ser una actividad débil, marginal u olvidada. Por el contrario, dice *Redemptoris Missio*: “es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio y por la fundación de nuevas Iglesias en los pueblos y grupos humanos donde no existen, porque es la tarea primordial de la Iglesia, que ha sido enviada a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra. Sin la misión *ad gentes*, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significación fundamental y de su actuación ejemplar” (34).

Una Iglesia que vive la verdad de su ser y su misión, sabe que su frontera está en el último de los hombres en el más lejano de los países. Si ella no vive con intensidad este impulso del Espíritu, la misión pierde “su significación fundamental” y “su actuación ejemplar”. El fin, los destinatarios, todos los hombres, privilegiadamente los más alejados, ordena la vida de amor misionero de una Iglesia auténtica, toda ella misterio, comunión y misión, sacramento universal de salvación.

La vocación específica a la misión *ad gentes*, también en la consagración de por vida, debe ser admirada, agradecida, promovida y custodiada por las comunidades eclesiales que han conocido el don de Dios y lo quieren comunicar. Este Congreso es signo de vida intensa que Dios seguirá bendiciendo.

3. Los que no creen en Cristo: inmenso areópago contemporáneo

El número de los que no creen en Jesucristo nos recuerda que la misión de la Iglesia –después de dos mil años de vida santa y apostólica– está aún en sus comienzos (*RMi 1*). Hay cuatro mil millones de personas que en todo el mundo no se han encontrado con la plenitud de la verdad, la vida y el amor de Jesucristo. Sólo dos mil millones se confiesan cristianos, y de ellos poco más de mil millones pertenecen a la Iglesia Católica.

Es un inmenso areópago al que el Espíritu Santo nos impulsa a servir con el anuncio de la redención.

Es la Iglesia entera la que tiene esta responsabilidad porque ella entera es sacramento universal de salvación, depositaria del Espíritu de verdad. “Todo Cristo predica a Cristo” (San Agustín). Cada hijo de la Iglesia, según su propia vocación, debe hacer suyas las palabras de San Pablo: “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es mas bien un deber que me incumbe: y ¡hay de mí si no predicara el Evangelio!” (*1 Cor 9,16*). La misión está en las entrañas de la Iglesia y debe dar forma a toda la vida de sus miembros, como dio sentido a toda la vida de Jesús: “Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por El” (*Jn 3,17*).

En verdad la Iglesia entera en cada Eucaristía es misionera porque ofrece el Sacrificio de Cristo y con El se ofrece a sí misma, para salvación del mundo. En la Eucaristía tiene un acto fontal y una escuela de la misión, en el que recibe el Espíritu Santo que anima a todo el pueblo de Dios para sembrar en la historia las semillas del Reino.

La interpelación misionera para nosotros se actualiza a través de cada persona que Dios pone en nuestro camino. Si nacemos para amar, nacemos para misionar.

Cuando aparece un nuevo hombre en nuestro horizonte cambia nuestra vida. Simplemente cambia. Por el solo hecho de existir esa persona me dice: “Sé conmigo”. “Comparte mi vida”. El llamado no me puede ser indiferente. He recibido un nuevo hermano y con él una nueva responsabilidad. Mi vida cambió.

Desde la fe y la gracia, podemos añadir a esta descripción tan hermosa e interperante, que el hombre que ingresó a mi vida es un don y un llamado de Dios mismo, quien en su providencia me anuncia que existe un destinatario más de mi caridad universal, a quien no puedo apartar ni olvidar, y que ha de ampliar el ámbito de mi responsabilidad por la vida de los demás, en primer lugar, por su salvación.

“Sé conmigo”, me dice la persona que irrumpió en mi vida, y la cambió. “Sé conmigo”, que soy capaz de Dios, a quien Dios llama, porque El nos hizo para sí e inquieto está nuestro corazón mientras no descansa en El (*cfr. San Agustín, Confesiones*). “Sé conmigo”, que soy capaz de vivir en el misterio de Cristo, de seguirlo e

imitarlo. “Sé conmigo”, te necesito, porque busco la fraternidad de todos mis hermanos y la casa de comunión que es la Iglesia.

Dijimos ya que la respuesta misionera de la Iglesia, y por lo tanto, de cada bautizado, está real y principalmente en cada Eucaristía. En torno a ella, debe añadirse la oración misionera, que se debiera incorporar a las comunidades cristianas como parte integrante de la piedad ordinaria y cotidiana de los fieles, como sucede con la oración por los enfermos y los pobres. Plantar esta ansia misionera por la salvación de los que no creen en Cristo, dilata y eleva el alma de los hijos de la Iglesia, y atrae la bendición de Dios para ellos. Importa mucho contar con la oración de los niños, que con su generosidad y su ternura llegan hondamente al corazón de Dios. Y con la de los enfermos, quienes por su identificación con Cristo doliente se convierten en expresión privilegiada del espíritu misionero. La pequeña Antonietta Meo, niña italiana de seis años, enferma de muerte, ofrecía sus dolorosas curaciones por los misioneros, y cándidamente lo anunciaba a quienes la rodeaban diciendo: “Hoy voy al África”. Esta pequeñita Teresa de Lisieux, muerta con fama de santidad, se convierte en nuestra maestra y nos enseña a ser misioneros.

CONCLUSIÓN: LA RAZÓN DE LA ESPERANZA

“La mies es mucha, los operarios son pocos” (*Lc 10,2*), nos dice el Señor. La misión es una obra inmensa y difícil. Exige todo y a todos en la Iglesia. Pero el Señor nos dice: “No temas” (*Lc 12,32*).

La razón de la esperanza de hoy es la misma que existe desde el comienzo de la Iglesia: Jesucristo, muerto y resucitado que nos promete la salvación. La esperanza es teológica porque su motivo y su objeto es Dios mismo.

¿Qué más podemos pedir para confiar y estar alegres? No es la comparación con las fuerzas del pecado lo que aumenta o disminuye nuestra esperanza, sino la acogida confiada por nuestra parte, de la promesa del Señor: estamos ciertos de que El estará con nosotros hasta el fin de los siglos. En esa actitud imitamos la confianza de Jesús cuando se entregaba a su Padre en la obediencia de su amor. Esa actitud es la que fortalecemos en cada eucaristía, al identificarnos sacramentalmente con Jesús que nos alimenta con su cuerpo y con su sangre.

Hay signos de la presencia operante de Cristo en la santidad de la Iglesia. Ustedes son uno de ellos. He oído también que en España un millón de fieles comulga diariamente con Jesús Eucarístico. Este millón, y muchos más, están sostenidos con la intimidad del sacramento pascual que los inunda de amor misionero.

En España, pues, muchos viven la esperanza. El número seguramente aumentó por la visita del Papa. Fuimos testigos de ese acontecimiento de gracia. Pedimos al Señor que España dé otro paso gracias a este Congreso Misionero.

España sabe que su cristianismo, y por lo tanto, su espíritu misionero, nace cada día del corazón materno de María. A ella, Madre de la Misión, encomendamos hoy a todos los misioneros que han partido y partirán de esta tierra bendita, y que son epifanía del amor de Cristo Pascual. Y encomendamos también a cuantos por su misión se conviertan y encuentren a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.

LA MISIÓN AD GENTES, ACCIÓN PRIORITARIA DE LAS IGLESIAS PARTICULARES

Mons. **Juan ESQUERDA BIFET**

Profesor de la Pontificia Universidad Urbaniana. Roma

PRESENTACIÓN

Ya desde antes del concilio Vaticano II, pero especialmente a partir de los contenidos del concilio, se ha ido insistiendo en la responsabilidad misionera de la Iglesia particular o local. Es la dimensión misionera que arranca de la misma naturaleza de la Iglesia.

Los principios parecen claros, pero habrá que insistir en ellos continuamente, puesto que la tendencia más fácil es la de quedarse siempre en la propia obra, olvidando la universalidad de la Iglesia y la corresponsabilidad de todos en la misión universal¹.

La vida entera de la Iglesia particular necesita estar impregnada de este dinamismo misionero que le lleva a asumir prácticamente, con programaciones concretas, su propia responsabilidad evangelizadora en comunión con la Iglesia universal.

Al decir «Iglesia particular» (o local), que llamamos también diócesis, queremos incluir a todos los miembros de la misma, individualmente o también formando parte de alguna comunidad y grupo eclesial. Cada uno, según su propia vocación y carisma específico, asume la responsabilidad misionera de la Iglesia particular.

Esta reflexión implica el sentido de «comunión» entre Iglesias particulares o locales, recordando, al mismo tiempo, que cada comunidad eclesial es deudora de

¹ Continúo la reflexión que presenté en la Semana Misional de 2002: *Colaboración misionera de la Iglesia particular en la Iglesia universal*. Resumo ahora algunos aspectos doctrinales, añadiendo la aportación de documentos posteriores al concilio Vaticano II (exhortaciones apostólicas continentales y sobre las diversas vocaciones).

la fe recibida a través de la acción misionera de la Iglesia universal. La herencia apostólica y la historia de gracia de una Iglesia particular, consiste en una serie de dones del Espíritu Santo, que deben compartirse con toda la Iglesia y con toda la humanidad. La animación misionera de la Iglesia particular será el cauce adecuado para que sea consecuente con su responsabilidad misionera universal.

En las Iglesias particulares más jóvenes o más necesitadas, es importante animación misionera, como indispensable para un crecimiento armónico y maduración en la fe (cfr. AG 6). Las Iglesias particulares de antigua cristiandad o más maduras eclesiológicamente, necesitan también una animación misionera que las abra a la nueva evangelización y a la misión «*ad gentes*».

1. *Algunas insistencias actuales sobre la responsabilidad misionera «ad gentes» de la Iglesia particular*

Cuando decimos «Iglesia particular», nos referimos a la comunidad que preside un sucesor de los Apóstoles, en comunión con el sucesor de Pedro y con toda la Colegialidad Episcopal. Esta realidad de gracia puede recibir diversas calificaciones según el modo de su estructura: diócesis, vicariato, prefectura, prelatura... De todas estas formas de Iglesia particular se puede decir: «La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica» (ChD 11; cfr. can. 369)².

Toda vocación e institución cristiana está dentro de la comunión de una Iglesia particular. La Iglesia, misterio de comunión misionera, se concretiza en la Iglesia particular y desde la Iglesia particular, siempre en comunión con la Iglesia universal.

La llamada «implantación de la Iglesia» se realizará correctamente si se procede con el signo de la comunión: «El fin propio de esta actividad misional es la evangelización e implantación de la Iglesia en los pueblos o grupos en que todavía no ha arraigado. De suerte que de la semilla de la palabra de Dios crezcan las Iglesias autóctonas particulares en todo el mundo suficientemente organizadas y dotadas de energías propias y de madurez, las cuales, provistas convenientemente de su

² B. ALVAREZ, *La Iglesia diocesana* (Málaga 1996); A. ANTON, *Iglesia universal, Iglesias particulares*: Estudios Eclesiásticos 47 (1972) 409-435; H. DE LUBAC, *Las Iglesias particulares en la Iglesia universal* (Salamanca, Sígueme, 1974); J. ESQUERDA BIFET, *Teología de la evangelización* (Madrid, BAC, 1995) cap. VI; H.M. LEGRAND, *Nature de l'Eglise particulière et rôle de l'Evêque dans l'Eglise*, en: *La Charge pastorale des Evêques* (Paris 1969); F. MARTIN, *Estructura pastoral de la Iglesia diocesana* (Barcelona, Flors, 1965); X. SEUMOIS, *Les Eglises particulières*, en: *L'activité missionnaire de l'Eglise* (Paris, 1967) 281-299; P. TENA, *Eglise*, en: *Dict. Spiritualité*, IV 370-384; J.M.R. TILLARD, *Iglesia de Iglesias* (Salamanca, Sígueme, 1990); J.R. VILLAR, *Teología de la Iglesia particular* (Pamplona, Univ. de Navarra, 1989); A.M.^a ZULUETA, *Vaticano II e Iglesia local* (Bilbao, Desclee, 1994).

propia Jerarquía unida al pueblo fiel y de medios connaturales al plano desarrollo de la vida cristiana, aporten su cooperación al bien de toda la Iglesia» (AG 6).

El despertar misionero del final del segundo milenio se ha concretado especialmente en la puesta en práctica de la dimensión misionera de la Iglesia particular. Debe ser también ésta la pauta para un nuevo despertar misionero en el inicio del tercer milenio. La Iglesia particular (que ordinariamente llamamos o es diócesis) ha ido tomando conciencia de su responsabilidad misionera universal, tanto de la ayuda a Iglesias más necesitadas, como de la colaboración en la misión «*ad gentes*» (de primera evangelización o de implantación de la Iglesia). La Iglesia particular o local, que envía o que recibe, es la concretización de la Iglesia universal. En ella se tienen en cuenta las circunstancias de cultura, lugar y tiempo, para aplicar la herencia apostólica y la historia de gracia recibida anteriormente.

La responsabilidad misionera de la Iglesia universal se concretiza en cada Iglesia particular, por exigencia de la comunión. La consecuencia, según Pablo VI, es la siguiente: «La Iglesia universal se encarna de hecho en las Iglesias particulares» (EN 62).

La «particularidad» de una Iglesia, con su herencia apostólica y su historia de gracia, no está condicionada a los límites socioculturales de naciones o estados, sino que, por su sacramentalidad, su catolicidad y su apostolicidad, se abre a la universalidad de la misión, de dar y de recibir los dones que son de todos. «Por esto, toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes» (RMi 62). «Todo el misterio de la Iglesia está contenido en cada Iglesia particular, con tal de que ésta no se aisle, sino que permanezca en comunión con la Iglesia universal y, a su vez, se haga misionera» (RMi 48).

Aunque es toda la comunidad eclesial la responsable de esta acción misionera (cfr. AG 30, RMi 63), «los Doce (y sus sucesores) son los primeros agentes de la misión universal» (RMi 61). Para hacer misionera a toda la Iglesia particular en cuanto tal, es imprescindible la actitud de comunión afectiva y efectiva con el propio Obispo. «Suscitando, promoviendo y dirigiendo el Obispo la obra misional en su diócesis, con la que forma una sola cosa, hace presente y como visible el espíritu y el celo misional del Pueblo de Dios, de suerte que toda la diócesis se hace misionera» (AG 38)³.

³ AA.VV., *Promoción misionera de las Iglesias locales* (Burgos, 1976); H. DE LUBAC, *Las Iglesias particulares en la Iglesia universal* (Salamanca, Sígueme, 1974); J. ESQUERDA BIFET, *Dimensión misionera de la Iglesia local* (Madrid, Com. Episcopal Misiones, 1975); J. GUERRA, *Las Iglesias locales como signo de la Iglesia universal en su proyección misionera*: Misiones Extranjeras 54 (1967) 181-194; J. VODOPIVEC, *La Chiesa locale e la missione*, en: *Chiesa e missione* (Roma, Pont. Univ. Urbaniana, 1990) 97-139. Recojo bibliografía y contenidos más actualizados en: *Teología de la Evangelización* (Madrid, BAC, 1995), cap.VI. La Congregación para la Evangelización de los Pueblos publicó un documento clarificador sobre el tema: *Rapporti tra la Chiesa universale e le Chiese particolari* (Plenaria 30 marzo - 2 abril 1971): Ench. Vaticanum 4, 665-677. Algunos textos conciliares y postconciliares sobre la Iglesia particular en su dimensión misionera: LG 23; ChD 11; AG 19-22, 29, 38; EN 62-64; RMi 48-49, 61-64, 67-68, 85; CEC 832-835, 1560; CIC 368-374.

Los textos magisteriales actuales presentan claramente la responsabilidad universal de los Obispos. Pero esta responsabilidad la asumen ellos como representantes y presidentes de su Iglesia particular y miembros del Colegio Episcopal, bajo la dirección del sucesor de Pedro: «Mis hermanos son directamente responsables conmigo de la evangelización del mundo, ya sea como miembros del Colegio Episcopal, ya sea como pastores de las Iglesias particulares» (RMi 63; citando LG 23 y AG 38).

Para que el Obispo con su Iglesia particular pueda asumir efectivamente esta responsabilidad, es imprescindible orientar todas las vocaciones (sacerdotal, vida consagrada, laical) en la dimensión misionera que les es propia, de suerte que toda la comunidad eclesial se haga misionera. De ahí la necesidad de una adecuada animación misionera.

Se puede calificar de «profética» esta invitación de *Redemptoris Missio* para que las Iglesias más necesitadas se decidan también a dar de su pobreza, sirviendo así de estímulo para las Iglesias que disponen de más medios: «Me dirijo, por tanto, a los bautizados de las comunidades jóvenes y de las Iglesias jóvenes. Hoy sois vosotros la esperanza de nuestra Iglesia, que tiene dos mil años: siendo jóvenes en la fe, debéis ser como los primeros cristianos e irradiar entusiasmo y valentía, con generosa entrega a Dios y al prójimo; en una palabra, debéis tomar el camino de la santidad... Y seréis también fermento de espíritu misionero para las Iglesias más antiguas» (RMi 91).

El que una Iglesia particular asuma responsablemente su dimensión misionera, es señal de madurez. Es interesante notar que el concilio Vaticano II invita a las Iglesias jóvenes a vivir esta dimensión misionera, precisamente para garantizar la autenticidad de su crecimiento (cfr. AG 6). Es la misma invitación que hace Juan Pablo II en su encíclica misionera: «Las mismas Iglesias más jóvenes, precisamente para que ese celo misionero florezca en los miembros de su patria, deben participar cuanto antes y de hecho en la misión universal de la Iglesia, enviando también ellas misioneros a predicar por todas las partes del mundo el Evangelio, aunque sufran escasez de clero. Muchas ya actúan así, y yo las aliento a continuar» (RMi 62).

La naturaleza de la Iglesia particular, como ya hemos indicado, se concreta en hacer presente a la Iglesia universal también y principalmente por el hecho de participar «in solidum» en la responsabilidad misionera. «Como la Iglesia particular debe representar lo mejor que pueda a la Iglesia universal, conozca muy bien que ha sido enviada también a aquellos que no creen en Cristo y que viven en el mismo territorio, para servirles de orientación hacia Cristo con el testimonio de la vida de cada uno de los fieles y de toda la comunidad» (AG 20; cfr. can. 781; RMi 64).

Esta comunión se realiza en cada Iglesia particular, en torno al Obispo como sucesor de los Apóstoles. Y en esta comunión debe resonar y concretarse la comunión de la Iglesia universal presidida por el Papa como sucesor de Pedro. De esta comunión local y universal, profundamente vivida y amada, brota la eficacia evan-

gelizadora: «Padre, que sean uno, como tú estás en mí y yo en ti... para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21-23). Esta esperanza misionera necesita fundamentarse en una recta y eficaz animación misionera en la Iglesia particular.

Para llegar a construir las Iglesias particulares más necesitadas, ayudándolas en un proceso de maduración eclesial auténtico, *se necesitan misioneros que hayan vivido profundamente esta comunión evangelizadora en la propia Iglesia particular*. La vida de comunión eclesial se refleja en la derivación misionera de la misma. La calidad de comunión se hace capacidad de misión. «Cada comunidad debe vivir unida a la Iglesia particular y universal... comprometida en la irradiación misionera» (RMi 51). La comunión es, al mismo tiempo, acción evangelizadora «ad intra» y «ad extra».

Al ayudar a otras Iglesia hermanas, se comparte con ellas una historia de gracia y una herencia apostólica, que es la quintaesencia de la Iglesia particular. Así tiene que ser la «comunicación de bienes» (LG 13). «El mismo Espíritu», que realiza la comunión, haciendo que la comunidad sea «un solo cuerpo» (1Cor 12,4.12), insta a la comunión misionera. Se vive, se comunica y se recibe la realidad de gracia de ser (con la predicación de los Apóstoles y con la Eucaristía) «un solo corazón y una sola alma» (Hech 4,32).

La «pluriformidad» y «variedad» de dones y carismas tiende a construir la misma comunión, puesto que existe una sola Iglesia, compuesta por diversas Iglesias particulares. Por esto, «en las Iglesias particulares y a partir de ellas se constituye la Iglesia Católica una y única» (LG 23). El intercambio de dones (también de vocaciones) entre comunidades eclesiales es el que corresponde a una familia de hijos de Dios, sin superioridad ni egoísmo. La toma de conciencia de que los dones recibidos de Dios son gratuitos, es la base de la comunión solidaria. Al redescubrir la propia historia como historia de gracia, surge la necesidad de colaborar a que otras comunidades lleguen a participar plenamente de esta historia particular, que es, al mismo tiempo, patrimonio común de toda la Iglesia.

La «nueva primavera» de gracia (RMi 2) o «nueva época misionera» (RMi 92) necesita el signo y la escuela de la comunión eclesial (cfr. Jn 17,23). El «nuevo fervor» de los apóstoles se concreta en la caridad, creadora de una «nueva comunidad fraterna»: «Jesucristo ordenó a los Apóstoles predicar a todas las gentes la nueva evangélica, para que la humanidad se hiciera familia de Dios, en la que la plenitud de la ley sea el amor» (GS 32). La celebración eucarística, en la escuela de Cenáculo, «con María la Madre de Jesús» (Hech 1,14), hace posible un «mundo renovado por el amor» (*Ecclesia de Eucharistia* 62).

Hay que reconocer, pues, la prioridad de la responsabilidad misionera que corresponde a las Iglesias particulares, con su Obispo y su Presbiterio (RMi 61-64, 67-68), puesto que la responsabilidad misionera se encuentra principalmente en los sucesores de los Apóstoles: «Los Doce son los primeros agentes de la misión universal» (RMi 61). Al reconocer que «cada Iglesia es enviada a las gentes», se afir-

ma la realidad de comunión misionera. En efecto, «en ese vínculo esencial de comunión entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares se desarrolla la auténtica y plena condición misionera» (RMi 62). Las afirmaciones conciliares y postconciliares son explícitas y no dejan lugar a dudas: «toda la diócesis se haga misionera» (AG 38); «toda Iglesia particular debe abrirse generosamente a las necesidades de los demás» (RMi 64).

Las realidades de gracia que constituyen cada Iglesia particular (*ministerios, vocaciones y carismas*) expresan y viven su realidad de comunión con la Iglesia universal, asumiendo la responsabilidad misionera que es inherente. Al ser y vivir la realidad de Iglesia particular, se asume la responsabilidad misionera universal de la misma. La colaboración en la misión universal es el termómetro de la vivencia de la verdadera comunión de Iglesia, la cual es «sacramento» como «señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1). Así se hace realidad el que la Iglesia sea «sacramento universal de salvación» (LG 48; AG 1).

La espiritualidad de *toda vocación* es eminentemente eclesial y, por tanto misionera. El amor a la Iglesia es la forma más concreta de expresar el amor a Cristo que vive en ella como misterio de comunión misionera. El servicio pastoral y la espiritualidad específica del sacerdote ministro, consiste también en dinamizar toda vocación cristiana por el camino de la santidad y de la misión (cfr. PO 6 y 9). Esta toma de conciencia misionera de toda vocación y de toda comunidad eclesial, está relacionada con la pertenencia a la Iglesia particular y la labor apostólica realizada por todos en la misma Iglesia.

La doctrina sobre la Iglesia particular misionera es, pues, clara y admitida teóricamente. Pero hay que pasar al terreno práctico y operativo: insistencias y urgencias actuales, necesidad de educación y formación, programación...⁴

Las *exhortaciones apostólicas que se refieren a los Sínodos continentales*, tienen la importancia de aplicar la doctrina conciliar a las situaciones concretas y, a veces, nuevas. A pesar de las deficiencias y de la falta de evangelizadores, se insta siempre a las Iglesias particulares a caminar por la lógica evangélica del «dar desde la propia pobreza» (Lc 21,4), precisamente en vistas a madurar en el propio crecimiento eclesial. Toda la Iglesia queda invitada a estudiar y aplicar estas exhortaciones, que trazan el programa misionero concreto del inicio del tercer milenio.

⁴ Empezaremos por constatar en este primer capítulo, los contenidos de las *exhortaciones postsinodales* a nivel de cada Continente: *Ecclesia in Africa* (1995), *Ecclesia in America* (1999), *Ecclesia in Asia* (1999), *Ecclesia in Oceania* (2001), *Ecclesia in Europa* (2003), que citamos con las siglas: EAf, EAm, EAs, EO, EEu. Las exhortaciones postsinodales sobre las diversas vocaciones o estados de vida, las resumimos en el capítulo segundo.

Ecclesia in Africa (1995)

Toda Iglesia particular se encuadra en la *comunidad de Iglesia universal*: «Las Iglesias locales de Africa tienen un puesto legítimo en la comunidad de la Iglesia, tienen derecho a conservar y desarrollar sus propias tradiciones, sin quitar nada al Primado de Pedro, que preside toda la comunidad de amor» (EAF 11). Esta comunidad se concreta en *asumir la propia responsabilidad misionera*: «Corresponde en primer lugar a esta última, la Iglesia local bajo la responsabilidad del Obispo, coordinar la obra de la evangelización... y sosteniéndolos en la realización de sus respectivas misiones...» (EAF 88).

Una Iglesia particular *no puede ceñir* su labor evangelizadora a los límites geográficos locales ni incluso sólo continentales: «La Iglesia en Africa no está llamada a dar testimonio de Cristo sólo en el continente; en efecto, a ella se dirige también la palabra del Señor resucitado: “Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8)... Los Padres sinodales reconocieron la llamada que Dios dirige a Africa para que desarrolle con pleno derecho, a escala mundial, su misión en el plano de salvación del género humano (cfr. 1Tm 2, 4)» (EAF 128).

La escasez de recursos no puede excusar de la cooperación misionera, sino que más bien encontrará en esa cooperación *el modo de superar la propia pobreza apostólica*: «Ninguna Iglesia particular, ni siquiera la más pobre, puede ser dispensada de la obligación de compartir sus recursos espirituales, temporales y humanos con las demás Iglesias particulares y con la Iglesia universal (cfr. Hech 2, 44-45). Por su parte, la Asamblea especial señaló la responsabilidad de Africa para la misión “hasta los confines de la tierra” con los siguientes términos: “La frase profética de Pablo VI –‘Africanos, estáis llamados a ser misioneros de vosotros mismos’– debe entenderse así: ‘sois misioneros para el mundo entero’ (...). Se ha lanzado una llamada a las Iglesias particulares de Africa para la misión más allá de los límites de sus propias diócesis» (EAF 129).

La misión es, pues, siempre de *ámbito local y universal*: «Aprobando con gozo y reconocimiento esta declaración de la Asamblea especial, deseo repetir a todos mis hermanos Obispos de Africa lo que decía años atrás: «La obligación que tiene la Iglesia de Africa de ser misionera en su propio seno y de evangelizar el continente exige la cooperación entre las Iglesias particulares en el ámbito de cada país africano, entre las diferentes naciones del continente y también de otros continentes. De este modo Africa se integrará plenamente en la actividad misionera». En una llamada precedente, dirigida a todas las Iglesias particulares, de reciente o antigua fundación, ya decía que «el mundo va unificándose cada vez más, el espíritu evangélico debe llevar a la superación de las barreras culturales y nacionalistas, evitando toda cerrazón» (RMI 39)» (EAF 130).

Estas orientaciones de la asamblea sinodal y de la exhortación apostólica *Ecclesia in Africa*, no hacen más que *corroborar las directrices del concilio*: «La valiente determinación manifestada por la Asamblea especial, de comprometer a las jóvenes Iglesias de Africa en la misión “hasta los confines de la tierra”, refleja el deseo de seguir, lo más generosamente posible, una de las importantes directrices del Concilio Vaticano II: “Para que este celo misionero florezca entre los naturales del país es muy conveniente que las Iglesias jóvenes participen cuanto antes activamente en la misión universal de la Iglesia, enviando también ellas misioneros que anuncien el Evangelio por toda la tierra, aunque sufran escasez de clero. Pues la comunión con la Iglesia universal se consumará en cierto modo cuando también ellas participen en la actividad misionera para con otras naciones” (AG 20)» (EAf 130).

Ecclesia in America (1999)

La problemática de América se ilumina con la «*nueva evangelización*» (nuevos métodos, nuevas expresiones, nuevo fervor de los apóstoles). Pero esa mima evangelización tiene que *abrirse* al todo el Continente y *a toda la humanidad*: «Ello obliga a la Iglesia universal, y en particular a la Iglesia en América, a permanecer abierta a la misión *ad gentes*. El programa de una nueva evangelización en el Continente, objetivo de muchos proyectos pastorales, no puede limitarse a revitalizar la fe de los creyentes rutinarios, sino que ha de buscar también anunciar a Cristo en los ambientes donde es desconocido. Además, las Iglesias particulares de América están llamadas a extender su impulso evangelizador más allá de sus fronteras continentales. No pueden guardar para sí las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano. Han de llevarlo al mundo entero y comunicarlo a aquéllos que todavía lo desconocen» (EAm 74).

La pobreza más profunda es la que deriva de la falta de fe. La *pobreza de medios apostólicos* en América sólo podrá solucionarse con la lógica evangélica de contribuir a la misión universal dando «*desde nuestra pobreza*» (RMi 64; Puebla 368): «Se trata de muchos millones de hombres y mujeres que, sin la fe, padecen la más grave de las pobreza. Ante esta pobreza sería erróneo no favorecer una actividad evangelizadora fuera del Continente con el pretexto de que todavía queda mucho por hacer en América o en la espera de llegar antes a una situación, en el fondo utópica, de plena realización de la Iglesia en América. Con el deseo de que el Continente americano participe, de acuerdo con su vitalidad cristiana, en la gran tarea de la misión *ad gentes*, hago más las propuestas concretas que los Padres sinodales presentaron en orden a “fomentar una mayor cooperación entre las Iglesias hermanas; enviar misioneros (sacerdotes, consagrados y fieles laicos) dentro y fuera del Continente; fortalecer o crear Institutos misionales; favorecer la dimensión misionera de la vida consagrada y contemplativa; dar un mayor impulso a la animación, formación y organización misional”. Estoy seguro de que el celo pastoral de los Obispos y de los demás hijos de la Iglesia en toda América sabrá encon-

trar iniciativas concretas, incluso a nivel internacional, que lleven a la práctica, con gran dinamismo y creatividad, estos propósitos misionales» (EAm 74).

Ecclesia in Asia (1999)

La Iglesia local o particular es Iglesia en la medida en que viva la *comunidad con toda la Iglesia*. Precisamente es la misma comunión que debe vivirse dentro de la Iglesia local como «comunidad de comunidades»: «Cada *Iglesia particular* debe fundarse en el testimonio de la comunión eclesial, que constituye la naturaleza misma de la Iglesia. Los padres sinodales prefirieron describir la diócesis como una comunión de comunidades reunidas en torno al pastor, donde el clero, los consagrados y los laicos están comprometidos en un «diálogo de vida y de corazón» sostenido por la gracia del Espíritu Santo. Y es en primer lugar en la diócesis donde la visión de una comunión de comunidades puede realizarse en medio de las complejas realidades sociales, políticas, religiosas, culturales y económicas de Asia» (EAs 25).

La vivencia de esta comunión eclesial es «participativa» y responsable, *por parte de cada creyente y de cada institución eclesial*: «La comunión eclesial implica que cada Iglesia local se convierta en lo que los padres sinodales llamaron una “Iglesia participativa”, es decir, una Iglesia en la que cada uno viva su vocación propia y cumpla su función. Con el fin de edificar la “comunión para la misión” y la “misión de comunión”, debe reconocerse, desarrollarse y utilizarse de forma eficaz el carisma singular de cada miembro. En particular, es necesario promover una mayor implicación de los laicos y de las personas consagradas en la programación pastoral y en el proceso de toma de decisiones mediante estructuras de participación, como los consejos pastorales y las asambleas parroquiales» (EAs 25).

Pero la comunión «ad intra» es auténtica cuando se demuestra en la *comunidad con la Iglesia universal*, colaborando en la misma misión sin fronteras: «Solidaridad entre las Iglesias. EAs 26: «Esta comunión “ad intra” contribuye a la solidaridad entre las Iglesias particulares. La atención a las necesidades locales es legítima e indispensable, pero la comunión exige que las Iglesias particulares permanezcan abiertas unas con respecto a las otras y colaboren entre sí, para que en su diversidad conserven y manifiesten claramente el vínculo de comunión con la Iglesia universal. La comunión requiere mutua comprensión y coordinación de esfuerzos con vistas a la misión, sin perjuicio de la autonomía y los derechos de las Iglesias según las respectivas tradiciones teológicas, litúrgicas y espirituales» (EAs 26).

Ecclesia in Oceania (2001)

No existiría *comunidad eclesial* sin la colaboración apostólica efectiva (diocesana e interdiocesana), bajo la dirección de su propio pastor, el obispo, en comunión con el Papa: «La *comunidad eclesial* se expresa y vive, de modo especial en la *Iglesia particular* reunida en torno al Obispo, del cual las personas son colaboradoras en la

misión... La *comuni3n* entre las Iglesias particulares se fundamenta en la unidad de la fe, del Bautismo y de la Eucaristía, pero tambi3n en la unidad del Episcopado... Ella comprende todas las Iglesias particulares por medio de los respectivos Obispos, unidos al Obispo de Roma, cabeza visible de la Iglesia... El S3nodo ha expresado la esperanza de que la relaci3n entre las Iglesias particulares y la Iglesia universal, de modo especial la Santa Sede, reflejen y edifiquen la *comuni3n*» (EO 11).

La llamada a la *misi3n universal ata3e a todo creyente y a toda Iglesia particular*: «La llamada a la misi3n se dirige a todo miembro de la Iglesia: Toda la Iglesia es misionera, porque la actividad misionera... es parte integrante de su misi3n» (EO 13). Es, pues, un hecho normal y una se3al de madurez el que una *Iglesia particular* se disponga a dar lo que ella misma ha recibido gratuitamente por parte de otros evangelizadores: «Iglesias particulares, fundadas por los misioneros, a su vez est3n enviando misioneros y esto es una se3al inequívoca de madurez» (EO 15). La comuni3n se concreta en cooperaci3n misionera: «Juntamente con los Obispos, todos los fieles de Cristo –sacerdotes, consagrados, laicos– est3n llamados a proclamar el Evangelio. Su *comuni3n* se expresa con un esp3ritu de colaboraci3n, que es ella misma testimonio poderoso del Evangelio» (EO 19).

Ecclesia in Europa (2003)

La última exhortaci3n apost3lica continental es la que se refiere a Europa. Siendo la última de la serie y tratándose del Continente que más ha aportado, hasta ahora, a la misi3n universal, no es de extrañar que el tema de la *evangelizaci3n «ad gentes»*, de parte de las Iglesias particulares, quede explicado *con más amplitud*. A pesar de algunos signos negativos sobre la situaci3n religiosa europea, se insta a redescubrir la misi3n, precisamente en vistas a un nuevo resurgir espiritual y apost3lico.

La acci3n misionera de las Iglesia particulares debe fundamentarse en el anuncio sin ambigüedades de la unicidad de *Cristo como Salvador y Mediador universal*: «Las Iglesias particulares... profundizando su propia dimensi3n misionera, deben dar constantemente testimonio de que Jesucristo es el único mediador y portador de salvaci3n para la humanidad entera: sólo en Él la humanidad, la historia y el cosmos encuentran su sentido positivo definitivamente y se realizan totalmente; Él tiene en sí mismo, en sus hechos y en su persona, las razones definitivas de la salvaci3n; no sólo es un mediador de salvaci3n, sino la fuente misma de la salvaci3n» (EEu 20).

Este anuncio debe presentar, al mismo tiempo, cómo *los valores evangélicos enra3zan en la cultura y en la historia*: «La misi3n de cada Iglesia particular en Europa es tener en cuenta la sed de verdad de toda persona y la necesidad de valores auténticos que animen a los pueblos del Continente... Se trata de emprender una ar-

ticulada acción cultural y misionera, enseñando con obras y argumentos convincentes cómo la nueva Europa necesita descubrir sus propias raíces últimas» (EEu 21).

Para conseguir el objetivo de una «acción misionera armónica», es necesario llegar a una *comunidad eclesial efectiva entre las diversas instituciones eclesiales*. Entonces las Iglesias particulares serán el reflejo de la vida trinitaria: «Ante las insistentes tentaciones de división y contraposición, la diversas Iglesias particulares en Europa, bien unidas al Sucesor de Pedro, han de esforzarse en ser verdaderamente lugar e instrumento de comunión de todo el Pueblo de Dios en la fe y en el amor... se esfuercen en realizar una pastoral que, valorando todas las diversidades legítimas, fomente una colaboración cordial entre todos los fieles y sus asociaciones; promuevan los organismos de participación como instrumentos preciosos de comunión para una acción misionera armónica, impulsando la presencia de agentes de pastoral adecuadamente preparados y cualificados. De este modo, las Iglesias mismas, animadas por la comunión, que es manifestación del amor de Dios, fundamento y razón de la esperanza que no defrauda (cfr. Rom 5, 5), serán un reflejo más brillante de la Trinidad, además de un signo que interpela e invita a creer (cfr. Jn 17, 21)» (EEu 28).

Ante las nuevas situaciones, *las diversas Iglesias particulares deben aunar esfuerzos*: «Las Iglesias particulares no pueden estar solas a la hora de afrontar el reto que se les presenta. Se necesita una auténtica colaboración entre todas las Iglesias particulares del Continente, que sea expresión de su comunión esencial; colaboración exigida también por la nueva realidad europea» (EEu 53).

De esta vida de comunión en el interno de las Iglesias particulares, así como de la colaboración entre todas ellas, se pasará fácilmente la *revitalización de la acción misionera universal*, recordando la aportación misionera de años anteriores: «La obra de evangelización está animada por verdadera esperanza cristiana cuando se abre a horizontes universales, que llevan a ofrecer gratis a todos lo que se ha recibido también como don. La misión *ad gentes* se convierte así en expresión de una Iglesia forjada por el Evangelio de la esperanza, que se renueva y rejuvenece continuamente. Ésta ha sido la convicción de la Iglesia en Europa a lo largo de los siglos: innumerables grupos de misioneros y misioneras han anunciado el Evangelio de Jesucristo a las gentes de todo el mundo, yendo al encuentro de otros pueblos y civilizaciones. El mismo ardor misionero debe animar a la Iglesia en la Europa de hoy» (EEu 64).

La falta de vocaciones y la disminución numérica de los apóstoles no es motivo para olvidar la misión universalista: «La disminución de presbíteros y personas consagradas en ciertos Países no ha de ser impedimento en ninguna Iglesia particular para que asuma las exigencias de la Iglesia universal. Cada una encontrará el modo de favorecer la preparación a la misión *ad gentes*, para responder así con generosidad al clamor que se eleva aún en muchos pueblos y naciones deseosas de conocer el Evangelio. En otros Continentes, particularmente Asia y África, las Co-

comunidades eclesiales observan todavía a las Iglesias en Europa y esperan que sigan llevando a cabo su vocación misionera. Los cristianos en Europa no pueden renunciar a su historia» (EEu 64)⁵.

2. *La necesidad de una fuerte animación misionera en la pastoral ordinaria de las Iglesias particulares*

En toda comunidad eclesial y, de modo especial, en la Iglesia particular, encontramos personas (*vocaciones*), que realizan servicios o *ministerios* (proféticos, litúrgicos, de caridad y de dirección), por los que la misma comunidad se evangeliza y se hace evangelizadora. Los servicios ministeriales, realizados con armonía, ayudan a despertar la conciencia y la disponibilidad misionera en los diferentes estados de vida (*vocaciones*), con la ayuda de *carismas* específicos.

Las exhortaciones postsinodales sobre las vocaciones específicas han trazado líneas básicas para la cooperación misionera en y desde la Iglesia particular⁶.

Christifideles laici

La acción apostólica de los laicos, como inserción en las estructuras humanas, a modo de fermento evangélico, se realiza *en el ámbito de la Iglesia particular* y en relación con la Iglesia universal. *Christifideles Laici* dedica a este tema uno de los mejores textos sobre la dimensión misionera universal del laicado: «Los fieles laicos participan en la vida de la Iglesia no sólo llevando a cabo sus funciones y ejercitando sus carismas, sino también en otros muchos modos. Tal participación encuentra su primera y necesaria expresión en la vida y misión de las *Iglesias particulares*, de las diócesis, en las que «verdaderamente está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica». Para poder participar adecuadamente en la vida eclesial es del todo urgente que los fieles laicos posean una visión clara y precisa de *la Iglesia particular en su relación originaria con la Iglesia universal*» (ChL 25).

⁵ Misión «*ad gentes*» también dentro de Europa: «En el “viejo” Continente existen también amplios sectores sociales y culturales en los que se necesita una verdadera y auténtica misión *ad gentes*» (EEu 46). «Se puede decir –como se ha subrayado en el Sínodo– que tal desafío consiste frecuentemente no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio: nuestras comunidades tendrían que preocuparse seriamente por llevar el Evangelio de la esperanza a los alejados de la fe o que se han apartado de la práctica cristiana» (EEu 47).

⁶ Aprovechamos especialmente los contenidos de: *Christifideles Laici* (1988) sobre el laicado (ChL), *Pastores Dabo Vobis* (1992) sobre los sacerdotes ministros y su formación (PDV), *Vita Consecrata* (1996) sobre las diversas formas de vida consagrada (VC). Nos ceñimos a la dimensión misionera de cada vocación específica, en relación la Iglesia particular. En las notas haremos referencia a textos conciliares y postconciliares (AG, EN, RMI, etc.) sobre la dimensión misionera de cada vocación.

Insistiendo en este tema, *Christifideles laici* cita ampliamente la *doctrina conciliar*: «Por esto dice el Concilio que las Iglesias particulares están “formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a partir de las cuales existe una sola y única Iglesia católica”. El mismo Concilio anima a los fieles laicos para que *vivan activamente su pertenencia a la Iglesia particular, asumiendo al mismo tiempo una amplitud de miras cada vez más “católica”*: “Cultiven constantemente –leemos en el Decreto sobre el apostolado a los laicos– el sentido de la diócesis, de la cual es la parroquia como un cédula, siempre dispuestos, cuando sean invitados por su Pastor, a unir sus propias fuerzas a las iniciativas diocesanas. Es más, para responder a las necesidades de la ciudad y de las zonas rurales, no deben limitar su cooperación a los confines de la parroquia o de la diócesis, sino que han de procurar ampliarla al ámbito interparroquial, interdiocesano, nacional o internacional; tanto más cuando los crecientes desplazamientos demográficos, el desarrollo de las mutuas relaciones y la facilidad de las comunicaciones no consiente ya a ningún sector de la sociedad permanecer cerrado en sí mismo. Tengan así presente las necesidades del Pueblo de Dios esparcido por toda la tierra”» (ChL 25).

Esta dimensión misionera del laicado es hoy más necesaria que nunca, debido a las *situaciones actuales*. El mandato misionero les atañe también a ellos, *personalmente y formando parte de la Iglesia particular*: «La acción de los fieles laicos –que, por otra parte, nunca ha faltado en este ámbito– se revela hoy cada vez más necesaria y valiosa. En realidad, el mandato del Señor “Id por todo el mundo” sigue encontrando muchos laicos generosos, dispuestos a abandonar su ambiente de vida, su trabajo, su región o patria, para trasladarse, al menos por un determinado tiempo, en zona de misiones... Pero el problema misionero se presenta actualmente a la Iglesia con una amplitud y con una gravedad tales, que sólo una solidaria asunción de responsabilidades por parte de todos los miembros de la Iglesia –tanto personal como comunitariamente– puede hacer esperar una respuesta más eficaz. La invitación que el Concilio Vaticano II ha dirigido a las *Iglesias particulares* conserva todo su valor; es más, exige hoy una acogida más generalizada y más decidida: “La *Iglesia particular*, debiendo representar en el modo más perfecto la Iglesia universal, ha de tener la plena conciencia de haber sido también enviada a los que no creen en Cristo”... En esta nueva etapa, la formación no sólo del clero local, sino también de un laicado maduro y responsable, se presenta en las jóvenes Iglesias como elemento esencial e irrenunciable de la *plantatio Ecclesiae*» (ChL 35)⁷.

Pastores dabo vobis

La acción apostólica del sacerdote ministro se realiza en la *Iglesia particular* y, consecuentemente, también *en relación con la Iglesia universal*: «El ministerio del

⁷ Ver la dimensión misionera del laicado también en: AG 41; AA 6, 13; EN 72; RMi 71-72; EAF 90; EAm 44; EAs 45; EO 19 y 43; EEU 41-43.

presbítero está totalmente al servicio de la Iglesia; está para la promoción del ejercicio del sacerdocio común de todo el Pueblo de Dios; está ordenado no sólo para la *Iglesia particular*, sino también para la Iglesia universal (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 10), en comunión con el Obispo, con Pedro y bajo Pedro» (PDV 16).

El servicio sacerdotal tiene siempre esta *dimensión misionera*, como exigencia de la ordenación: «Como subraya el Concilio, “el don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta los confines del mundo, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles” (PO 10). Por la naturaleza misma de su ministerio, deben por tanto estar llenos y animados de un profundo espíritu misionero y “de un espíritu genuinamente católico, que les habitúe a *trascender los límites de la propia diócesis*, nación o rito y proyectarse en una generosa ayuda a las necesidades de toda la Iglesia y con ánimo dispuesto a predicar el Evangelio en todas partes” (OT 20)» (PDV 18).

La *pertenencia a la Iglesia particular*, por parte de quien está incardinado en ella, supone el asumir las responsabilidades misioneras de la misma: «En esta perspectiva es necesario considerar como valor espiritual del presbítero su pertenencia y su dedicación a la *Iglesia particular*... la relación con el Obispo en el único presbiterio, la coparticipación en su preocupación eclesial, la dedicación al cuidado evangélico del Pueblo de Dios en las condiciones concretas históricas y ambientales de la *Iglesia particular*... Es necesario que el sacerdote tenga la conciencia de que su “estar en una *Iglesia particular*” constituye, por su propia naturaleza, un elemento calificativo para vivir una espiritualidad cristiana. Por ello, el presbítero encuentra, precisamente en su pertenencia y dedicación a la *Iglesia particular*, una fuente de significados, de criterios de discernimiento y de acción, que configuran tanto su misión pastoral como su vida espiritual» (PDV 31).

Por esto, la misma «*incardinación*» es una gracia de pertenencia y dedicación que podríamos llamar esponsal y que deriva necesariamente hacia la misión universal: «La pertenencia y dedicación a una *Iglesia particular* no circunscriben la actividad y la vida del presbítero, pues, dada la misma naturaleza de la *Iglesia particular* y del ministerio sacerdotal, aquellas no pueden reducirse a estrechos límites» (cita texto de PO 10)... Como he señalado en la encíclica *Redemptoris Missio*, “todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad de misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más lejanos y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera” (RMi 67)» (cita de nuevo texto de PO 10) (PDV 32)⁸.

⁸ Otros textos sobre la dimensión misionera del sacerdote (también en relación con la Iglesia particular y desde ella): AG 39; PO 10; EN 68; RMi 67-68 (sacerdotes diocesanos); EAF 97; EAm 99; EAs 43; EO 48-49; EEu 34-36.

Vita consecrata

Precisamente a la luz del *carisma fundacional*, las instituciones de vida consagrada viven su actividad evangelizadora como participación en la vida eclesial: «En los fundadores y fundadoras *aparece siempre vivo el sentido de la Iglesia*, que se manifiesta en su plena participación en la vida eclesial en todas sus dimensiones, y en la diligente obediencia a los Pastores, especialmente al Romano Pontífice» (VC 46). «De aquí nace principalmente, obedeciendo el mandato de Cristo, el impulso misionero *ad gentes*, que todo cristiano consciente comparte con la Iglesia, misionera por su misma naturaleza. Es un impulso sentido sobre todo por los miembros de los Institutos, sean de vida contemplativa o activa» (VC 77).

La vida consagrada, *por su misma naturaleza*, es una *dedicación a la Iglesia universal*, en relación de dependencia de quien preside la caridad universal (el sucesor de Pedro) y colaborando en el intercambio de dones que debe existir entre todas las *Iglesias particulares*: «Las personas consagradas están llamadas a ser fermento de comunión misionera en la *Iglesia universal* por el hecho mismo de que los múltiples carismas de los respectivos Institutos son otorgados por el Espíritu para el bien de todo el Cuerpo místico, a cuya edificación deben servir (cfr. 1 Cor 12, 4-11)... Emerge de este modo el carácter de universalidad y de comunión que es peculiar de los Institutos de vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica. Por la connotación supradiocesana, que tiene su raíz en la *especial vinculación con el ministerio petrino*, ellos están también al servicio de la *colaboración entre las diversas Iglesias particulares*, en las cuales pueden promover eficazmente el “intercambio de dones”» (VC 47).

La vida consagrada está *insertada en la Iglesia particular*, participando de la *diocesaneidad* de un modo peculiar, favoreciendo la armonía en toda la pastoral de conjunto de la diócesis. De ahí «la importancia que reviste la colaboración de las personas consagradas con los Obispos para el desarrollo armonioso de la pastoral diocesana. Los carismas de la vida consagrada pueden contribuir poderosamente a la edificación de la caridad en la *Iglesia particular*» (VC 48). «Las personas consagradas, por su parte, no dejarán de ofrecer su generosa colaboración a la *Iglesia particular* según las propias fuerzas y respetando el propio carisma, actuando en plena comunión con el Obispo en el ámbito de la evangelización, de la catequesis y de la vida de las parroquias» (VC 49)⁹.

La *espiritualidad misionera es parte integrante* de toda forma de vida consagrada: «“El amor de Cristo nos apremia” (2 Cor 5, 14): los miembros de cada Instituto deberían repetir estas palabras con el Apóstol, por ser tarea de la vida consagrada el trabajar en todo el mundo para consolidar y difundir el Reino de Cristo, llevan-

⁹ «Las vírgenes consagradas en el mundo realizan su consagración en una especial relación de comunión con la *Iglesia particular y universal*» (VC 42).

do el anuncio del Evangelio a todas partes, hasta las regiones más lejanas» (VC 78)¹⁰.

En cualquier institución eclesial y, por tanto, también y especialmente en todo el *campo vocacional diferenciado*, hay que ir creando una *mentalidad de comunión eclesial*, que va más allá del propio interés carismático e institucional.

Toda institución eclesial debe ser «*escuela de comunión*» misionera: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo... Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado... No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento» (NMi 43)¹¹.

Colaborar en la *misión local y universal* no es algo de adorno o de paréntesis, sino que es expresión de la autenticidad de vida cristiana que existe en la comunidad. Vocaciones, ministerios y carismas integran la comunión eclesial misionera «ad intra» y «ad extra». No basta con afirmar que la Iglesia particular tiene una prioridad en el campo de la responsabilidad misionera universal. Para que ello sea

¹⁰ Sobre la dimensión misionera de la vida consagrada: AG 40; PC 3; EN 69; RMi 69-70; EAf 94; EAm 43; EAs 44; EO 51-52; EEu 37-40.

¹¹ Comunión y misión: AA.VV., *Comunión: nuevo rostro de la misión* (Burgos, XXXIII Semana Misionera, 1981); AA.VV., *La Chiesa sacramento di comunione* (Roma, Teresianum 1979); J. BARREDA, *El apóstol, testigo de comunión*: Studium 22 (1982) 387-422; J. CAPMANY, *Misión en la comunión* (Madrid, PPC 1984); Y. CONGAR, *Diversité et communion* (Paris, Cerf 1982); J. ESQUERDA BIFET, *Compartir con los hermanos, la comunión de los santos* (Barcelona, Balmes 1992); Cl. GARCIA EXTREMEÑO, *La actividad misionera de una Iglesia sacramento y desde una Iglesia comunión*: Estudios de Misionología 2 (1977) 217-252; M.J. LE GUILLOU, *Mission et unité, les exigences de la communion* (Paris 1964); C. SCANZILLO, *La Chiesa sacramento di comunione* (Napoli, Dehoniane, 1987). Recojo bibliografía y contenidos más actualizados, en: *Teología de la Evangelización*, o.c., cap. VIss. «La edificación y salvaguardia de esta unidad, a la que la diversidad confiere el carácter de comunión, es también tarea de todos en la Iglesia, porque todos están llamados a construirla y respetarla cada día, sobre todo mediante aquella caridad que es el vínculo de perfección (cfr. Col 3,14)» Congregación para la Doctrina de la Fe (28 mayo 1992) *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión* (Lib. Edit. Vaticana, 1992) IV, 15. Documento de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada: *La vida fraterna en comunidad, «congregavit nos in unum Christi amor»* (2 febrero 1994).

una realidad concreta, se necesita una preparación o proceso, que constituye la *base de la animación misionera*: formación, información, compromisos y ayudas, programación pastoral armónica y coherente, etc.

La *animación misionera* forma parte integrante del proceso de evangelización en todos sus niveles ministeriales: profético, litúrgico y de caridad. La animación misionera se inserta en esta realidad evangelizadora como algo normal. Es toda la comunidad diocesana la que se abre a la misión sin fronteras. El carisma episcopal es imprescindible: «Suscitando, promoviendo y dirigiendo la obra misionera en su diócesis, con la que forma una sola cosa, el Obispo hace presente y como visible el espíritu y el ardor misionero del Pueblo de Dios, de forma que toda la diócesis se haga misionera» (AG 38).

En la acción pastoral de una comunidad (especialmente de la Iglesia particular), «se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo» (CD 11; can. 369). *Toda vocación, ministerio y carisma* tiende a hacer realidad esta dimensión universalista de la Iglesia particular, a partir de unas circunstancias socio-culturales y de una historia peculiar de gracia. La Iglesia particular, con todos sus componentes, es «enviada a quienes no creen en Cristo», realizando este objetivo «con el testimonio de la vida de cada fiel y de toda la comunidad» (AG 20; can. 781).

La *animación misionera* tiende a aprender el ser «comunidad de los santos», como proceso de dar y recibir sin fronteras. Esta apertura universalista garantiza el proceso de crecimiento y de implantación de la Iglesia hasta su madurez. Es un proceso eclesial que salva los valores locales auténticos en armonía con la herencia común de toda la humanidad, dando lugar a una auténtica inculturación.

Para que una comunidad eclesial se abra y se capacite, tanto para «beber el patrimonio universal» como «comunicar a la Iglesia universal la experiencia y la vida de su pueblo en beneficio de todos» (EN 64), es necesario que las vocaciones, ministerios y carismas se realicen de modo dinámico por medio de una *animación misionera verdaderamente coherente y comprometida*.

Un *programa de animación misionera* intenta formar personas vocacionadas, que amen profundamente su propia realidad eclesial (carisma particular e Iglesia particular). Se podrían señalar cuatro instancias prioritarias:

- Vivencia del *propio carisma personal e institucional*, en el que está enraizada la dimensión misionera universalista,
- vivencia de la *comunidad eclesial*, como coordinación de vocaciones, ministerios y carismas,
- disponibilidad para el *seguimiento evangélico de Cristo* expresado en criterios, motivaciones, lógica y escala de valores evangélicos,
- *disponibilidad para la evangelización* de los más pobres, dentro y fuera de la propia comunidad, es decir, de los que no tienen la fe cristiana.

La animación o cooperación misionera «se fundamenta y se vive, ante todo, mediante la unión personal con Cristo; sólo si se está unido a él, como el sarmiento a la vid (cfr. Jn 15,5), se pueden producir buenos frutos. La santidad de vida permite a cada cristiano ser fecundo en la misión de la Iglesia» (RMi 77).

Si no hubiera esta *renovación de los propia comunidad*, difícilmente se podría dar la animación misionera de la Iglesia particular. Una comunidad eclesial renovada es escuela de misionariedad. Es necesario planificar la formación inicial y permanente, de suerte que derive hacia la participación de personas e instituciones en el dinamismo misionero de la Iglesia particular. «Es necesaria una radical conversión de la mentalidad para hacerse misioneros, y esto vale tanto para las personas, como para las comunidades» (RMi 49).

La llamada «*nueva evangelización*» supone una *renovación de la comunidad eclesial* para que responda generosamente al deber de la misión «*ad gentes*». Así se llega a una cooperación efectiva y afectiva en todos los aspectos.

Hay que formar para una *mentalidad misionera de dar y recibir*. La actitud de dar equivale a compartir los dones recibidos con los hermanos de la misma familia de hijos de Dios, alejando todo tipo de proteccionismo, paternalismo o neocolonialismo. Se puede y debe dar también «desde nuestra pobreza». La encíclica *Redemptoris Missio*, al citar esta frase de Puebla n. 368, que remite a Lc 21,4, afirma: «La Iglesia misionera da lo que recibe... La generosidad en el dar debe estar siempre iluminada e inspirada por la fe: entonces sí que hay más alegría en dar que en recibir» (RMi 81). Verdaderamente «hay mayor felicidad en dar que en recibir» (Hch 20,35).

Cuando se da con esta lógica evangélica, se aprende también a recibir de parte de los hermanos a quienes se ha ayudado. En el momento de distribuir o dar, hay que «comprobar el espíritu con que se da; las misiones no piden solamente ayuda, sino compartir el anuncio y la caridad para con los pobres» (RMi 81). En el campo misionero, quien evangeliza queda también evangelizado. Cuando se da a los más pobres en algún nivel de necesidades, se recibe de los mismos mucho más en otro nivel. «En virtud de la catolicidad, cada una de las partes colabora con sus dones propios con las restantes partes y con toda la Iglesia» (LG 13).

Quien ha trabajado directamente en la misión «*ad gentes*», constata que *se recibe mucho más de lo que se da*. «Cooperar con las misiones quiere decir no sólo dar, sino también saber recibir: todas las Iglesias particulares, jóvenes o antiguas, están llamadas a dar y a recibir en favor de la misión universal, y ninguna deberá encerrarse en sí misma... Las Iglesias locales, aunque arraigadas en su pueblo y en su cultura, sin embargo deben mantener concretamente este sentido universal de la fe, es decir, dando y recibiendo de las otras Iglesias dones espirituales, experiencias pastorales del primer anuncio y de evangelización, personal apostólico y medios materiales» (RMi 85; cfr. EN 64).

La educación para el *dar y recibir* es, pues, *parte integrante de la animación misionera de la toda Iglesia particular*, tanto de la que ayuda con personal y con medios económicos, como de la que es ayudada. Se ayuda como expresión de la comunidad entera (sin personalismos), como ayuda entre Iglesias hermanas. Las mismas Iglesias necesitadas aprenden, ya desde el primero momento de la implantación, el mismo proceso de dar y de recibir, como quien comparte familiarmente. La generosidad en dar, por parte de las Iglesia necesitadas y más jóvenes, será un estímulo para las Iglesias de antigua cristiandad (cfr. RMi 65, 85, 91)¹².

Tanto el dar como el recibir, son signo de comunión eclesial, sin humillar ni atrofiar. No se da sólo lo que sobra, sino que se tiende a *compartir todo*. Toda Iglesia particular es «evangelizada y evangelizadora» (cfr. EN 15). La *formación para esta animación misionera del dar y recibir*, comporta unas línea básicas: por qué, a quiénes, cómo, qué y para qué hay que dar.

Con esta actitud evangélica de dar y recibir, se acierta en el objetivo de la misión, *abarcando todos los campos de pobreza (material, cultural, moral)*, sin olvidar a los más pobres, es decir, a los que todavía no creen en Cristo Salvador. «Los pobres tienen hambre de Dios, y no sólo de pan y libertad; la actividad misionera ante todo ha de testimoniar y anunciar la salvación en Cristo, fundando las Iglesia locales que son luego instrumento de liberación en todos los sentidos» (RMi 83)¹³.

3. *Hacia un proyecto de animación misionera en la Iglesia particular*

Es verdad que se ha ido tomando conciencia de que toda Iglesia particular es misionera por su misma naturaleza. Las razones y motivaciones son muy claras en los documentos eclesiales que hemos citado más arriba. Lo importante y urgente

¹² En el capítulo VII de la encíclica *Redemptoris Missio* la palabra «cooperación» se refiere a la ayuda concreta (medios de cooperación) por parte de la comunidad y presupone la «animación» y formación misionera de la misma comunidad, para hacerla misionera. Entonces las comunidades sabrán ofrecer principalmente vocaciones. En el decreto conciliar *Ad Gentes* (cap. VI) la palabra «cooperación» significa la responsabilidad efectiva de todo el Pueblo de Dios en la misión universal. La palabra «cooperación» (análoga a la de «animación») incluye ambos aspectos: responsables que deben colaborar y medios con los que hay que colaborar.

¹³ M. BIANCHI, *Animación misionera de las comunidades eclesiales*, en: *Misión para el tercer milenio* (Bogotá, OMP 1992) 154-172; L.A. CASTRO, *Didáctica misionera* (Bogotá, Paulinas 1988); J.M. ECHENIQUE, *La animación misionera en el Pueblo de Dios* (Madrid, PPC 1972); J. ESQUERDA BIFET, *Teología de la evangelización* (Madrid, BAC, 1995) cap.IX (Cooperación y animación misionera de la comunidad eclesial); P. GHEDDO, *Quale animazione missionaria* (Bologna, EMI 1989); J.M. GOIBURU, *Animación misionera* (Estella, Verbo Divino 1985); F. PAVESE, *Cooperazione, animazione e formazione missionaria*, en: *Cristo, Chiesa, Missione* (Roma, Pont. Univ. Urbaniana 1992). Ver: Instrucción de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos sobre la Cooperación Misionera: *Cooperatio Missionalis* (1 octubre 1998). Comentado este último documento: *La cooperación misionera* (Madrid, Comisión Episcopal de Misiones, 2000).

es ahora estudiar los caminos para *hacer efectivamente misionera a toda comunidad eclesial*, por medio de un proyecto de animación misionera adecuado.

En el plan estructural, todos los servicios diocesanos necesitan moverse en la dinámica de la única misión que Cristo confió a su Iglesia: la de evangelizar a todos los pueblos. Sin esta dimensión misionera «*ad gentes*», las estructuras diocesanas no lograrían situarse más allá de una estructura parecida a las demás. Las *estructuras diocesanas* abren la herencia común de gracia a la Iglesia universal. De esta apertura dependerá su propia viabilidad y eficacia.

Los servicios diocesanos de organización, administración y dirección tienen que llegar a ser estimulantes que respeten el principio de subsidiariedad. La curia pastoral y administrativa, consiste en servicios para potenciar todos los sectores pastorales (catequesis, educación, liturgia, juventud, familia, sanidad, cáritas, asociaciones, pobres, migraciones...).

El *Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos*, urge a que «los fieles y comunidades parroquiales se sientan realmente miembros tanto de la diócesis como de la Iglesia universal»¹⁴.

Cualquier servicio diocesano (incluyendo el consejo presbiteral y pastoral), tendrá que *respetar el principio de subsidiariedad de personas y pequeñas comunidades o grupos*. Este respecto de las diversas autonomías sólo será posible con la apertura misionera «*ad gentes*», indicando las pistas del universalismo (geográfico, sociológico, cultural), de la primera evangelización (colaborando a implantar la Iglesia en toda comunidad humana) y de la ayuda a las Iglesias hermanas más necesitadas.

Todo ello supone *una pastoral integral, de conjunto, armónica*, que penetre la vida de la comunidad diocesana, donde la dimensión misionera sea connatural.

La pastoral de conjunto de la Iglesia particular *incluye el servicio de la animación y cooperación misionera*. Para ello es necesario organizar agentes cualificados, que sepan presentar las situaciones «*ad gentes*» (información, estadísticas, experiencias, publicaciones) y, al mismo tiempo, que sepan exponer los fundamentos teológicos de la misión, en vistas a suscitar mentalidad y disponibilidad misionera sin fronteras. Tantos los individuos como las instituciones (asociaciones, movimientos, comunidades, etc.), salvando la identidad de su propio carisma, deben insertarse en la pastoral de conjunto de la Iglesia particular. La información y la formación deben impartirse en armonía con las directrices conciliares y postconciliares (AG, EN, RMi), así como según las indicaciones de la pastoral local dirigida por el propio Obispo¹⁵.

¹⁴ *Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos*, n. 204; cfr. can. 511-514. Habrá que esperar los contenidos de la próxima exhortación postsinodal sobre el ministerio de los Obispos.

En realidad, *cada uno de los ministerios*, por su misma naturaleza, tiende a que la comunidad se haga responsable de la misión universal. El universalismo de la revelación, de la encarnación y de la redención, aflora siempre en el misterio de Cristo anunciado (ministerios proféticos), celebrado (ministerios litúrgicos y sacramentales) y comunicado (ministerios o servicio de caridad y dirección).

Es fácil hacer *una lista de medios de animación y cooperación misionera*, por medio de una lectura sincrónica de las encíclicas misioneras y de los documentos conciliares y postconciliares: oración, sacrificio, ofrecimiento del dolor («los enfermos se hacen también misioneros»: RMi 78), vocaciones, ayuda económica, formación misionera, atención a la movilidad humana para conocer los campos misioneros, coordinación por parte de las Obras Misionales Pontificias, etc. Se trata de *medios espirituales, materiales, formativos y vocacionales*.

Cada uno de estos medios tiene su prioridad específica, según el punto de vista con que se afronte la animación. La oración y el sacrificio han sido siempre considerados como los medios más importantes. Pero cuando se trata de la aportación directa al trabajo misional, las *vocaciones misioneras propiamente dichas tienen la preferencia*. «A este respecto, hay que reconocer la validez de las diversas formas de actividad misioneras; pero, al mismo tiempo, es necesario reafirmar la prioridad de la donación total y perpetua a la obra de las misiones, especialmente en los Institutos y congregaciones misioneras, masculinas y femeninas. La promoción de estas vocaciones es el corazón de la cooperación» (RMi 79).

Lo importante es formar a la comunidad para que asuma su propia responsabilidad y, por tanto, colabore en la aportación de los medios indicados de animación y cooperación. *Es la formación e información que debe llegar a la infancia y juventud, a los enfermos, la familia, los centros de formación, de las instituciones apostólicas laicales, religiosas y sacerdotales*. Vocaciones, ministerios y carismas deben orientarse hacia misión local y «*ad gentes*»¹⁶.

Se podrían trazar unas *líneas maestras de la animación misionera* en la Iglesia particular, que abarcaran todos los campos (*vocaciones, ministerios, carismas*), así como las diversas estructuras y servicios:

- suscitar la *cooperación espiritual* concretada en la oración, el sacrificio, la participación en la Eucaristía, el propio trabajo (AG 36; RMi 78);

¹⁵ Sobre pastoral de conjunto: J. DELICADO, *Pastoral diocesana al día* (Estella, Verbo Divino 1966); F. MOTE, F. BOULARD, *Hacia una pastoral de conjunto* (Santiago de Chile, Paulinas 1964).

¹⁶ «Europa reclama evangelizadores creíbles, en cuya vida, en comunión con la cruz y la resurrección de Cristo, resplandezca la belleza del Evangelio. Estos evangelizadores han de ser formados adecuadamente. Hoy más que nunca se necesita una *conciencia misionera* en todo cristiano, comenzando por los Obispos, presbíteros, diáconos, consagrados, catequistas y profesores de religión» (EEu 49).

- despertar la *conciencia y mentalidad misionera* por medio de una adecuada *formación doctrinal* (AG 29, 36-39; RMi 83);
- promover las *vocaciones misioneras*, especialmente las de una dedicación de por vida ala misión «*ad gentes*» (AG 23, 27; RMi 32, 65-66, 79);
- preparar una *justa distribución de los efectivos apostólicos* (LG 23; CD 6; RMi 68);
- contribuir *económicamente* a las necesidad de las comunidades más necesitadas, especialmente por medio de las Obras Misionales Pontificias, en cuanto que esas Obras miran al bien de todas las instituciones misioneras y de todas las misiones (LG 38).

La *legislación actual* indica cuatro pistas concretas respecto a la organización de la animación misionera en cada Iglesia particular: «En todas las diócesis, para promover la cooperación misional: 1º) foméntense vocaciones misioneras; 2º) desígnese un sacerdote a promover eficazmente iniciativas en favor de las misiones, especialmente las Obras Misionales Pontificias; 3º) celébrese el día anual en favor de las misiones; 4º) páguese cada año una cuota proporcionada para las misiones, que se remitirá a la Santa Sede» (CIC, can.791).

Si uno de los «fines específicos» de la animación consiste en «*informar y formar al Pueblo de Dios*» (RMi 83), está formación e información deberá comunicarse principalmente a los responsables y animadores de la comunidad. «A esta formación están llamados los sacerdotes y sus colaboradores, los educadores y profesores, los teólogos, particularmente los que enseñan en los Seminarios y en los centros para laicos» (*ibídem*). Es de desear que algunas de las personas responsables lleguen a asimilar el tema como «especialización en los diversos campos de las ciencias misionológicas» (*ibídem*). Hay que «animar a los teólogos a profundizar y exponer sistemáticamente los diversos aspectos de la misión» (RMi 2).

Sería muy eficaz al respecto, si la dimensión misionera universalista llegar a *impregnar espontáneamente todos los tratados de teología*, sin que falte, al mismo tiempo, la enseñanza especializada que llamamos misionología o teología de la misión: «La enseñanza teológica no puede ni debe prescindir de la misión universal de la Iglesia, del ecumenismo, del estudio de las grandes religiones y de la misionología» (RMi 83). La ciencia misionológica debería llegar a ser patrimonio de toda comunidad apostólica y de todo apóstol en particular¹⁷.

¹⁷ «A este respecto, se ha de subrayar también el papel importante de la teología. En efecto, hay una conexión intrínseca e inseparable entre la evangelización y la reflexión teológica, ya que esta última, como ciencia con reglas y metodología propias, vive de la fe de la Iglesia y está al servicio de su misión.(92) Nace de la fe y está llamada a interpretarla, conservando su vinculación irrenunciable con la comunidad cristiana en todas sus articulaciones; al estar al servicio del crecimiento espiritual de todos los fieles,(93) los encamina hacia la comprensión más profunda del mensaje de Cristo» (EEu 52).

La *formación misionológica especializada* es necesaria hoy para orientar mejor al personal apostólico para llegar a superar la actual «debilitación del impulso misionero de la Iglesia», así como las «dudas y ambigüedades sobre la misión *ad gentes*» (RMi 2).

En algunas publicaciones sobre temas misioneros, las ideas no son suficientemente claras y motivadoras. Precisamente *Evangelii nuntiandi* y *Redemptoris Missio* ofrecen una *doctrina adecuada para deshacer malentendidos* e ideas confusas, que son las causantes de que la misión y las vocaciones misioneras hayan perdido altura. Urge, pues, una formación doctrinal sobre los siguientes puntos de fricción: concepto de salvación en Cristo (único Salvador), el Reino, la acción del Espíritu Santo en las culturas y religiones no cristianas, nuevos ámbitos de la misión (geográficos, sociológicos, culturales), responsabilidad misionera de cada vocación y estructura eclesial, la Iglesia particular misionera, el anuncio y el diálogo, el testimonio, la experiencia contemplativa específica del cristianismo, el ecumenismo, la inculturación...

Las *ideas sobre la misión* se pueden clasificar en *tres niveles*: qué es la misión, cómo realizarla, como vivirla. Se trata de la teología misionera (naturaleza de la misión), de la acción misionera (pastoral) y de la espiritualidad misionera. Al impartir la formación misionera en comunidades apostólicas, podrían tenerse en cuenta estos niveles:

- *El nivel doctrinal* estudia la naturaleza de la misión en sus diversas dimensiones, siguiendo la pauta de la misma misión realizada por el Señor: dimensión trinitaria, cristológica, pneumatológica, eclesiológica y antropológica.
- *El nivel pastoral* aborda la acción misionera en todas sus dimensiones ministeriales (profética, litúrgica y de animación o dirección) y en todos sus caminos concretos, situaciones misioneras y estadísticas.
- *El nivel espiritual* indica la disponibilidad misionera y el estilo misionero que deriva de cada vocación, como fidelidad generosa a la misión del Espíritu Santo.

En la comunidad cristiana, son *animadores natos del espíritu misionero* los padres, educadores, sacerdotes, religiosos, formadores en Seminarios, responsables de las instituciones apostólicas. Pero todo creyente debe estar insertado responsablemente en la cooperación y animación misionera.

Cuando se colabora en la cooperación y animación misionera, se tiene en cuenta un *abanico de posibilidades* que deben respetarse mutuamente: la iniciativa privada (personal o grupal), las instituciones misioneras, las obras de ayuda específica o particular, Conferencia de Religiosos, Comisiones Episcopales, organismos

dependientes más directamente de la Santa Sede (Obras Misionales Pontificias, etc.)...

Ningún servicio de animación y cooperación misionera debe impedir la iniciativa privada (personal y de grupos apostólicos), que es respuesta a los diversos carismas del Espíritu Santo. Son las personas vocacionadas, con carisma, quienes mueven con eficacia los servicios misioneros. Históricamente se puede comprobar que casi todos los servicios de cooperación y animación misionera han comenzado a partir de la iniciativa privada, siempre en armonía y con la aprobación por parte de la autoridad eclesial. La autoridad garantiza la existencia del carisma y lo promueve, respetando el principio de subsidiariedad¹⁸.

Las personas e instituciones que se mueven en el *ámbito de la vocación específica «ad gentes»*, aportan en el campo de la animación su propio carisma y experiencia. No solamente ayudan en el fomento de la propia vocación e institución, sino que deben colaborar en la animación de toda la comunidad eclesial y de todas las Instituciones de la Iglesia particular, suscitando todas las otras vocaciones y ayudas misioneras.

En todo el ámbito la pastoral diocesana e interdiocesana, la *acción de la Jerarquía*, por una parte, garantiza y aprueba todos los servicios de cooperación y animación, pero también asume la alta dirección y la primera responsabilidad. «Para la orientación y coordinación de la actividad misionera a nivel nacional y regional, son de gran importancia las Conferencias Episcopales y sus diversas agrupaciones» (RMi 76)¹⁹.

A nivel mundial, esta dirección corresponde al *Dicasterio misionero* (Congregación para la evangelización de los pueblos): «Aunque el Espíritu Santo suscita de muchas maneras el espíritu misionero en la Iglesia de Dios, y no pocas veces se anticipa a la acción de quienes gobiernan la vida de la Iglesia, con todo, también este Dicasterio, en cuanto le corresponde, promueva la vocación y la espiritualidad misionera, el celo y la oración por las misiones, y difunda noticias auténticas y convenientes sobre las misiones» (AG 29)²⁰.

¹⁸ AA.VV., *Les mouvements dans l'Eglise* (Paris, Lethielleux 1983; AA.VV., *Movimenti ecclesiali contemporanei* (Roma, LAS 1980); P. CODA, *I movimenti ecclesiali. Una lettura ecclesiologica*: Lateranum 57 (1991) 109-144.

¹⁹ Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, *La misión ad gentes y la Iglesia en España* (2001).

²⁰ El *Dicasterio Misionero* tiene el encargo de «dirigir y coordinar en todo el mundo la obra de evangelización de los pueblos y la cooperación misionera» (*Pastor Bonus* 85; AG 29). La encíclica *Redemptoris Missio* reafirma que «la Congregación para la Evangelización de los pueblos... tiene la autoridad necesaria para programar y dirigir la actividad y la cooperación misionera a nivel universal» (RMi 75). Ver nota 23 del presente estudio.

Las *Obras Misionales Pontificias* son servicios especiales de cooperación y animación misionera. De hechos, estas obras nacieron en diversas Iglesias particulares y como iniciativa privada que fue extendiéndose rápidamente por toda la Iglesia. Hoy son Obras «Pontificias» porque colaboran de modo más directo con la responsabilidad misionera universal del carisma de Pedro y de sus sucesores los Romanos Pontífices; consecuentemente están al servicio de la responsabilidad misionera de los Obispos en sus Iglesias particulares. Por esto son una «institución de la Iglesia universal y de cada Iglesia particular», que «tienen como finalidad despertar y profundizar la conciencia misionera del Pueblo de Dios, informar a éste de la vida y necesidades de la misión universal, animar a las Iglesias a orar unas por otras, a sostenerse mutuamente mediante el envío de personal y de ayuda material, suscitando así un espíritu de solidaridad vivido en vista de la evangelización»²¹.

Aunque son muchos los *servicios de cooperación y animación misionera*, cada uno de ellos tiene su peculiaridad de objetivos y de acción concreta. Salvando, pues, la peculiaridad de cada uno, es necesario coordinar esfuerzos para no marginar la labor de los demás. Todo servicio de animación misionera debe buscar principalmente que la Iglesia particular y cada una de sus vocaciones y ministerios, recupere su dimensión misionera.

Entre todos los servicios de animación misionera, destacan tres, que, de algún modo, aglutinan a los demás: las Obras Misionales Pontificias, las Instituciones misioneras (Institutos, asociaciones, comunidades...) y la Diócesis misionera. *Cuando los objetivos y medios están bien definidos, la coordinación y armonía es más viable:*

- Las *Obras Misionales Pontificias* se centran en su objetivo específico de animación misionera (formación e información) de toda la comunidad eclesial, para que ayude (oración, sacrificio, limosna, vocaciones) a todas las misiones.
- Las *Instituciones (asociaciones, comunidades...)* misioneras realizan la animación que corresponde a sus propias misiones, buscando las ayudas necesarias y, de modo especial, las vocaciones específicas, cooperando, al mismo tiempo, en la animación general.
- La *diócesis misionera*, con sus diversos servicios, ocupa un campo específico, que consiste en el envío del personal (sacerdotes «fidei donum», OCS-

²¹ *Estatutos de las Obras Misionales Pontificias*, cap. I, n. 5 (edición de 1980). Ver el texto francés y latino en: *Enchiridion Vaticanum* (Bologna, EDB 1991) Sup.1, 745-797. Cf. O. DEGRIJSE, *Les nouveaux statuts des Oeuvres Pontificales Missionnaires: Eglise et Mission* 61 (1981) 28-32. Todas las encíclicas misioneras hablan de las Obras Misionales Pontificias; ver el texto en: *El Magisterio pontificio contemporáneo* (Madrid, BAC 1992), II, 5-226 (evangelización).

HA, laicos voluntarios, vida consagrada), la atención a este mismo personal y, en general, la ayuda entre Iglesias hermanas²².

Dada, pues, la existencia de diversos servicios de animación y cooperación, habrá que *señalar los cauces propios de cada servicio*, siempre dentro de la comunión de Iglesia:

- Actuar según la identidad del *propio carisma misionero*.
- Insertarse responsablemente en la *programación de la pastoral de conjunto* de la Iglesia particular, en su derivación misionera.
- Seguir las indicaciones del propio *Obispo*, de la *Conferencia Episcopal* y del *Dicasterio misionero*.
- Conocer y *respetar (también colaborando) el campo específico de los demás*.
- Hacer que la animación tienda a su *objetivo específico* de la misión universal «*ad gentes*».

Como cualquier actuación pastoral, también la animación misionera que se realiza en la Iglesia particular, tiene como punto de referencia obligado el *Obispo*, como principio de unidad que garantiza y hace respetar la especificidad de cada institución y servicio (cf. LG 23; CD 11; can. 369). A nivel nacional y universal, habrá que remitirse a las orientaciones de la propia *Conferencia Episcopal* y del *Dicasterio misionero*. Este último tiene también como objetivo «coordinar por todas partes la obra misional en sí y la cooperación misionera» (AG 29)²³.

Los *nuevos desafíos de la animación*: Todas las religiones y culturas se encuentran con el cristianismo en casi todas las comunidades cristianas del mundo actual... ¿Cómo hacer misionera hoy una Iglesia particular (de antigua y de nueva cristiandad) que es multicultural, multireligiosa y multiracial? ¿Qué tipo de «ani-

²² En España, la OCSHA (como Obra de Colaboración Sacerdotal para Hispanoamérica), debido a la claridad de objetivo y de organización, ha conservado su propia fisonomía y ha respetado siempre el campo específico de los Institutos y de las OMP. En otras naciones existen obras parecidas instituidas por el Episcopado: COPAL (Bélgica), CEPAL (Francia), CEIAL (Italia), CECAL (Canadá), NCCB-LAB (Estados Unidos), etc. Ver: A. GARRIGÓS MESEGUER, *Evangelización de América, Historia de la OCSHA* (Madrid, BAC 1992). También: *La OCSHA, un servicio del clero secular español a la comunión evangelizadora entre España y América* (Madrid, Conf. Epis. Esp. 1987).

²³ El decreto conciliar *Ad Gentes* urge al Dicasterio misionero a que «promueva las vocaciones y la espiritualidad misionera, el celo y la oración por las misiones, y difunda noticias auténticas y convenientes sobre las misiones. Forme y distribuya a los misioneros según las necesidades más urgentes de las regiones. Haga la planificación, dicte normas directivas y principios para la evangelización adaptada y dé impulsos. Estimule y coordine la colecta eficaz de ayudas»... (AG 29). Ver: Instrucción de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos sobre la Cooperación Misionera: *Cooperatio Missionalis* (1 octubre 1998).

mación» habrá que organizar para conseguir este objetivo que es estrictamente misionero?

Se tiene la sensación de que no estamos preparados ni formados para afrontar estos nuevos desafíos que, son en realidad, nuevas e inéditas ocasiones de evangelizar. Existe un descrédito continuo y sistemático de la Iglesia en algunos medios de comunicación social. Las estadísticas señalan una baja en la práctica cristiana de los creyentes. Hay situaciones de secularismo, de agnosticismo, de increencia, mientras, al mismo tiempo, se percibe una nuevo despertar religioso. La comunidad eclesial está llamada a ser «sal» para transformar las situaciones y a ser «luz» para disipar la oscuridad.

Es urgente capacitar a creyentes y comunidades para presentar el mensaje cristiano a los no creyentes y a los mismos cristianos cuya formación deja mucho que desear. Las exigencias morales del cristianismo (sobre la vida, la justicia, la convivencia familia y social, etc.) obstáculos para la fe, pero hay que reconocer que no se puede entender ni llevar a la práctica, sin encuentro personal con Cristo.

La «animación misionera», en estas circunstancias, equivale a una «*conversión pastoral*» de la Iglesia particular. Debe ser animación que apunte a vivir y testimoniar la auténtica experiencia de Dios (como encuentro, seguimiento, comunión, misión), para anunciarla en un momento interreligioso e intercultural global.

Tenemos en casa todas la situaciones religiosas y culturales..., a modo de laberinto de religiones. Mientras se respetan y valoran positivamente las creencias de quienes pertenecen a otra religión, cabe no olvidar que el paso de una religión (y de la no creencia) al cristianismo es una gracia, que hay que preparar con oración, sacrificio, caridad, humildad, diálogo, respeto, testimonio, paciencia y también, en el momento oportuno, con el anuncio explícito, esperando y anhelando la hora de Dios, sin anticiparla ni retrasarla. La «*animación misionera*» tiene ahí en campo inédito de actuación, en casa, a modo de preparación para la misión «*ad gentes*» y de potenciación de la misma comunidad eclesial para hacerse misionera.

Nos encontramos continuamente con personas insertadas en la comunidad cristiana (como son los inmigrantes), que son muy sensibles al tema de Dios, pero que no entienden las actitudes de nuestra sociedad secularizada, donde Dios parece ausente. En muchas personas que conviven con nosotros (también de los ya bautizados), se puede entrever un rico trasfondo de *religiones tradicionales*. A veces son los numerosos pueblos que llamamos «indígenas», con toda su variedad cultural y religiosa. A veces son pueblos procedentes de Africa, Asia, Oceanía e incluso América. Los mismos cristianos que proceden de esas latitudes, no han perdido ese trasfondo religioso y cultural, en que Dios es muy familiar, a diferencia de nuestra mentalidad «occidental», que encuentra dificultad en hablar familiarmente de Dios. La «*animación misionera*» debe ser, pues, recuperación del «sentido de Dios».

Hay muchos cristianos que buscan en *religiones y culturas orientales* nuevas experiencias religiosas. Si se trata de metodología de interiorización, ello sería una aportación válida. Pero muchas veces, la búsqueda de esas fuentes es por falta de vivencia de la fe cristiana. La experiencia religiosa procedente del «*hinduismo*» (dentro de sus límites y defectos) es de mucha densidad, puesto que se busca la unión con Dios. Todo cristiano puede aprovecharse de ella, a condición de que no se busque un complemento de la revelación, olvidando que Jesús es la palabra definitiva de Dios. No le sería posible a un cristiano apreciar en sus justos términos los valores religiosos del hinduismo, si no estuviese familiarizado con la experiencia de Dios Amor, que han descrito los santos y místicos cristianos. A la espiritualidad hinduista sólo se la puede apreciar en toda su hondura, partiendo de la experiencia cristiana de Dios Amor.

Quienes practican la religión hinduista necesitan ver cristianos que vivan de la *meditación de la Palabra de Dios*, con actitud de «silencio» (del corazón o de la escucha de los acontecimientos). Escuchando así la voz de Dios, se descubre su presencia en el corazón y en la historia, que lleva al encuentro con Cristo su Hijo. La «*animación misionera*» tiene que ser, pues, una profundización de la oración y contemplación cristiana, para dar testimonio de la peculiaridad de la experiencia contemplativa de Dios Amor revelado por Jesús.

Será muy difícil que las experiencias «religiosas» procedentes de las diversas *escuelas budistas*, perciban en los cristianos de hoy una experiencia de trascendencia mejor que la que ellos ya tienen. Nuestros cristianos están demasiado imbuidos de los bienes materiales. Los contenidos del budismo (y la misma persona de Buda) son un reto impresionante para toda religión y, especialmente, para el cristianismo. Decía Romano Guardini que «Buda es tal vez el último genio religioso con el cual deberá confrontarse el cristianismo».

El encuentro del cristianismo con el *budismo* sólo puede ser a partir de una profunda experiencia de Dios Amor, revelado por Jesucristo, presente en los más profundo del corazón. Nadie que no fuera contemplativo, sería signo creíble para un budista. Sólo sabrá dialogar con el budismo, quien no pueda prescindir del encuentro diario con Cristo en su Eucaristía, en su evangelio y en su comunidad eclesial. La «*animación misionera*» tendrá, pues, que ahondar en la experiencia de oración y de interioridad, a nivel personal y de grupo.

La situación actual de inmigración y de contrastes internacionales sitúan a todas las comunidades cristianas ante el *Islam* como experiencia de Dios clemente y misericordioso. La atención, debido a los medios de comunión social y a los acontecimientos sociopolíticos de todos conocidos, se centra más bien en aspectos negativos, que hay que superar. El Islam es una experiencia profunda de oración, limosna, ayuno y peregrinación, dentro del marco de la práctica de la voluntad de Dios.

Al mismo tiempo, habrá que recordar que los prejuicios de algunos musulmanes respecto al cristianismo se basan principalmente en malentendidos sobre la doctrina sobre la Trinidad y la divinidad de Jesús, Hijo de Dios. Se puede constatar que prácticamente no han tenido una recta formación sobre el cristianismo. En caso de diálogo interreligioso, habrá que explicar que la doctrina trinitaria no disminuye la unicidad de Dios, sino que la reafirma explicando la vida interna de Dios (que no es una abstracción, sino vida de Dios Amor).

Mientras el cristiano tiene que apreciar los grandes valores del Islam, especialmente en su línea de recuperación de la fe de Abrahán, habrá que recordar también a los musulmanes el derecho fundamental e inalienable a la libertad de conciencia de todo ser humano, para poder elegir y expresar la propia religión (también en capillas o templos del propio culto), el respeto a la decisión libre de los demás, así como el reconocimiento de los derechos de todo ciudadano prescindiendo de su religión. Como es sabido, esta realidad no se da en la inmensa mayoría de los países que se rigen por la ley islámica. Y ésta es la mentalidad que traen los inmigrantes que proceden de esos sectores. La «*animación misionera*» tiene aquí un campo inmenso de preparación para la evangelización, apuntando a un inmediato futuro de mayor convivencia y relación respetuosa mutua.

El respeto mutuo entre *cristianos y hebreos* se basa en la vivencia común del primera Alianza (que sigue siendo gracia), aunque, según la fe cristiana, ya ha llegado a su cumplimiento en Cristo. Será bueno recordar que actualmente, cristianos y hebreos siguen encontrando dificultades comunes en el mundo, «por la esperanza de Israel» (Hch 28,20). En muchos sectores se rechazan los valores llamados «judeocristianos», como ataque frontal a toda la revelación estrictamente dicha. La relación y aprecio mutuo entre cristianos y hebreos es hoy más necesario que nunca. Se necesita (por parte de todos, cristianos y hebreos) una educación desde la primera infancia, que elimine los malentendidos del pasado: catequesis, clase de religión... El encuentro será de mucho fruto para toda la humanidad, porque resonará de nuevo el himno del anciano Simeón: «Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos» (Lc 2,29-31). La «*animación misionera*» debe abarcar, pues, este campo, especialmente con la vivencia de los salmos y de la referencia continua a toda la historia de salvación (cfr. EEu 56).

Es urgente capacitar a todo creyente en Cristo para un *diálogo interreligioso* con los creyentes de otras religiones (cfr. EEu 55-57). Hay que tener en cuenta que en casi ninguna religión se ha impartido una información objetiva sobre nuestras creencias cristianas. El diálogo será especialmente de vida o testimonio, aprendiendo a valorar también las actitudes positivas de los demás. Es siempre una actitud de comprensión y de conocimiento recíproco, que puede llevar a un «mutuo enriquecimiento». Pero este diálogo «no sustituye, sino que acompaña a la misión *ad gentes*», aunque ya, por sí mismo, «forma parte de la misión evangelizadora de

la Iglesia» (*Dominus Iesus* 2). El diálogo interreligioso es, pues, hoy otro punto básico de la «animación misionera» de nuestras comunidades.²⁴

Ante tantas necesidades de hoy, en el campo de la *pobreza*, la *justicia*, la *convivencia pacífica* entre los pueblos, etc., es urgente organizar la pastoral y animación misionera a la luz de las bienaventuranzas. Se necesita presentar testimonios de perdón y de misericordia. No basta con hacer cosas, sino que es necesario hacer «animación cristiana», recuperando la línea misionera y evangelizadora: hablar de Cristo y de su evangelio. La semilla evangélica es siempre pequeña, pero crece continuamente con fuerza divina que es imparable.

La «animación misionera» se concretará, pues, potenciando *todos campos de la caridad*, de suerte que sea verdaderamente «caridad evangelizadora» (EEu 83). «Por su propia naturaleza, el testimonio de la caridad ha de extenderse más allá de los confines de la comunidad eclesial, para llegar a cada ser humano, de modo que el amor por todos los hombres fomente auténtica solidaridad en toda la vida social. Cuando la Iglesia sirve a la caridad, hace crecer al mismo tiempo la « cultura de la solidaridad », contribuyendo así a dar nueva vida a los valores universales de la convivencia humana» (EEu 85).

Si la *situación actual del Occidente* deja mucho que desear en cuanto a la recuperación de valores fundamentales, por ello mismo se convierte en un campo de evangelización por afrontar con audacia innovadora: «La actual situación cultural y religiosa de Europa exige la presencia de católicos adultos en la fe y de *comunidades cristianas misioneras que testimonien la caridad* de Dios a todos los hombres. El anuncio del Evangelio de la esperanza comporta, por tanto, que se promueva el paso de una fe sustentada por costumbres sociales, aunque sean apreciables, a una fe más personal y madura, iluminada y convencida» (EEu 50).

Abriendo la acción misionera a los nuevos campos de caridad, la comunidad asume su propia responsabilidad evangelizadora. «El reto para la Iglesia en la Europa de hoy consiste, por tanto, en ayudar al hombre contemporáneo a experimentar el amor de Dios Padre y de Cristo en el Espíritu Santo, mediante el testimonio de la caridad, que tiene en sí misma una intrínseca fuerza evangelizadora» (EEu 84).

²⁴ R. BERZOSA MARTÍNEZ, *Globalización*, en: *Diccionario de Pastoral y Evangelización* (Burgos, Monte Carmelo, 2000) 507-510; CELAM, *Los desafíos de la Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe en el contexto de la globalización mundial* (Bogotá 2002) (documento de trabajo, Secretaría General del CELAM, para la próxima asamblea: 2003); J. ESQUERDA BIFET, *La misión ante los retos de la globalización* (México, OMPE, 2002); Idem, *Hemos visto su estrella. Teología de la experiencia de Dios en las religiones* (Madrid, BAC, 1996); Idem, *El cristianismo y las religiones de los pueblos* (Madrid, BAC, 1997). Ver la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* 55 (religiones), 58 (culturas).

A modo de conclusión

Todas las *experiencias de «animación misionera»* (antiguas y nuevas) encuentran un lugar peculiar en la Iglesia particular donde se presta el servicio evangelizador. En el contexto actual de la globalización, la misión de implantar la Iglesia en otros pueblos y culturas, necesita, por parte del apóstol y de la comunidad eclesial, la acción previa de *haber colaborado al crecimiento de la propia Iglesia particular* o local. Difícilmente podrá colaborar en la «implantación» de la Iglesia local en otros pueblos, quien no ha aprendido a colaborar en el crecimiento de la Iglesia particular de donde se procede.

En la *programación de la vida pastoral de la Iglesia particular*, debe entrar, como consecuencia, una verdadera «animación misionera» que impregne todos los sectores de la vida de la Iglesia. Tiene que ser una «animación misionera» permanente e integral, basada en la *formación y en la información*, así como suscitada por los *medios adecuados* para llegar a los diversos campos: catequesis, predicación, liturgia, servicios de caridad, vocaciones, carismas, ministerios...

Los *nuevos retos* que afronta la evangelización actual, debido al cruce de religiones y culturas a nivel mundial, reclaman una «animación misionera» que podríamos llamar «interreligiosa» e «intercultural», como hemos sintetizado anteriormente. Nos referimos a la potenciación de la comunidad cristiana para presentar la peculiaridad de la fe en Cristo y, por tanto, de la experiencia de encuentro con Dios Amor.

Si se quiere llegar a conseguir una Iglesia particular y universal más misionera, ha de ser por medio de una Iglesia más contemplativa y más santa. Juan Pablo II nos ha trazado un programa de animación misionera basado precisamente en estos tres aspectos: *Iglesia más contemplativa, más santa, más misionera*. Es el contenido del mensaje para el Domund de 2003, en el contexto del año dedicado al rosario.

El Papa inicia su mensaje misionero del «Domund» del presente año (2003) recordando una indicación de su primera encíclica diciendo: «Sólo en un clima de oración ferviente es posible «recibir al Espíritu Santo, que desciende sobre nosotros, y convertirnos de este modo en testigos de Cristo hasta los últimos confines de la tierra, como los que salieron del Cenáculo de Jerusalén el día de Pentecostés» (*Redemptor Hominis*, 22). En el ambiente de Cenáculo, «la Iglesia toma cada vez mayor conciencia de que es «madre» como María» (*Mensaje*, 1).

Un programa de animación misionera para suscitar la misionariedad de la Iglesia particular, tiene que ser «en la escuela de la Virgen y siguiendo su ejemplo»; de este modo, «toda comunidad podrá cultivar mejor su dimensión contemplativa y misionera» (*Mensaje* 2). «Urge preparar evangelizadores competentes y santos; es necesario que no decaiga el fervor en los apóstoles, especialmente para la misión «ad gentes». El Rosario, si se redescubre y valora plenamente, presta una ayuda es-

piritual y pedagógica ordinaria y fecunda para formar al pueblo de Dios a trabajar en el vasto campo de la acción apostólica» (*Mensaje*, 5).

La contemplación de la Palabra lleva a la celebración y adoración eucarística. Entonces la comunidad eclesial se hace «pan partido» para todos los hermanos sin excepción. Ahí se aprende que «todo fiel está llamado a la santidad y a la misión» (*Redemptoris Missio*, 90). *Todo programa de animación misionera* tiene como punto de referencia a *Cristo contemplado, amado-celebrado, anunciado*. «El programa... se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia» (*Ecclesia de Eucharistia*, 60).

La carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* es un programa para hacer que personas y comunidades sean más contemplativas de la Palabra, más transformadas en Cristo, más testigos de Cristo. Una Iglesia que profundiza en la Palabra como María y que, como ella, se asocia a Cristo Redentor y está atenta a las necesidades de todos los hermanos, entra «en comunión vital con Jesús a través del corazón de su Madre» (*Rosarium Virginis Mariae*, 2).

La exhortación apostólica sobre la Iglesia en Europa, termina con una oración a la Santísima Virgen: «Vela por la Iglesia en Europa: que sea transparencia del Evangelio; que sea auténtico lugar de comunión; que viva su misión de anunciar, celebrar y servir el Evangelio de la esperanza para la paz y la alegría de todos» (EEu 125).

Una «animación misionera» bien organizada será *fuerza de esperanza ante los nuevos retos de la situación actual*. «María se nos presenta como figura de la Iglesia que, alentada por la esperanza, reconoce la acción salvadora y misericordiosa de Dios, a cuya luz comprende el propio camino y toda la historia. Ella nos ayuda a interpretar también hoy nuestras vicisitudes bajo la guía de su Hijo Jesús. Criatura nueva plasmada por el Espíritu Santo, María hace crecer en nosotros la virtud de la esperanza» (EEu 125).